PHILIP JOSE
FARMER
LOS AMANTES

Tal vez, de no ser llamado por el Sandalphon Macneff, Hal Yarrow hubiera pasado el resto de su monótona existencia como atón lingüista en la Unión Haijac, viviendo, al lado de su mujer Mary, la estricta y puritana vida dictada por el Iglestado bajo los preceptos de Sigmen el Precursor. Pero aquella llamada cambió su destino: su misión en el planeta Ozagen iba a sumergirle en el más extraño y fascinante de los mundos. En una de las experiencias más vívidas de su existencia, iba a conocer a los wogglebugs, los habitantes insectoides del planeta, poseedores de un peculiar código moral; a las temibles y alucinantes formas nocturnas de Ozagen; las ruinas de la extraña civilización humanoide desaparecida hacía siglos…y sobre todo ello a Jeannette, la enigmática mujer alienígena con la que iba a vivir el más extraño y apasionado amor.

Philip Jose Farmer

Los amantes

ePub r1.1
Rds 13.07.14

Título original: *The Lovers*
Philip Jose Farmer, 1961
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Rds
ePub base r1.1

CAPÍTULO UNO

Hal Yarrow sintió que alguien murmuraba, muy lejos:

—Tengo que salir. Debe haber una salida.

Se despertó con un sobresalto y se dio cuenta de que era él quien había hablado. Además, lo que había dicho mientras salía del sueño no tenía ninguna relación con el sueño en sí. Las palabras pronunciadas en semivigilia y el sueño eran dos cosas distintas.

Pero ¿qué habría querido decir con esas palabras dichas entre dientes? ¿Y dónde estaba? ¿Había viajado de veras en el tiempo o había experimentado un sueño subjetivo? Había sido todo tan vívido que tardaba en volver a este nivel del mundo.

Una ojeada al hombre sentado a su lado le aclaró los pensamientos. Viajaba en coche rumbo a Sigmen City en el año 550 a. S.
(3050 d.C. Viejo Estilo, le dijo su mente de erudito). No estaba, ¿como en un viaje en el tiempo? ¿Sueño?, en un planeta extraño a muchos años luz de este sitio, a muchos años de ese momento. Ni estaba cara a cara con el glorioso Isaac Sigmen, el Precursor, verdadero sea su nombre.

El hombre que tenía al lado miró a Hal de soslayo. Era un tipo flaco de pómulos altos, pelo negro lacio y ojos castaños que tenían un leve pliegue mongoloide. Llevaba el uniforme azul claro de la categoría de los mecánicos y, sobre el pecho, a la izquierda, un emblema de aluminio que indicaba que pertenecía al escalón superior. Quizá era un ingeniero en electrónica graduado en una de las mejores escuelas industriales.

El hombre se aclaró la garganta y dijo en americano:

—Mil perdones, *abba*. Sé que no debería hablarle sin permiso. Pero me dijo algo mientras despertaba. Y, como está en esta cabina,

se ha puesto transitoriamente en mi mismo nivel. De cualquier modo, me he estado muriendo de ganas de hacerle una pregunta. No en vano me llaman Sam Narices.

Rió nerviosamente y agregó:

—No tuve más remedio que oír lo que usted le dijo a la azafata cuando ella puso en duda su derecho a sentarse aquí. ¿Oí mal o usted de veras le dijo que era un *ratón*?

Hal sonrió.

—No. No un ratón —dijo—. Soy un *atón*. De las iniciales de *aprendiz de todo y oficial de nada*. Sin embargo, no estaba usted muy equivocado. En los campos profesionales un atón tiene más o menos el mismo prestigio que un ratón.

Lanzó un suspiro y pensó en las humillaciones sufridas por no haber elegido ser un especialista de mente estrecha. Volvió la cara hacia la ventanilla porque no quería alentar una conversación con el compañero de asiento. Vio una luz brillante lejos y arriba, sin duda una nave espacial militar que entraba en la atmósfera. Las pocas naves civiles hacían un descenso más lento y más discreto.

Desde la altura de sesenta mil metros miró la curva del continente norteamericano. Era una llamarada brillante interrumpida aquí y allí por unas pocas franjas pequeñas de oscuridad, y de vez en cuando por una grande. Esta última podía ser una cadena montañosa o una masa de agua en la cual el hombre no había conseguido aún construir residencias o industrias. La gran ciudad. Megalópolis. Pensemos: sólo trescientos años antes la población de todo el continente no pasaba de los dos millones. ¡En otros cincuenta años (a menos que ocurriese algo catastrófico, por ejemplo una guerra entre la Unión Haijac y las Repúblicas Israelíes) la población de Norteamérica sería de catorce o quince mil millones!

La única zona donde estaba deliberadamente prohibida la urbanización era la Reserva de Vida Natural de la Bahía de Hudson. Árboles a millares, montañas, extensos lagos azules, pájaros, zorros, conejos, incluso (decían los guardabosques) linces. Había tan pocos, sin embargo, que en diez años ingresarían en la larga lista de animales extinguidos.

Hal podía respirar en la Reserva, sentirse suelto. Libre. También

podía sentirse solo y angustiado a veces. Pero apenas comenzaba a superar esa sensación cuando su investigación entre los veinte habitantes de lengua francesa de la Reserva llegó a su término.

El compañero de asiento se movió cambiando de posición, como si estuviese tratando de reunir coraje para hablar otra vez con el profesional que tenía al lado. Luego de unas pocas toses preliminares, dijo:

—Que Sigmen me valga, espero no haberle ofendido. Pero estaba pensando…

Hal Yarrow se sintió ofendido porque el hombre se tomaba demasiados atrevimientos. Entonces recordó las palabras del Precursor. *Todos los hombres son hermanos, aunque algunos son más favorecidos por el padre que otros*. Y ese hombre no tenía la culpa de que la cabina de primera clase se hubiese completado con individuos que tenían prioridades más altas y que Hal tuviese que elegir entre tomar otro coche más tarde o sentarse con los del escalón inferior.

—Está *shib* —dijo Yarrow.

—Ah —dijo el hombre, como si eso le hubiera aliviado de un peso—. Entonces quizá no le importe si le hago otra pregunta. Por algo me llaman Sam Narices, como ya le conté. ¡Ja, ja!

—No, no me importa —dijo Hal Yarrow—. Un atón, a pesar de ser un aprendiz de todo y oficial de nada, no abarca todas las ciencias. *Está* confinado a una disciplina particular, pero trata de comprender hasta donde le es posible lo que ocurre en las ramas especializadas de esa disciplina. Por ejemplo, yo soy un atón lingüístico. En vez de limitarme a una de las muchas áreas de la lingüística, tengo un buen conocimiento general de esa ciencia. Esta habilidad me permite correlacionar lo que sucede en todos sus campos, buscar cosas en una especialidad que pueden ser de interés para un hombre de otra especialidad, y transmitirle lo que he encontrado. De lo contrario, el especialista, que ni siquiera tiene tiempo para leer los cientos de publicaciones relacionadas con su campo, se perdería quizá cosas que podrían serle útiles.

»Todos los estudios profesionales tienen sus propios atones haciendo esto. La verdad es que soy muy afortunado por trabajar en esta rama de la ciencia. Si fuera, por ejemplo, un atón médico,

estaría abrumado. Tendría que trabajar con un equipo de atones. Y aún así no sería un auténtico aprendiz de todo y oficial de nada. Tendría que limitarme a un área de la ciencia médica. Hay un número tan tremendo de publicaciones en cada especialidad de la medicina, o la electrónica, o la física, o la ciencia que a uno se le ocurra mencionar, que ningún hombre o equipo de hombres podría abarcar o correlacionar toda la disciplina. Afortunadamente, mi interés ha estado siempre en la lingüística. En un sentido resulto favorecido. Hasta me queda tiempo para hacer un poco de investigación y aportar algo a la avalancha de tratados.

»Sin embargo —agregó—, hago eso a costa de mi tiempo personal de sueño. Debo trabajar diez horas al día o más para gloria y beneficio del Iglestado.

El último comentario era para asegurarse de que el tipo aquél, si resultaba ser un uzzita o un señuelo de los uzzitas, no pudiese informar que él, Hal Yarrow, engañaba al Iglestado. A Hal no le parecía muy probable que el hombre fuese otra cosa que lo que aparentaba, pero no tenía ganas de correr el riesgo.

En la pared, encima de la entrada de la cabina, se encendió una luz roja, y una grabación pidió a los pasajeros que se ajustasen los cinturones. Diez minutos después el coche comenzó a desacelerar; un minuto más tarde el vehículo se zambulló bruscamente, cayendo a la velocidad (eso le habían dicho a Hal) de mil metros por minuto. Ahora que estaban más cerca del suelo, Hal vio que Sigmen City (llamada Montreal hasta hacía diez años, cuando la capital de la Unión Haijac había sido trasladada a ese sitio desde Rek, Islandia) no era una sola llamarada de luz. De vez en cuando se podían distinguir puntos oscuros, parques quizá, y la delgada franja negra que la bordeaba era el Río Profeta (en otro tiempo St. Lawrence). Los *palis* de Sigmen City se alzaban en el aire, con una altura de quinientos metros; cada uno albergaba a por lo menos cien mil almas, y había trescientos *palis* de ese tamaño en el área de la ciudad propiamente dicha.

En el centro de la ciudad había un cuadrado ocupado por árboles y edificios del gobierno que no pasaban, en ningún caso, de los cincuenta pisos. Eso era la Universidad de Sigmen City, donde trabajaba Hal Yarrow.

Hal, sin embargo, vivía en el *pali* más cercano, y hacia allí se dirigió en el cinturón rodante luego de salir del coche. Ahora sentía muy intensamente algo que no había notado (conscientemente) en todos los días de su vida vigil. Que no había notado hasta su viaje de investigación a la Reserva Natural de la Bahía de Hudson. Esa cosa era la multitud, la masa de humanidad densamente apretada, olorosa, que se movía a empellones.

Esa multitud le estrujaba sin saber que él estaba allí; para ellos no era más que otro cuerpo, otro hombre sin rostro, sólo un breve obstáculo en el camino.

—¡Sigmen todopoderoso! —musitó—. ¡Debo de haber estado sordo, insensible y ciego! ¡No haberme dado cuenta de esto! ¡Los *odio*!

Inmediatamente sintió que la cara se le encendía de culpa y vergüenza. Miró a la gente que tenía alrededor, como si ellos pudieran ver en su cara el odio, la culpa, la contrición. Pero no lo veían; no podían verlo. Para ellos, Hal no era más que otro hombre, un hombre que debía ser tratado con cierto respeto si lo encontraban personalmente, porque era un profesional. Pero no en ese sitio, no en esa cinta rodante que transportaba una marea de carne. Era simplemente otro fardo de sangre y huesos unidos por tejidos y envueltos en piel. Uno de ellos y, por lo tanto, nadie.

Sacudido por esta revelación, Hal saltó fuera de la cinta. Quería alejarse de esa muchedumbre porque sabía que le debía disculpas, y… sentía ganas de golpearlos.

A pocos pasos de la cinta, y sobre su cabeza, estaba el labio plástico de Pali n.nº 30, la Residencia Universitaria. Dentro de esa boca no se sentía mejor, aunque había perdido el sentido de responsabilidad hacia la gente de la cinta rodante. Esa gente de ningún modo podía haberse enterado de su asco repentino. No había visto el rubor delator en su rostro.

Hasta eso era una tontería, se dijo, aunque tuvo que morderse el labio. La gente de la cinta no podía haber adivinado sus sensaciones. A menos que ellos sintiesen la misma opresión y la misma repugnancia. Y en ese caso, ¿quiénes eran ellos para acusarle?

Hal estaba ahora entre los suyos, hombres y mujeres que

llevaban los holgados uniformes plásticos del profesional con el diseño a cuadros y el pie alado a la izquierda del pecho. La única diferencia entre hombre y mujer era que las mujeres llevaban faldas hasta el suelo por encima de los pantalones, redes sobre el pelo, y algunas usaban el velo. Este último era un artículo común, una costumbre que conservaban las mujeres mayores y las jóvenes más conservadoras pero tendía a desaparecer. Honrado en otra época, ahora el velo caracterizaba a la mujer como anticuada. Esto a pesar del hecho de que el sembrador de la verdad elogiaba a veces el velo y lamentaba su desaparición.

Hal saludó a varias personas con las que se cruzó, pero no se detuvo a conversar. Vio al doctor Olvegssen, el jefe de su departamento, desde lejos. Se detuvo a ver si Olvegssen deseaba hablarle. Hacía eso porque el doctor era el único hombre que tenía autoridad suficiente para hacerle lamentar una actitud irrespetuosa.

Pero Olvegssen estaba evidentemente ocupado, porque saludó a Hal con un movimiento de mano, gritó «Aloha» y siguió caminando. Olvegssen era un viejo; usaba saludos y frases populares en su juventud.

Yarrow respiró aliviado. Aunque había pensado que estaba ansioso por comentar su permanencia entre los nativos de habla francesa de la Reserva, ahora se daba cuenta de que no quería hablar con nadie. No en ese momento. Al día siguiente, quizá. Pero no en ese momento.

Hal Yarrow esperó junto a la puerta del ascensor mientras el guardián examinaba a los presuntos pasajeros para determinar quién tenía prioridad. Cuando se abrieron las puertas del ascensor el guardián le devolvió la llave a Hal.

—Usted es el primero, *abba* —le dijo.

—Que Sigmen le bendiga —dijo Hal—. Entró en el ascensor y se colocó contra la pared cerca de la puerta, mientras los demás eran identificados y ordenados.

La espera no fue larga, porque el guardián había estado en ese puesto durante años y conocía de vista a casi todo el mundo. Tenía, sin embargo, que ajustarse a las formalidades. De vez en cuando ascendían o degradaban a uno de los residentes. Si el guardián cometía el error de no reconocer el nuevo estatus de esa persona, le

denunciaban. Los años que llevaba en el puesto indicaban que conocía bien su trabajo.

Cuarenta personas se apretujaron en el ascensor; el guardián sacudió las castañuelas; la puerta se cerró; el ascensor arrancó hacia arriba a tanta velocidad que a todos los pasajeros se les doblaron las rodillas; siguió acelerando, porque era un expreso. En el piso treinta el ascensor se detuvo automáticamente, y las puertas se abrieron. Nadie salió; al percibir eso, el mecanismo óptico del ascensor cerró las puertas, y el ascensor continuó subiendo.

Otras tres paradas sin que nadie bajase. Luego, en la cuarta, salieron la mitad de los pasajeros. Hal aspiró profundamente; si las calles le habían parecido atestadas de gente, en el ascensor la presión era aplastante. Otros diez pisos, un viaje en el mismo silencio que el anterior; cada hombre y cada mujer parecía estar atento a la voz del sembrador de la verdad que llegaba del altavoz en el techo. De pronto, las puertas se abrieron en el piso de Hal.

Los pasillos tenían cinco metros de ancho, espacio suficiente a esa hora del día. No había nadie a la vista, y Hal se alegró. Si se hubiera negado a conversar unos minutos con los vecinos, esa actitud les habría parecido extraña. Quizá ellos deseasen hablar, y hablar significaba problemas, por lo menos una explicación al *agpt* de su piso. Una conversación franca, una amonestación, y sólo el Precursor sabía qué más.

Hal caminó cien metros. Entonces, al ver la puerta de su *puka*, se detuvo.

El corazón le había comenzado a martillar de pronto, y las manos le temblaban. Quería dar media vuelta y bajar en el ascensor.

Eso, se dijo, era comportarse de un modo no real. No debía tener esa sensación.

Además, Mary tardaría por lo menos quince minutos en llegar a la casa.

Empujó la puerta con la mano (en el nivel profesional no había cerraduras, naturalmente) y entró. Las paredes comenzaron a fosforecer y a los diez segundos alumbraron con total intensidad. Al mismo tiempo la *tridi*, de tamaño natural, se animó de pronto en la pared de enfrente, y las voces de los actores sonaron como

trompetazos en el cuarto. Hal dio un salto. Diciendo entre dientes «¡Sigmen todopoderoso!», corrió hacia la pared y la apagó. Sabía que Mary la había dejado encendida para que funcionase al entrar él. También sabía que le había repetido muchas veces que eso le sobresaltaba, y era imposible que ella lo hubiese olvidado. Lo cual significaba que ella lo hacía a propósito, consciente o inconscientemente.

Hal se encogió de hombros y se dijo que de ahora en adelante no hablaría del asunto. Si Mary pensaba que a él lo de la *tridi* ya no le molestaba, quizá se olvidase de dejar el aparato encendido.

Aunque existía también la posibilidad de que adivinase por qué Hal había dejado repentinamente de mencionar el supuesto olvido de ella. Mary podía continuar con la esperanza de que él se cansase, perdiese la paciencia y comenzase a gritarle. Entonces ella ganaría una pelea más, porque se negaría a discutir, le irritaría con su silencio y su aire de mártir, y le enfurecería más todavía.

Luego de eso, naturalmente, ella tendría que cumplir con su deber, por muy doloroso que fuese. A fin de mes iría a ver al *agpt* del bloque donde ellos vivían, para informarle. Y eso significaría agregar otra cruz negra a las muchas que ya tenían en la hoja de Antecedentes Morales, y que debería borrar mediante algún denodado esfuerzo. Y esos esfuerzos, si los hacía (se estaba cansando de hacerlos) significarían robar tiempo a (¿se atrevería a decirlo incluso a sí mismo?), un proyecto más importante.

Y si él protestaba diciendo que ella le impedía avanzar en su profesión, hacer más dinero, mudarse a una *puka* más grande, tendría que escuchar la voz triste e increpante de Mary preguntándole si él deseaba de veras cometer un acto *no real*. ¿Era capaz él de pedirle que no dijese la verdad, que mintiese por omisión o comisión? Seguramente no podía hacer eso, porque entonces tanto el alma de ella como la de él estarían en grave peligro. Nunca verían el glorioso rostro del Precursor, y nunca… y así sucesivamente; Hal no podría responderle.

Sin embargo, ella le preguntaba siempre por qué no la amaba. Y cuando él le contestaba que sí la amaba, ella seguía diciendo que eso no era cierto. Entonces le tocaba a Hal preguntar si ella pensaba que él mentía. No mentía, y si Mary le llamaba mentiroso él tendría

que denunciar eso al *agpt* del bloque. En ese momento de la discusión, con una falta total de lógica, Mary se ponía a llorar y decía que ya sabía que él no la amaba. Si la amara de veras, ni soñaría con ir a denunciarla al *agpt*.

Cuando él protestaba haciéndole ver que para ella denunciarle a él estaba *shib*, la respuesta era más lágrimas.

O sería, si continuaba cayendo en la trampa de Mary. Pero juró otra vez y se dijo que no caería más.

Hal Yarrow atravesó la sala, cinco metros por tres, y entró en el único otro cuarto (además del innombrable), la cocina. En ese cuarto, de tres metros por dos y medio, tiró hacia abajo del hornillo que había en la pared, cerca del techo, discó el código necesario en el panel de instrumentos, y volvió a la sala. Allí se quitó la chaqueta, la aplastó haciendo con ella una pelota y la metió debajo de una silla. Sabía que Mary podía encontrarla y regañarle por eso, pero no le importaba. En ese momento estaba demasiado cansado para levantar la mano hasta el cielo raso y bajar un gancho.

De la cocina salió un débil zumbido. La cena estaba preparada.

Decidió dejar la correspondencia hasta después de comer. Entró en el innombrable a lavarse las manos. Automáticamente murmuró la plegaria de la ablución:

—Pueda yo borrar tan fácilmente la irrealidad como el agua eliminar esta suciedad, es la voluntad de Sigmen.

Después de lavarse, apretó el botón junto al retrato de Sigmen encima del lavatorio. Durante un segundo, el rostro de Sigmen le miró fijamente, un rostro largo y enjuto con una mata de pelo rojo brillante, orejas grandes y abiertas, cejas tupidas de color pajizo, ojos azul pálido, barba larga rojo anaranjada, labios delgados como el filo de un cuchillo. Entonces el rostro comenzó a obscurecerse, a desaparecer. Otro segundo y el Precursor ya no estaba; en su sitio había un espejo.

A Hal le estaba permitido mirarse en el espejo sólo el tiempo suficiente para asegurarse de que tenía la cara limpia y para peinarse el pelo. No había nada que le impidiese continuar allí después del tiempo asignado, pero nunca había violado la disposición. La vanidad no era uno de sus defectos. Por lo menos eso era lo que siempre se había dicho.

No obstante, se detuvo quizá demasiado tiempo. Y vio los hombros anchos de un hombre alto de treinta años. Su pelo, como el del Precursor, era rojo, pero más oscuro, casi bronceado. La frente era alta y ancha, las cejas de un color castaño oscuro, los ojos, muy separados, de un gris oscuro, la nariz recta y de proporciones normales, el labio superior un poco demasiado largo, los labios carnosos, el mentón más bien prominente.

Hal apretó otra vez el botón. El azogue del espejo se oscureció, estalló en rayas brillantes. Luego volvió a oscurecerse hasta que quedó allí el retrato de Sigmen. En el tiempo de un parpadeo, Hal vio su imagen superpuesta a la de Sigmen, luego desaparecieron sus rasgos, absorbidos por el Precursor, el espejo se esfumó, y sólo quedó el retrato.

Hal salió del innombrable y entró en la cocina. Se aseguró de que la puerta estuviese cerrada con llave (las puertas de la cocina y del innombrable eran las únicas que se podían cerrar con llave) porque no quería que Mary le sorprendiese mientras comía. Abrió la puerta del horno, sacó la caja caliente, la puso sobre una mesa que bajó de la pared y empujó el horno de vuelta al cielo raso. Luego abrió la caja y comió. Después de tirar el recipiente plástico por el sumidero que había en la pared, volvió al innombrable y se lavó las manos.

Mientras hacía eso, oyó que Mary pronunciaba su nombre.

CAPÍTULO DOS

Hal vaciló un momento antes de contestar, sin saber por qué y sin detenerse siquiera a analizar la reacción. Luego dijo:

—Aquí, Mary.

—¡Oh! Claro —dijo Mary—, sabía que si estabas en casa estarías ahí. ¿En qué otro sitio podrías estar?

Sin sonreír, Hal caminó hasta la sala.

—¿Tienes que ser tan sarcástica, incluso después de que he estado tanto tiempo fuera?

Mary era una mujer alta, sólo media cabeza menos que Hal. Tenía pelo rubio descolorido, peinado tirante hacia atrás desde la frente y recogido en un pesado rodete en la nuca. Tenía ojos azul claro. Sus rasgos eran normales y pequeños, estropeados por unos labios muy finos. La camisa holgada, de cuello alto y la falda suelta, que llegaba hasta el suelo, impedían al observador saber qué clase de figura tenía. Ni siquiera Hal lo sabía.

—No fui sarcástica, Hal —dijo Mary—. Realista, nada más. ¿En qué otro sitio podías estar? Todo lo que tenías que hacer era decir «Sí». Y *tenías* que estar allí —Mary señaló la puerta del innombrable — cuando yo llegase a casa. Parece como si estuvieras todo el tiempo allí o en tus estudios. Casi como si trataras de ocultarte de mí.

—Un hermoso recibimiento —dijo Hal.

—No me has besado —dijo Mary.

—Ah, sí —dijo él—. Es mi deber. Me había olvidado.

—No tendría que ser un deber —dijo ella—. Tendría que ser un placer.

—Es difícil besar unos labios que riñen.

Para sorpresa de Hal, Mary, en vez de responder airadamente,

rompió a llorar. Hal se sintió inmediatamente avergonzado.

—Lo siento —dijo—. Pero tienes que admitir que no estabas de muy buen humor cuando entraste.

Se acercó a ella e intentó rodearla con los brazos, pero Mary se volvió dándole la espalda. Sin embargo, Hal la besó en el lado de la boca cuando ella apartaba la cabeza.

—No quiero que hagas eso por lástima o porque es tu deber —dijo Mary—, sino porque me amas.

—Pero te amo —dijo Hal por lo que parecía la millonésima vez desde que se habían casado. Esas palabras ni siquiera le sonaban convincentes a él. Y a pesar de todo (se dijo) la amaba. Tenía que amarla.

—Tienes una manera muy agradable de demostrarlo —dijo Mary.

—Olvidemos lo que pasó y comencemos de nuevo —dijo Hal—. Ahora.

Y empezó a besarla, pero Mary retrocedió, apartándose.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hal.

—Ya me has dado el beso de llegada —dijo ella—. No debes empezar a ponerte sensual. No son éstos ni el momento ni el lugar apropiados.

Hal alzó los brazos al cielo.

—¿Quién se pone sensual? Quise actuar como si acabaras de entrar por la puerta. ¿Es peor un beso más de lo prescrito que una disputa? El problema contigo, Mary, es que tienes una mentalidad absolutamente literal. ¿No sabes que ni siquiera el propio Precursor reclamaba que sus prescripciones fuesen tomadas literalmente? ¡Él mismo decía que las circunstancias justificaban a veces modificaciones!

—Sí, y también decía que debemos cuidarnos de no buscar pretextos para apartarnos de su ley. Primero debemos consultar a un *agpt* acerca de la realidad de nuestro comportamiento.

—¡Oh, naturalmente! —dijo Hal—. ¡Voy a llamar por teléfono a nuestro buen ángel de la guarda *protempore* y preguntarle si está bien que nos besemos otra vez!

—Eso es lo único seguro que podemos hacer —dijo Mary.

—¡Gran Sigmen! —gritó Hal—. ¡No sé si reír o llorar! ¡Lo que sí

sé es que no te entiendo! ¡Nunca te entenderé!

—Reza una plegaria a Sigmen —dijo Mary—. Pídele que te dé realidad. Entonces no tendremos ninguna dificultad.

—Reza tú también una plegaria —dijo Hal—. Para que haya una disputa hacen falta dos. Eres tan responsable como yo.

—Hablaré contigo más tarde, cuando no estés tan irritado —dijo ella—. Tengo que lavarme y comer.

—No importa —respondió Hal—. Estaré ocupado hasta la hora de acostarnos. Tengo que ponerme al día con los asuntos del Iglestado antes de hacer el informe a Olvegssen.

—Apostaría a que eso te alegra —dijo Mary—. Estaba deseando tener una agradable conversación. Después de todo no has dicho una palabra acerca de tu viaje a la Reserva.

Hal no respondió.

—¡No hace falta que te muerdas el labio! —dijo Mary.

Hal sacó un retrato de Sigmen de la pared y lo desenrolló sobre una silla. Luego bajó el proyector-amplificador, introdujo en él la carta y reguló los controles. Después de ponerse las gafas correctoras y enchufarse el auricular en la oreja, se sentó en la silla. Mientras hacía eso sonrió mostrando los dientes. Mary debía haber visto la sonrisa, y probablemente se preguntaba cuál era la causa, pero no preguntó. Si hubiera preguntado no habría recibido respuesta. Hal no podía decirle que encontraba una cierta diversión en sentarse en el retrato del Precursor. Mary se habría escandalizado, o habría fingido escandalizarse, nunca estaba seguro de la reacción de ella. En cualquier caso, Mary no tenía un mínimo sentido del humor, y él no estaba dispuesto a decirle algo que perjudicase su hoja de A.M.

Hal apretó el botón que activaba el proyector y luego se sentó reclinándose en la silla, aunque sin relajar el cuerpo. Inmediatamente, la amplificación de la película se animó en la pared de enfrente. Mary, al no tener gafas puestas, no veía más que una pared desnuda. Al mismo tiempo, Hal oyó la voz grabada en la película.

Primero (como en todas las cartas oficiales) apareció en la pared el rostro del Precursor. La voz dijo: «¡Alabado sea Isaac Sigmen, en quien reside la realidad y de quien emana toda la verdad! ¡Que él

nos bendiga a nosotros, sus seguidores, y que confunda a sus enemigos, los discípulos del no *shib* Regresor!».

Hubo una pausa de la voz y un corte en la proyección para que el espectador pudiese decir a su vez una plegaria. Luego apareció una sola palabra (*woggle*) en la pared, y el locutor prosiguió hablando.

»Devoto creyente Hal Yarrow:

»He aquí la primera de una lista de palabras que han aparecido recientemente en el vocabulario de la población de habla americana de la Unión. Esta palabra, *woggle*, se originó en el Departamento de Polinesia y se esparció en forma radial a todos los pueblos de habla americana de los departamentos de Norteamérica, Australia, Japón y China. Curiosamente, no ha aparecido todavía en el Departamento de Sudamérica que, como usted probablemente sabrá, es contiguo a Norteamérica».

Hal Yarrow sonrió, aunque había habido una época en que ese tipo de afirmaciones le enfurecían. ¿Cuándo llegarían a darse cuenta los remitentes de esas cartas de que él no era solamente un hombre de una educación muy grande sino también de una educación muy general? En ese caso particular, hasta los semianalfabetos de las clases inferiores tenían que saber dónde quedaba Sudamérica, por la simple razón de que el Precursor había mencionado muchas veces ese continente en sus libros *El Talmud de Occidente* y *El Mundo y el Tiempo Reales*. Era cierto, sin embargo, que a los maestros de escuela de los no profesionales quizá no se les ocurriese nunca mostrar a los alumnos dónde estaba Sudamérica.

«Se informó por primera vez de *woggle*», prosiguió diciendo el locutor, «en la isla de Tahití. Situada en el centro del Departamento de Polinesia, esta isla está habitada por descendientes de australianos que la colonizaron después de la Guerra Apocalíptica. Tahití es usada actualmente como base militar de naves espaciales».

»*Woggle* aparentemente se extendió desde allí, pero su uso ha estado confinado en especial a los no profesionales. La excepción son los profesionales del personal espacial. Tenemos la impresión de que hay alguna relación entre la aparición de la palabra y el hecho de que los viajeros del espacio hayan sido los primeros en usarla, según nuestra información.

»Los sembradores de la verdad han solicitado permiso para usarla en el aire, pero les ha sido negado hasta después de un estudio más completo.

»En cuanto a la palabra, hasta donde puede ser determinado en el momento presente, se usa como adjetivo, sustantivo y verbo. Tiene un sentido básicamente peyorativo, cercano aunque no equivalente a las palabras *enredo* y *maleficio*, lingüísticamente aceptables. Además significa algo extraño, que no es de este mundo; en una palabra, algo que no es realista.

»Por la presente se le ordena investigar la palabra *woggle*, siguiendo el Plan N.nº
ST-LIN-476
, a menos que haya recibido una orden con un número de prioridad más alta. En ese caso, responderá a esta carta antes de la Duodécima Fertilidad, 550 a. de S.»

Hal pasó la carta hasta el final. Afortunadamente, las otras tres palabras tenían menos prioridad. No tenía que lograr lo imposible: investigar las cuatro al mismo tiempo.

Pero tendría que salir por la mañana después de informar a Olvegssen. Lo que significaba no preocuparse siquiera de desempaquetar las cosas, vivir durante días con las ropas que tenía puestas, no tener tiempo quizá de que se las limpiasen.

En realidad no le faltaban deseos de irse. Sólo que estaba cansado y quería descansar antes del viaje.

Descansar, ¿cómo?, se preguntó después de quitarse las gafas y mirar a Mary.

Mary se estaba levantando de la silla después de apagar la tridi. Se inclinó para tirar de un cajón de la pared. Hal vio que sacaba las ropas de dormir. Y como en tantas otras noches, tuvo una sensación fea en el estómago.

Mary se volvió y le vio la cara.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada.

Mary atravesó el cuarto (sólo unos pocos pasos para cruzar la habitación: Hal recordó todos los pasos que podía dar cuando estaba en la Reserva). Le entregó un bulto arrugado de prendas delgadas como gasa y dijo:

—No creo que Olaf las haya limpiado. Aunque la culpa no es de él. El desionizador no funciona. Dejó una nota diciendo que llamó a un técnico. Pero ya sabes cuánto tardan en arreglar algo.

—Yo mismo lo arreglaré cuando tenga tiempo —dijo Hal. Acercó las ropas a la nariz y olió—. ¡Gran Sigmen! ¿Cuánto hace que no funciona el aparato?

—Desde que te fuiste —dijo Mary.

—¡Cómo transpira ese hombre! —dijo Hal—. Debe de estar en un perpetuo estado de terror. Y es comprensible. A mí también me asusta el viejo Olvegssen.

La cara de Mary se encendió.

—He rezado y rezado para que no jurases —dijo—. ¿Cuándo te vas a sacar esa costumbre irreal? ¿No sabes…?

—Sí —dijo Hal, interrumpiéndola ásperamente—. Sé que cada vez que tomo en vano el nombre del Precursor retraso en esa medida el Fin del Tiempo. ¿Y qué?

Mary dio un paso atrás, alejándose de aquella voz potente y de aquella mueca.

—¿Y qué? —repitió, incrédula—. Hal, no estás hablando en serio.

—¡No, claro que no estoy hablando en serio! —dijo, jadeando—. ¡Claro que no! ¿Cómo podría hablar en serio? Lo que pasa es que me enfureces tanto con esa manía tuya de recordarme continuamente mis defectos.

—El propio Precursor dice que siempre debemos hacer recordar a nuestro hermano sus irrealidades.

—Yo no soy tu hermano. Soy tu marido —dijo—. Aunque hay muchos momentos, como ahora, en que preferiría no serio.

Mary perdió el aspecto severo y acusador, los ojos se le inundaron de lágrimas, y los labios y la barbilla le empezaron a temblar.

—Por el amor de Sigmen —dijo Hal—. No llores.

—¿Cómo quieres que no llore? —sollozó—. Cuando mi propio marido, mi propia carne y sangre, unida a mí por el Real Iglestado, acumula abusos sobre mi cabeza. Y no he hecho nada para merecerlos.

—Nada, sólo denunciarme al *agpt* cada vez que tienes una

oportunidad —dijo Hal. Dio media vuelta y tiró de la cama, sacándola de la pared.

—Supongo que las ropas de noche apestarán a Olaf y también a la gorda de su mujer —dijo.

Tomó una sábana y la olió.

—¡Uf! —dijo. Rompió las otras sábanas y las tiró en el piso, junto con las ropas de noche.

—¡Que se vayan al I! Duermo con lo que tengo puesto. Tú misma dices que eres una esposa. ¿Por qué entonces no llevaste esto a la casa de nuestros vecinos y lo lavaste?

—Tú sabes por qué —dijo Mary—. No tenemos dinero para pagarles por el uso del limpiador. Si tuvieras mejores A.M. estaríamos en condiciones de pagarles.

—¿Cómo quieres que mejoren mis A.M. si cada vez que cometo una pequeña indiscreción vas corriendo a contárselo al *agpt*?

—¡Bueno, pero la culpa no es *mía*! —dijo Mary, indignada—. ¿Qué clase de sigmenita sería si le mintiera al buen *abba* diciéndole que merecías mejores A.M.? Después de eso no podría vivir tranquila conmigo misma, sabiendo que había sido tan groseramente irreal y que el Precursor me estaba mirando. Cuando estoy con el *agpt* siento que los ojos invisibles de Sigmen me taladran el cuerpo como un fuego y me leen cada pensamiento. ¡No podría! ¡Y deberías avergonzarte de querer que yo haga eso!

—¡Vete al I! —dijo Hal. Dio media vuelta y se metió en el innombrable.

Dentro del reducido espacio del cuarto se quitó las ropas y se metió debajo de la ducha durante los treinta segundos de lluvia permitidos. Luego se puso delante del soplador hasta que estuvo seco. Después se cepilló los dientes vigorosamente, como si tratase de deshacerse de las terribles palabras que había pronunciado. Como siempre, comenzaba a sentir vergüenza por lo que había dicho. Y con esta vergüenza, miedo de lo que Mary le contaría al *agpt*, lo que él mismo le contaría al *agpt*, y lo que sucedería después. Era posible que le devaluasen tanto los A.M. como para multarle. Si ocurriera eso, su presupuesto, que estaba ya tan tenso, se rompería. Y entonces sus deudas serían más grandes que nunca, sin hablar del hecho de que no le tendrían en cuenta cuando llegase la siguiente

promoción.

Pensando en eso, Hal se volvió a poner las ropas y salió del pequeño cuarto. Mary le rozó al entrar en el innombrable. Pareció sorprenderse al verle vestido, luego se detuvo y dijo:

—¡Ah, está bien! ¡Tiraste las ropas de noche por el suelo! ¡No puedes estar haciendo eso en serio!

—Sí, lo hago en serio —dijo Hal—. No duermo dentro de esas cosas transpiradas de Olaf.

—Por favor, Hal —dijo Mary—. Me gustaría que no usases esa palabra. Sabes que no soporto la vulgaridad.

—Perdón —dijo Hal—. ¿Preferirías que usase la palabra islandesa o la hebrea? En cualquiera de esos idiomas la palabra se refiere a la misma vil excreción humana: ¡el sudor!

Mary se llevó las manos a los oídos, entró corriendo en el innombrable y cerró la puerta de golpe.

Hal se echó sobre el delgado colchón y se puso un brazo sobre los ojos para que no les diese la luz. A los cinco minutos oyó que la puerta se abría (comenzaba a necesitar aceite, pero no lo tendría hasta que el presupuesto de ellos y de los Marconi les permitiese comprar el lubricante). Y si sus A.M. empeoraban, los Marconi podían solicitar mudarse a otro departamento. Si lo encontraban, otra pareja aún más objetable (probablemente una que acababa de ser ascendida de una clase profesional inferior) iría a vivir a ese mismo sitio.

«¡Oh, Sigmen!», pensó Hal. «¿Por qué no puedo contentarme con las cosas como son, por qué no puedo aceptar plenamente la realidad? ¿Por qué hay en mí tanto del Regresor? ¡Contéstame!».

La voz que oyó era la de Mary, metiéndose en la cama, a su lado.

—Hal, supongo que no persistirás en esa actitud tan poco *shib*.

—¿Qué cosa no es *shib*? —preguntó Hal, aunque sabía a qué se refería.

—Dormir con las ropas de día.

—¿Por qué?

—¡Hal! —dijo Mary—. ¡Sabes muy bien por qué!

—No, no lo sé —respondió Hal. Apartó el brazo de encima de los ojos y miró en una total oscuridad. Mary, como estaba prescrito,

había apagado la luz antes de meterse en la cama.

«El cuerpo de ella, sin ropas, sería muy blanco a la luz de la lámpara o a la luz de la luna», pensó. «Sin embargo nunca he visto su cuerpo, ni siquiera la he visto semidesnuda. Nunca he visto el cuerpo de una mujer, aparte de aquella fotografía que me mostró aquel hombre en Berlín. Y yo, luego de echarle una mirada medio hambrienta, medio horrorizada, salí corriendo lo más rápido que pude. A veces pienso si los uzzitas le habrán encontrado poco después y le habrán hecho lo que les hacen a los hombres que pervierten tan horrendamente la libertad».

Tan horrendamente… y sin embargo podía ver la foto como si la tuviera delante de los ojos, iluminada por la luz de Berlín. Y veía al hombre que trataba de vendérsela, un joven alto y bien parecido, de pelo rubio y anchas espaldas, que hablaba la variedad berlinesa del islandés.

Carne blanca que brillaba…

Hacía varios minutos que Mary no hablaba, pero Hal le sentía la respiración. Entonces:

—Hal, ¿no es bastante lo que hiciste desde que llegaste a casa? ¿Quieres conseguir que yo tenga que decirle aún más cosas al *agpt*?

—¿Y qué más he hecho? —preguntó Hal, con ferocidad. No obstante, sonrió ligeramente, porque estaba decidido a hacerla hablar con claridad, a que dijese qué quería. Eso ella no lo haría nunca, pero él la iba a hacer llegar lo más cerca posible.

—Eso, simplemente. No has hecho nada —susurró Mary.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo sabes —le acusó.

—No, no lo sé.

—La noche antes de tu viaje a la Reserva dijiste que estabas demasiado cansado. Ésa no es una excusa real, pero no le dije nada al *agpt* porque habías cumplido con tus obligaciones semanales. Pero has estado fuera dos semanas, y ahora…

—¡Las obligaciones semanales! —dijo Hal en voz alta, apoyándose en un codo—. ¡Las obligaciones semanales! ¿Es así como lo ves?

—Pero, Hal —dijo Mary, con un tono de sorpresa en la voz—. ¿De qué otra manera quieres que lo vea?

Lanzando un gruñido, Hal se acostó boca arriba y miró la oscuridad.

—¿Para qué sirve? —preguntó—. ¿Por qué, por qué tenemos que hacerlo? Hemos estado casados nueve años; no hemos tenido hijos; no los tendremos nunca. Hasta he pedido el divorcio. Entonces ¿qué sentido tiene que sigamos representando como robots en la *tridi*?

Mary aspiró hondo a su lado, y Hal se imaginó la expresión de horror que tendría en la cara.

Luego de un momento de escandalizado silencio, Mary dijo:

—Tenemos que hacerlo porque tenemos que hacerlo. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Seguramente no estarás sugiriendo que…

—No, no —dijo Hal apresuradamente, pensando en lo que pasaría si ella le contaba al *agpt*. Podría soportar otras cosas, pero que ella sugiriese que su marido se negaba a cumplir el mandato específico del Precursor… en eso no se atrevía a pensar. Por lo menos ahora tenía prestigio como profesor universitario y una *puka* con un poco de espacio y una posibilidad de mejorar. Pero no si…

—Claro que no —respondió Hal—. Sé que debemos tratar de tener hijos, aunque aparentemente estemos condenados a no tenerlos.

—Los médicos dicen que no tenemos problemas físicos ninguno de los dos —dijo Mary, quizá por milésima vez en los cinco últimos años—. Por lo tanto uno de nosotros debe de estar pensando contra la realidad, negando con su cuerpo el verdadero futuro. Y sé que no puedo ser yo. ¡No podría ser!

—*Nuestro lado oscuro se esconde demasiado de nuestro lado brillante* —dijo Hal, citando el *Talmud de Occidente—. El Regresar que llevamos dentro nos tiende trampas sin que nosotros lo sepamos*.

No había nada que enfureciese tanto a Mary, que siempre estaba citando, como que Hal le hiciese lo mismo. Pero ahora, antes de iniciar una diatriba, gritó:

—¡Hal, estoy asustada! ¿Te das cuenta de que en otro año se nos acabará el tiempo, que nos presentaremos a los uzzitas para otra prueba? Y si descubren que uno de nosotros está negando el futuro a nuestros hijos… ¡nos dijeron bien claramente qué pasaría!

Por primera vez esa noche, Hal sintió un poco de lástima por ella. Conocía el mismo terror que hacía que el cuerpo de ella

temblase y se estremeciese en la cama.

Pero no podía dejar que Mary lo supiese, porque entonces ella se vendría abajo por completo, como había sucedido varias veces en el pasado. Él se pasaría toda la noche juntando los pedazos y tratando de pegarlos.

—No creo que debamos preocuparnos mucho —dijo Hal—. Después de todo somos profesionales altamente respetados y muy necesarios. No van a desperdiciar nuestra educación y nuestro talento enviándonos al I. Pienso que si no quedas embarazada nos concederán una prórroga. Después de todo tienen precedentes y autoridad. El propio Precursor dijo que cada caso debía ser considerado en su contexto, y no juzgado por una ley absoluta. Y nosotros…

—¿Y cuántas veces juzgan un caso por el contexto? —dijo Mary, con voz estridente—. ¿Cuántas veces? ¡Tú sabes tan bien como yo que siempre aplican la ley general!

—Que yo sepa no sucede eso —respondió Hal, con voz tranquilizadora—. ¿Cómo puedes ser tan ingenua? Si haces caso a lo que dicen los sembradores de la verdad, sí. Pero he oído cosas acerca de la jerarquía. Sé que cosas como el parentesco de sangre, la amistad, el prestigio y la riqueza, o la utilidad al Iglestado, pueden disminuir el rigor de las leyes.

Mary se sentó en la cama.

—¿Estás tratando de decirme que es posible sobornar a los urielitas? —dijo escandalizada.

—Nunca diría eso a nadie —dijo Hal—. Y juro por la mano perdida de Sigmen que ni siquiera intenté sugerir tan vil irrealidad. No, lo único que digo es que la utilidad al Iglestado puede a veces conducir a una cierta indulgencia o a otra oportunidad.

—¿A quién conoces que pueda ayudamos? —dijo Mary, y Hal sonrió en la oscuridad. Mary podía escandalizarse ante su franqueza, pero era práctica y no dudaría en utilizar cualquier medio para salir de la dificultad.

Hubo silencio durante unos pocos minutos. Mary respiraba con fuerza, como un animal acorralado.

Finalmente, Hal dijo:

—En realidad no conozco a nadie con influencia, aparte de

Olvegssen. Y ha estado haciendo observaciones acerca de mis A.M., aunque elogia mi trabajo.

—¡Ves! —dijo Mary—. ¡Los A.M.! Si hicieras un esfuerzo, Hal…

—Si no tuvieras tanta ansia de degradarme —dijo él, con amargura.

—Hal, ¿qué quieres que haga si caes tan fácilmente en la irrealidad? No sé lo que tengo que hacer, pero es un deber. Incluso cometes otra falta al reprocharme por lo que debo hacer. Otra marca negra…

—Que te verás obligada a denunciar al *agpt*. Sí, ya lo sé. No discutamos el asunto por diezmilésima vez.

—Tú sacaste el tema —dijo ella, con voz de virtud.

—Parece que es de lo único que tenemos que hablar —dijo Hal.

Mary lanzó su suspiro.

—No siempre fue así —dijo.

—No, durante el primer año de matrimonio no fue así. Pero desde entonces…

—¿Y de quién es la culpa? —gritó Mary.

—Buena pregunta —respondió Hal—. Pero creo que lo mejor es que no la analicemos. Puede ser peligroso.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo ganas de discutirla —dijo Hal. Él mismo se sorprendió de esas palabras. ¿Qué había querido decir? No lo sabía; no había hablado con el intelecto sino con la totalidad de su ser. ¿Le había hecho decir eso el Regresor que llevaba dentro?

—Durmamos —agregó—. *El día de mañana cambia el rostro de la realidad*.

—No antes de… —dijo Mary.

—¿Antes de qué? —preguntó Hal, cansado.

—No te hagas el *shib* conmigo —dijo ella—. Es eso lo que inició esta disputa. Tú tratando de… eludir tus… deberes.

—Mis deberes —dijo Hal—. Lo *shib*. Naturalmente.

—No hables así —dijo Mary—. No quiero que lo hagas porque es tu deber. Quiero que lo hagas porque me amas, como te está ordenado. Además, porque *quieres* amarme.

—Me está ordenado amar a toda la humanidad —dijo Hal—. Pero me doy cuenta de que me está expresamente prohibido llevar a

cabo mis deberes con otra persona que no sea mi realista mujer.

Mary se escandalizó tanto que no pudo responderle, y se volvió en la cama dándole la espalda. Pero Hal, que sabía que decía eso tanto para castigarla y castigarse como porque era lo que debía hacer, extendió el brazo y la tocó. De ahí en adelante, habiendo dado el primer paso formal, todo se ritualizó. Esa vez, a diferencia de otras veces en el pasado, todo fue ejecutado paso a paso, las palabras y los actos, según las especificaciones del Precursor en *El Talmud de Occidente*. Menos en un detalle: Hal usaba todavía las ropas de día. Eso, había decidido, podía ser perdonado, porque lo que contaba era el espíritu y no la letra, ¿y qué diferencia había en que usase las gruesas prendas de día o las abultadas ropas de dormir? Mary, si se acordaba, no había dicho nada.

CAPÍTULO TRES

Después, tendido boca arriba, mirando la oscuridad, Hal pensó como lo había hecho tantas otras veces. ¿Qué era lo que le cortaba el abdomen como una ancha y gruesa lámina de acero y parecía separarle el torso de las caderas? Estaba excitado, al comienzo. Sabía que debía de estarlo, porque el corazón le latía rápido, respiraba con fuerza. Sin embargo, no sentía (realmente) nada. Y cuando llegaba el momento (que el Precursor llamaba el momento de generación de potencialidad, el cumplimiento y actualización de la realidad), Hal experimentaba sólo una reacción mecánica. Su cuerpo cumplía con la función prescrita, pero él no sentía nada de aquel éxtasis que el Precursor había descrito tan vívidamente. Una zona de insensibilidad, un área que congelaba los nervios, una lámina de acero, le atravesaba, cortándole en dos. No sentía nada, aparte de las sacudidas del cuerpo, como si una aguja eléctrica le estimulase los nervios al mismo tiempo que se los adormecía.

No debía ser así, se dijo. ¿O sí? ¿Se habría equivocado el Precursor? Después de todo, el Precursor era un hombre superior al resto de la humanidad. Quizá había sido dotado para experimentar tan exquisitas reacciones, y no se había dado cuenta de que el resto de los hombres no compartía su buena fortuna.

Pero no, eso no podía ser, si era cierto (¡y quién lo ponía en duda!), que el Precursor podía ver en la mente de cada hombre.

Entonces Hal era el único ser defectuoso, entre todos los discípulos del Real Iglestado.

¿O habría otros? Nunca había discutido sus sentimientos con nadie. Hacerlo era, si no inconcebible, impracticable. Era obsceno, no realista. Sus maestros nunca le habían prohibido tratar el tema; no hacía falta, porque Hal lo sabía sin necesidad de que se lo

dijesen.

Y, sin embargo, el Precursor había descrito cuáles debían ser sus reacciones.

Pero ¿lo había hecho tan directamente? Cuando Hal consideró aquella parte del *Talmud de Occidente* que sólo era leída por parejas comprometidas y casadas, se dio cuenta de que el Precursor no había descrito en realidad un estado físico. Su lenguaje había sido poético (Hal sabía qué significaba *poético* porque, como lingüista, había tenido acceso a varias obras de literatura prohibidas para los otros), metafórico, hasta metafísico. Se había expresado en términos que, analizados, se veía que guardaban poca relación con la realidad.

«Perdóname, Precursor», pensó Hal. «Lo que quise decir era que tus palabras no son una descripción científica del verdadero proceso electro-mecánico del sistema nervioso humano. Naturalmente, se refieren directamente a un nivel más alto, porque la realidad tiene muchos planos».

Subrealista, realista, pseudorrealista, surrealista, superrealista, retrorrealista.

No era el momento de hacer teología, pensó; no tenía deseos de que la mente le diese vueltas otra vez, como tantas otras noches, analizando lo que no tenía solución, lo que no tenía respuesta. El precursor sabía, pero él no.

Todo lo que sabía en ese instante era que estaba desfasado de la línea del universo; que siempre lo había estado y que probablemente lo seguiría estando siempre. Se balanceaba al borde de la irrealidad durante todo el día. Y eso no era bueno… le atraparía el Regresor, caería en las malvadas manos del hermano del Precursor…

Hal Yarrow fue despertado de pronto por el clarín matutino. Durante un momento sintió confusión; el mundo de los sueños se le enredó con el mundo vigil.

Rodó fuera de la cama, levantándose, y miró a Mary. Ella, como siempre, no despertó a la primera llamada, a pesar de la potencia del clarín, porque no era para ella. En quince minutos vendría el segundo trompetazo en la *tridi*, la llamada de las mujeres. Para ese entonces Hal debía estar lavado, afeitado, vestido, y en marcha.

Mary tendría quince minutos para prepararse y salir; diez minutos después los Olaf Marconi llegarían de su trabajo nocturno y se dispondrían a dormir y vivir en aquel estrecho mundo hasta que volviesen los Yarrow.

Hal fue aún más rápido que otras veces porque tenía todavía puestas las ropas de día. Se alivió, se lavó la cara y las manos, se frotó la barba con crema, se quitó los pelos aflojados por la crema (algún día, si ascendía al rango de jerarca, usaría barba como Sigmen), se peinó y salió del innombrable.

Después de meter en el bolso de viaje las cartas que había recibido la noche anterior, echó a andar hacia la puerta. Entonces, empujado por una sensación inesperada e imposible de analizar, dio media vuelta, entró en el dormitorio y se inclinó para besar a Mary. Mary no despertó, y él lamentó (durante un segundo) que ella no supiese lo que él había hecho. Ese acto no era un deber, no era una exigencia. Había salido de las profundidades oscuras, donde debía de haber también luz. ¿Por qué lo había hecho? La noche anterior había pensado que la odiaba. Ahora…

Lo mismo que él, ella no podía evitar lo que hacía. Eso, por supuesto, no era una excusa válida. Cada uno era responsable de su propio destino; si algo bueno o malo le ocurría a una persona, sólo la misma persona era responsable de ese hecho.

Hal rectificó el pensamiento. Él y Mary eran quienes engendraban la propia desgracia de los dos, aunque no conscientemente. El lado brillante de ellos no quería que su amor fracasase; era el lado oscuro (aquel horrible Regresor agazapado allá abajo, dentro de ellos) el que causaba todo eso.

Mientras estaba en la puerta, Hal vio que Mary abría los ojos y le miraba un poco perpleja. Y, en vez de volver a besarla otra vez, salió apresuradamente al pasillo. De pronto sintió pánico, al pensar que ella podía llamarle e iniciar de nuevo toda aquella pesada y enervante escena. No se dio cuenta hasta más tarde de que no había tenido la oportunidad de decirle a Mary que saldría para Tahití esa misma mañana. Por lo menos se había ahorrado otra escena.

A esa hora el pasillo estaba repleto de hombres que iban al trabajo. Como Hal, llevaban las ropas flojas, listadas a cuadros, de los profesionales. Muchos usaban el verde y el escarlata del profesor

universitario.

Hal, naturalmente, habló con cada uno.

—¡Buen futuro, Ericssen!

—¡Que Sigmen te sonría, Yarrow!

—¿Tuviste algún sueño brillante, Chang?

—*¡Shib*, Yarrow! Un sueño salido de la mismísima verdad.

—Shalom, Kazimuru.

—¡Que Sigmen te sonría, Yarrow!

Hal se detuvo junto al ascensor, donde un guardián (de servicio en ese nivel por la mañana debido a la gran cantidad de gente) ordenaba la prioridad de descenso. Una vez fuera de la torre, Hal fue pasando de una cinta a otra más rápida hasta que llegó a un expreso, la cinta central. Estrujado por los cuerpos de hombres y mujeres, allí no se sentía incómodo porque iba entre los de su misma clase. Diez minutos de viaje y comenzó a salir trabajosamente entre el gentío, pasando de cinta en cinta. Cinco minutos después saltó a la acera y caminó hacia la cavernosa entrada de Pali N.nº 16, la Universidad de Sigmen City.

Adentro tuvo que esperar, aunque no mucho tiempo, a que el guardián le hiciese pasar al ascensor. Luego subió directamente en el expreso hasta el nivel treinta. Por lo general, cuando salía del ascensor iba directamente a su propia oficina a dar la primera clase del día, un curso para estudiantes que se difundían por *tridi*. Ese día, Hal se dirigió a la oficina del decano.

En el camino, deseando un cigarrillo y sabiendo que no podía fumarlo en presencia de Olvegssen, se detuvo y encendió uno. Estaba frente a la puerta de una clase elemental de lingüística y llegaban algunas frases de la disertación de Keoni Jerahmeel Rasmussen.

»*Puka* y *pali* eran originalmente palabras de los primitivos habitantes polinesios de las Islas Hawaii. La gente de habla inglesa que luego colonizó las islas adoptó muchos términos del idioma hawaiano; *puka*, que significa agujero, túnel o cueva, y *pali*, que significa acantilado, fueron de las más populares.

»Cuando los hawaiano-americanos repoblaron Norteamérica después de la Guerra Apocalíptica, esos dos términos eran todavía usados en el sentido original. Pero hace unos cincuenta años el

significado de esas dos palabras cambió. *Puka* comenzó a ser usado para referirse a los pequeños departamentos adjudicados a las clases bajas, evidentemente en un sentido peyorativo. Luego el término se extendió a las clases altas. Sin embargo, si uno es un jerarca, vive en un departamento; si uno pertenece a cualquier clase por debajo de la jerarquía, uno vive en una *puka*.

»*Pali*, que significaba acantilado, fue también aplicado a los rascacielos o a cualquier edificio grande. A diferencia de *puka, pali* conserva también su sentido original».

Hal terminó el cigarrillo, tiró la colilla en un cenicero y echó a andar por la sala hacia la oficina del decano. Allí encontró al doctor Bob Kafziel Olvegssen sentado detrás del escritorio.

Olvegssen, el mayor de los dos, habló primero, naturalmente. Tenía un acento islandés.

—Aloha, Yarrow. ¿Qué haces aquí?

—Shalom, *abba*. Le pido perdón por aparecer ante usted sin invitación. Pero tenía que solucionar varios asuntos antes de partir.

Olvegssen, un hombre canoso de setenta años, frunció el ceño.

—¿Partir?

Hal sacó la carta de la maleta y se la entregó a Olvegssen.

—Puede examinarla usted mismo más tarde, por supuesto. Pero para ahorrarle un tiempo valioso le diré que es otra orden para hacer una investigación lingüística.

—¡Acabas de volver de una! —dijo Olvegssen—. ¿Cómo quieren que dirija este colegio eficientemente y para gloria del Iglestado si continuamente me sacan el personal para enviarlo a cazar palabras quiméricas?

—Supongo que no está con eso criticando a los urielitas —dijo Hal, no sin un toque de malicia. No le gustaba su superior, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho para vencer esos pensamientos no realistas de su parte.

—¡Vaya! ¡Claro que no! ¡Soy incapaz de semejante cosa, y me ofende que me acuses de tal posibilidad!

—Le pido perdón, *abba* —dijo Hal—. Ni siquiera soñaría con sugerir una cosa como ésa.

—¿Cuándo debes partir? —dijo Olvegssen.

—En el primer coche. Que, creo, sale dentro de una hora.

—¿Y regresarás?

—Sólo Sigmen lo sabe. Cuando haya completado la investigación y el informe.

—Ven a verme inmediatamente cuando regreses.

—Le pido perdón otra vez, pero no puedo hacer eso. Mis A.M. tendrán para ese entonces un atraso considerable, y estoy obligado a dejar todo el asunto al día antes de hacer otra cosa. Puede llevarme horas.

Olvegssen frunció el ceño y dijo:

—Sí, tus A.M. La última vez no estuviste muy bien, Yarrow. Espero que mejores en la próxima. De lo contrario…

De pronto, Hal sintió que un fuego le corría por el cuerpo, y que las piernas le temblaban.

—¿Sí, *abba*? —su voz sonó débil y distante.

Olvegssen unió la puntas de sus dedos y miró por encima de ellas a Yarrow.

—Aunque lo lamentaría mucho, me vería obligado a tomar medidas. No puedo tener a un hombre con bajos A.M. entre mi personal. Me temo que…

Hubo un largo silencio. Hal sintió que la transpiración le corría desde los sobacos, y que se le formaban gotas en la frente y en el labio superior. Sabía que Olvegssen le tenía deliberadamente en suspenso, y no quería preguntarle nada. No quería darle al presumido y canoso *gimel* la satisfacción de escuchar sus palabras. Pero no se atrevía a dar la sensación de que no tenía interés. Si no decía nada, sabía que Olvegssen sólo sonreiría y le echaría de allí.

—¿Qué, *abba*? —dijo Hal, tratando de que la voz no se le ahogase.

—Mucho me temo que ni siquiera podría permitirme la indulgencia de degradarte a la enseñanza secundaria. Me gustaría ser piadoso. Pero la piedad en tu caso sólo significaría confirmar la irrealidad. Y esa posibilidad yo no la podría soportar. No…

Hal juró entre dientes porque no podía dominar sus temblores.

—¿Sí, *abba*?

—Mucho me temo que me vería obligado a pedirles a los uzzitas que examinasen tu caso.

—¡No! —dijo Hal, alzando la voz.

—Sí —dijo Olvegssen, hablando todavía detrás de las manos unidas en forma de torre—. Me dolería hacerlo, pero cualquier otra solución no sería *shib*. Sólo pidiendo la ayuda de los uzzitas podría yo soñar correctamente.

Olvegssen deshizo la torre de las manos, giró en la silla volviéndose de perfil hacia Hal, y dijo:

—Sin embargo, no hay ninguna razón para que yo dé esos pasos, ¿verdad? Después de todo, tú, y solamente tú, eres el responsable de lo que te suceda. Por lo tanto no tienes a nadie a quien echar la culpa sino a ti mismo.

—Así lo ha revelado el Precursor —dijo Hal—. Trataré de que no sienta dolor, *abba*. Me aseguraré de que mi *agpt* no tenga motivo para darme bajos A.M.

—Muy bien —dijo Olvegssen, como si no le creyese—. No te retendré aquí para examinar la carta, porque me deberá llegar un duplicado en el correo de hoy. Aloha, hijo mío, y buenos sueños.

—Que vea la verdad, *abba* —dijo Hal, y dio media vuelta y salió, aterrorizado, casi sin saber lo que hacía. Automáticamente, fue hasta el puerto, y allí cumplió todos los trámites para obtener prioridad en el viaje. La mente todavía se le negaba a funcionar con claridad cuando subió al coche.

Media hora más tarde bajó en el puerto de Los Ángeles y fue a la taquilla a confirmar su asiento en el coche a Tahití.

Mientras estaba en la cola, sintió un pequeño golpe en el hombro.

Dio un salto y se volvió para pedirle disculpas a la persona que tenía detrás.

Sintió que el corazón le martillaba como si quisiera salirse del pecho.

El hombre era un sujeto rechoncho, ancho de espaldas, panzudo, que vestía un holgado uniforme negro azabache. Tenía puesto un sombrero alto y cónico, negro brillante, con un delgado borde, y en el pecho llevaba la figura plateada del ángel Uzza.

El oficial se inclinó hacia adelante para examinar los números hebreos en el borde inferior del pie alado que Hal llevaba en el pecho. Luego miró el papel que tenía en la mano.

—Usted es Hal Yarrow, *shib* —dijo el uzzita—. Acompáñeme.

Después, Hal pensó que uno de los aspectos más extraños del asunto era la falta de terror. Se había asustado, naturalmente, pero había empujado al miedo contra un rincón de la mente mientras la parte mayor de ella se dedicaba a considerar la situación y cómo salir de ella. La vaguedad y la confusión que le habían abrumado durante la entrevista con Olvegssen y que habían seguido mucho después parecían disolverse ahora. Había quedado con el cerebro fresco y rápido; el mundo era claro y duro.

Quizá todo se debía a que la amenaza de Olvegssen era distante e incierta, mientras que ser encarcelado por los uzzitas era inmediato y sin duda peligroso.

Hal fue llevado a un pequeño coche aparcado al lado del edificio de la taquilla. Allí el uzzita le ordenó que entrase y se sentase. El uzzita hizo lo mismo, y ajustó los controles. El coche se elevó verticalmente hasta la altura de unos quinientos metros y luego se lanzó, con las sirenas chillando, hacia su destino. Hal, aunque no tenía demasiada disposición de ánimo para el humor, no pudo dejar de pensar que los policías no habían cambiado en los últimos mil años. Aunque no hubiese emergencia que lo justificase, los guardianes de la ley tenían que hacer ruido.

Dos minutos más tarde el coche entró en el puerto de un edificio, en el vigésimo nivel. Allí el uzzita, que no le había dirigido una sola palabra a Hal desde la conversación inicial, le hizo seña de que bajase del coche. Hal tampoco había dicho nada, porque sabía que sería inútil.

Los dos caminaron subiendo por una rampa y luego atravesaron muchos corredores atestados de gente apresurada. Hal trataba de memorizar la ruta para el caso de que pudiese escapar. Sabía que la idea de volar en un coche era ridícula, que no le sería posible huir. Tampoco tenía razones para pensar que se vería metido en una situación donde la única manera de escapar sería corriendo.

Por lo menos eso era lo que él esperaba.

Finalmente, el uzzita se detuvo delante de una puerta de oficina donde no había ninguna inscripción. Señaló hacia allí con el pulgar, y Hal caminó entrando primero. Se encontró en una antesala; detrás de un escritorio había una secretaria sentada.

—Ángel Patterson informando —dijo el uzzita—. Tengo a Hal

Yarrow, Profesional LIN-56327.

La secretaria transmitió la información por un micrófono, y una voz que salió de la pared dijo que entrasen los dos.

La secretaria apretó un botón, y la puerta se abrió.

Hal, caminando todavía delante, entró.

Era una sala grande, para lo que él estaba acostumbrado a ver; más grande que su salón de clase o que toda su *puka* en Sigmen City. En el otro extremo había un enorme escritorio, cuya parte superior era curva como una media luna o un par de cuernos afilados. Detrás de ese escritorio había un hombre sentado, y al verle la serena compostura de Hal se hizo añicos. Hal había esperado un *agpt* de rango superior, un hombre vestido de negro con un sombrero cónico.

Pero ese hombre no era un uzzita. Llevaba una ondeante túnica púrpura, y una capucha en la cabeza, y en su pecho había una enorme L hebrea dorada, la *lamed*. Y tenía barba.

Era uno de los más grandes entre los grandes, un urielita. Hal sólo había visto a personajes como ése una docena de veces en toda su vida, y en una sola ocasión en persona.

«Gran Sigmen, ¿qué he hecho?», pensó. «¡Estoy perdido, perdido!».

El urielita era un hombre muy alto, casi media cabeza más alto que Hal. Tenía cara larga, pómulos salientes, nariz grande, estrecha y curva, labios delgados, y ojos azul pálido con un ligero pliegue mongoloide.

—¡Alto, Yarrow! —dijo el uzzita, en voz muy baja, detrás de HaI —. ¡Atención! Haz todo lo que el Sandalphon Macneff diga, sin vacilar y sin movimientos falsos.

Hal, a quien no se le habría ocurrido la idea de desobedecer, asintió con la cabeza.

Macneff miró a Yarrow por lo menos durante un minuto, mientras se acariciaba la tupida barba castaña.

Luego, después de hacer que Hal transpirase y temblase interiormente, Macneff habló por fin. Su voz era sorprendentemente grave para un hombre de cuello tan delgado.

—Yarrow, ¿le gustaría irse de esta vida?

CAPÍTULO CUATRO

Después, Hal tuvo tiempo de dar gracias a Sigmen por no haber seguido aquel primer impulso.

En vez de quedar paralizado por el terror, había considerado la posibilidad de girar rápidamente y atacar al uzzita. El oficial, aunque no llevaba armas a la vista, tenía sin duda una pistola en una funda debajo de sus ropas. Si Hal pudiese golpearle y sacarle el arma, quizá conseguiría tomar a Macneff como rehén. Con él como escudo, Hal podría huir.

¿A dónde?

No tenía la menor idea. ¿A Israel o a la Federación Malaya? Ambos sitios estaban muy lejos, aunque la distancia significaba muy poco si lograba robar una nave. Aun cuando pudiese hacer eso, no tenía muchas posibilidades de atravesar la red de estaciones antimisiles. A menos que engañase a los guardias, y no sabía lo suficiente acerca de códigos y de trato militar.

Mientras pensaba posibilidades, sintió que aquel impulso moría. Sería más inteligente esperar hasta que descubriese de qué le acusaban. Quizá podría probar que era inocente.

Los delgados labios de Macneff se curvaron levemente, formando una sonrisa que Hal habría de llegar a conocer bien.

—Está bien, Yarrow —dijo.

Hal no sabía si eso era una sugerencia para que él hablase, pero se arriesgó a ofender al urielita.

—¿Qué está bien, Sandalphon?

—Que tu cara se haya puesto roja y no pálida. Soy lector de almas, Yarrow. Puedo ver dentro de un hombre a los pocos segundos de haberle conocido. Y vi que tú no te ibas a desmayar de terror, como les habría pasado a muchos si oyeran las primeras

palabras que te dije. No, tú te sonrojaste con la sangre caliente de la agresividad. Estabas preparado para negar, para discutir, para luchar contra todo lo que yo dijese.

»Algunos podrían decir que no fue ésa una reacción favorable, que tu actitud mostró un pensamiento erróneo, una inclinación hacia la irrealidad.

»Pero yo digo: ¿*Qué es la realidad*? Ésa fue la pregunta presentada por el hermano malvado del Precursor en el gran debate. La respuesta sigue siendo la misma: que sólo el hombre real lo sabe.

»Yo soy real; de lo contrario no sería un Sandalphon. ¿*Shib*?

Hal, tratando de no hacer ruido al respirar, asintió. Estaba pensando que Macneff no debía de poder leer tan claramente como le parecía, porque no había dicho nada de estar enterado de la primera reacción de Hal de recurrir a la violencia.

¿O lo sabía de veras pero era lo suficientemente sensato como para perdonar?

—Cuando te pregunté si te gustaría irte de esta vida —dijo Macneff— no estaba sugiriendo que fueses un candidato al I.

Arrugó el ceño y prosiguió:

—Aunque tus A.M. sugieren que, si sigues en el nivel actual, pronto lo serás. Sin embargo, estoy seguro de que, si te ofreces como voluntario para lo que voy a proponerte, pronto te corregirás. Estarías en estrecho contacto con muchos hombres *shib*; no podrías escapar a su influencia. *La realidad engendra realidad*. Son palabras de Sigmen.

»No obstante, quizá esté apresurando las cosas. Primero tienes que jurar sobre este libro —Macneff tomó un ejemplar de *El Talmud de Occidente*— que nada de lo que digamos en esta oficina será divulgado a ninguna persona, jamás. Morirás o sufrirás cualquier tortura antes que traicionar al Iglestado.

Hal puso la mano izquierda sobre el libro (Sigmen usaba la mano izquierda porque había perdido la derecha muy joven), y juró por el Precursor y todos los niveles de la realidad que sus labios estarían cerrados para siempre. De lo contrario le sería negada para siempre la gloria de ver al Precursor cara a cara y tener algún día su propio universo donde reinar.

Mientras juraba, Hal comenzó a sentirse culpable por haber pensado en golpear a un uzzita y usar la fuerza contra un Sandalphon. ¿Cómo podía haber cedido tan repentinamente ante su lado oscuro? Macneff era el representante vivo de Sigmen mientras Sigmen viajaba a través del tiempo y el espacio a preparar el futuro para sus discípulos. Negarse a obedecer a Macneff aun en lo más mínimo era lo mismo que golpear al Precursor en la cara, y era ésa una cosa tan terrible que el solo acto de pensarla le resultaba a Hal insoportable.

Macneff volvió a poner el libro sobre la mesa.

—Primero debo decirte que aquella orden que recibiste para investigar la palabra *woggle* en Tahití fue un error. Probablemente debido a que algunos departamentos de los uzzitas no trabajan tan estrechamente como deberían. La causa de ese error está siendo investigada en este momento, y se tomarán medidas efectivas para asegurarnos de que no vuelvan a ocurrir errores similares en el futuro.

El uzzita detrás de Hal suspiró profundamente, y Hal supo que no era él el único hombre en aquella sala capaz de sentir miedo.

—Uno de la jerarquía descubrió, al revisar los informes, que habías solicitado permiso para viajar a Tahití. Sabiendo de las medidas estrictas de seguridad que rodean a la isla, decidió investigar. Como resultado, pudimos interceptarte. Y yo, luego de examinar tus antecedentes, llegué a la conclusión de que podías ser el hombre que necesitábamos para ocupar un cierto puesto en la nave.

Macneff había salido de detrás del escritorio y caminaba de un lado a otro, las manos cruzadas a la espalda, el cuerpo inclinado hacia adelante. Hal vio que la piel de Macneff era de un amarillo pálido, muy parecido al color del colmillo de elefante que había visto una vez en el Museo de Animales Extinguidos. El púrpura de la capucha sobre la cabeza hacía resaltar esa palidez.

—Te pediremos que te ofrezcas como voluntario —dijo Macneff — porque sólo queremos a bordo a los hombres más dedicados. Espero sin embargo que nos acompañes; no me sentiría tranquilo si dejase en la Tierra a un civil que sabe de la existencia y el destino de la *Gabriel*. No es que dude de tu lealtad, pero los espías israelíes

son muy hábiles, y podrían conseguir que revelases lo que sabes. O secuestrarte y usar drogas para hacerte hablar. Son devotos discípulos del Regresor, esos israelíes.

Hal se preguntó por qué el uso de drogas por los israelíes era tan poco realista y por la Unión Haijac tan *shib*, pero se olvidó de eso cuando oyó las siguientes palabras de Macneff.

—Hace cien años, la primera nave espacial interestelar de la Unión salió de la Tierra hacia Alpha Centaurus. Aproximadamente en la misma época salió una nave israelí. Ambas regresaron veinte años después e informaron que no habían encontrado planetas habitables. Una segunda expedición Haijac volvió diez años más tarde, y una segunda nave israelí doce años después. Ninguna encontró una estrella que tuviese algún planeta colonizable por el hombre.

—Nunca supe eso —murmuró Hal Yarrow.

—Ambos gobiernos han guardado bien el secreto de su pueblo, pero no del otro gobierno —dijo Macneff—. Los israelíes, que nosotros sepamos, no han enviado más naves interestelares desde la segunda. El gasto y el tiempo empleados son astronómicos. Nosotros, sin embargo, enviamos una tercera nave, mucho más pequeña y más rápida que las dos primeras. Hemos aprendido mucho acerca de formas de impulsar vehículos interestelares en los últimos cien años; eso es todo lo que puedo contarte.

»Pero la tercera nave regresó hace varios años, e informó…

—¡Que había encontrado un planeta donde podían vivir los seres humanos y que ya estaba habitado por seres inteligentes! —dijo Hal, olvidando en su entusiasmo que no le habían invitado a hablar.

Macneff dejó de caminar y miró fijamente a Hal con aquellos ojos azul pálido.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó bruscamente.

—Perdóneme, Sandalphon —dijo Hal—. ¡Pero era inevitable! ¿No predijo el Precursor en su libro *El Tiempo y la Línea del Mundo* que sería encontrado un planeta con esas características? ¡Creo que fue en la página 573!

Macneff sonrió y dijo:

—Me alegro de que las lecciones bíblicas te hayan dejado una impresión tan fuerte.

«¿Cómo no la iban a dejar?», pensó Hal. «Además, no eran ésas las únicas impresiones. Todavía tengo cicatrices en la espalda donde Pornsen, mi *agpt*, me azotó porque yo no había aprendido bien las lecciones. Sabía impresionar, Pornsen. ¿Sabía? ¡Sabe! A medida que yo crecía y me ascendían, también le ascendían a él, siempre donde yo estaba. Él fue mi *agpt* en la casa cuna. Él fue mi *agpt* del dormitorio cuando fui al colegio y pensé que me liberaba de él. Ahora es el *agpt* del bloque donde vivo. Es el responsable de que yo tenga A.M. tan bajos».

Rápidamente llegó la reacción, la protesta. «No, no es él, soy yo, sólo yo, el responsable de todo lo que me sucede. Si tengo bajos A.M. es porque yo así lo deseo, yo o mi lado oscuro. Si muero, muero porque ésa era mi voluntad. Por lo tanto, perdóname, Sigmen, por estos pensamientos contrarios a la realidad».

—Por favor, perdóneme otra vez, Sandalphon —dijo Hal—. Pero ¿encontró la expedición alguna evidencia de que el Precursor haya estado en ese planeta? ¿Tal vez, aunque esto sea demasiado desear, encontraron al propio Precursor?

—No —dijo Macneff—. Aunque eso no significa necesariamente que no haya tales evidencias. La expedición tenía órdenes de hacer un rápido estudio de las condiciones y luego volver a la Tierra. No puedo decirte ahora la distancia en
años-luz
ni qué estrella era, aunque puedes verla a simple vista de noche en este hemisferio. Si te ofreces como voluntario, se te dirá a dónde vas después que haya salido la nave. Y la nave sale muy pronto.

—¿Necesitan un lingüista? —dijo Hal.

—La nave es inmensa —dijo Macneff—, pero la cantidad de militares y especialistas que llevamos limitan a uno el número de lingüistas. Hemos considerado a varios de tu profesión porque eran *lamedianos* y fuera de toda sospecha. Desgraciadamente…

Hal esperó; Macneff caminó otro poco, frunciendo el ceño. Luego dijo:

—Desgraciadamente sólo existe un lingüista *lamediano*, y es muy viejo para esta expedición. Por lo tanto…

—Mil perdones —dijo Hal—. Pero acabo de pensar una cosa. Soy casado.

—No hay ningún problema —dijo Macneff—. No habrá mujeres a bordo de la *Gabriel*. Y, si un hombre es casado, se le concederá automáticamente el divorcio.

—¿El divorcio? —dijo Hal, sin aliento.

Macneff alzó las manos, justificando esas palabras.

—Estas horrorizado, naturalmente —dijo—. Pero de nuestra lectura del *Talmud de Occidente*, los urielitas creemos que el Precursor, sabiendo que se presentaría esta situación, hizo referencia y dio disposiciones para el divorcio. En este caso es inevitable, pues la pareja estará separada por lo menos durante cuarenta años. Naturalmente, el Precursor expresó esas disposiciones en un lenguaje obscuro. En su grande y gloriosa sabiduría, decidió que nuestros enemigos los israelitas no debían poder leer en el libro lo que planeábamos.

—Me ofrezco como voluntario —dijo Hal—. Cuénteme más, Sandalphon.

Seis meses más tarde, Hal Yarrow miraba desde la cúpula de observación de la *Gabriel* cómo la Tierra se alejaba allá arriba. Era noche en el hemisferio visible, pero la luz brillaba en las megalópolis de Australia, Japón, China, sudeste de Asia, India, Siberia. Hal, el lingüista, veía los resplandecientes discos y collares en función de los idiomas que allí se hablaban.

Australia, las Islas Filipinas y China del norte estaban habitadas por los miembros de la Unión Haijac que hablaban americano.

China del sur, todo el sudeste de Asia, el sur de la India y Ceilán, estados de la Federación Malaya, hablaban bazar.

Siberia hablaba islandés.

La mente de Hal hizo girar rápidamente el globo, y visualizó África, que usaba el swahili al sur del Mar del Sahara. En la zona del Mar Mediterráneo, Asia Menor, India del norte, y el Tibet, el hebreo era la lengua nativa. En Europa del sur, entre las Repúblicas Israelíes y los pueblos de habla islandesa de Europa del norte, había una estrecha pero larga franja de territorio llamada March. Era una tierra de nadie, disputada por la Unión Haijac y la República Israelí, una potencial fuente de conflictos en los últimos doscientos años. Ninguna de las dos partes tenía intenciones de renunciar a sus reivindicaciones, aunque tampoco deseaban hacer ningún

movimiento que condujese a una segunda Guerra Apocalíptica. Por lo tanto, en la práctica, March era una nación independiente y tenía su propio gobierno organizado (que no era reconocido fuera de sus propias fronteras). Sus ciudadanos hablaban todas las lenguas sobrevivientes del mundo, además de una nueva llamada lingo, cuyas palabras provenían de las otras seis y cuya sintaxis era tan simple que cabía en media hoja de papel.

Hal vio en su mente el resto de la Tierra: Islandia, Groenlandia, las Islas del Caribe y la mitad oriental de Sudamérica. Esos pueblos hablaban la lengua de Islandia porque allí la isla había tomado la delantera a los hawaiano-norteamericanos que estaban ocupados repoblando Norteamérica y el lado occidental de Sudamérica después de la Guerra Apocalíptica.

Luego estaba Norteamérica, donde el americano era la lengua nativa de todos menos de los veinte descendientes de franco-canadienses que vivían en la Reserva de Vida Natural de la Bahía de Hudson.

Hal sabía que cuando aquel lado de la Tierra rotase entrando en la zona nocturna, Sigmen City brillaría hacia el espacio. Y, en algún sitio dentro de aquella enorme luz, estaba su departamento. Pero Mary pronto dejaría de vivir allí, porque en unos pocos días sería notificada de que su marido había muerto en un accidente mientras volaba hacia Tahití. Hal estaba seguro de que ella lloraría en secreto, porque le quería a su manera frígida, aunque en público no se le humedecerían los ojos. Los amigos y compañeros profesionales de Mary le demostrarían su compasión, no porque ella hubiese perdido a su amado esposo sino porque había estado casada con un hombre que pensaba de un modo no realista. Si Hal había muerto en un accidente, era seguramente porque él así lo había deseado. No existía el «accidente». De algún modo, todos los otros pasajeros (que se suponía que también habían muerto, para ocultar la desaparición del personal de la *Gabriel*: una estudiada cadena de fraudes) habían «acordado» simultáneamente morir. Y, en consecuencia, estando en desgracia, no serían incinerados y las cenizas arrojadas al viento en una ceremonia pública. No, sus cuerpos bien podían ser devorados por los peces; al Iglestado tanto le daría.

Hal sintió lástima por Mary; durante un momento, mientras estaba allí entre la gente, en la cúpula de observación, tuvo dificultad para contener las lágrimas que querían asomar a sus ojos.

Pero, a pesar de todo, se dijo, ésa era la mejor manera. Él y Mary ya no tendrían que arañarse y desgarrarse más; la tortura mutua había terminado. Mary estaba en libertad de volver a casarse, sin saber que el Iglestado le había concedido secretamente el divorcio, pensando que la muerte había disuelto su matrimonio. Tendría un año para decidirse, para elegir a un compañero de una lista seleccionada por su *agpt*. Quizá las barreras psicológicas que le habían impedido concebir el hijo de Hal dejarían de estar allí. Quizá. Hal dudó de que ocurriese ese feliz acontecimiento. Mary era tan helada debajo del ombligo como él. Fuese cual fuese el candidato matrimonial seleccionado por el *agpt*…

El *agpt*. Pornsen. Nunca más tendría que ver aquella cara gorda, oír aquella voz llorona…

—Hal Yarrow —dijo la voz llorona.

Y lentamente, helado pero ardiendo al mismo tiempo, Hal se volvió.

Allí estaba el hombre rechoncho y mofletudo, mirándole con una sonrisa asimétrica.

—Mi querido pupilo, mi perenne moscardón —dijo la voz llorona—. No tenía idea de que tú también estarías en este viaje glorioso. ¡Debí adivinarlo! Parece como si estuviéramos unidos por el amor; el propio Sigmen debe haberlo previsto. El amor sea contigo, mi pupilo.

—Que Sigmen te ame también, mi guardián —dijo Hal, atragantándose—. Es maravilloso ver tu estimada persona. Había pensado que no volveríamos a hablar nunca más.

CAPÍTULO CINCO

La *Gabriel* apuntó hacia su destino y, acelerando a 1 g, comenzó a aumentar la velocidad, cuyo límite sería el 99.1 por ciento de la velocidad de la luz. Mientras tanto todo el personal, menos el estrictamente necesario para atender al funcionamiento de la nave, fue al suspensor. Allí estarían en animación suspendida durante muchos años. Algún tiempo después, cuando hubiese sido probado todo el equipo automático, se les uniría la tripulación. Dormirían mientras los motores de la *Gabriel* aumentaban la aceleración hasta un punto en que los cuerpos sin congelar de los pasajeros no habrían resistido. Al alcanzar la velocidad deseada, el equipo automático apagaría los motores, y el vehículo silencioso pero no vacío se lanzaría hacia la estrella que era el final del viaje.

Muchos años más tarde, el aparato cuentafotones que iba en la nariz de la nave determinaría que había un estrella suficientemente cerca como para iniciar la desaceleración. Una fuerza demasiado poderosa para ser resistida por cuerpos que no estuviesen congelados volvería a actuar sobre la nave. Luego, después de reducir considerablemente la velocidad del vehículo, los motores se ajustarían a una desaceleración de 1 g. Y la tripulación sería automáticamente sacada de su hibernación. Esos miembros descongelarían entonces al resto del personal. Y, en el medio año que tendrían antes de llegar a destino, llevarían a cabo todos los preparativos necesarios.

Hal Yarrow fue uno de los últimos en entrar en el suspensor y uno de los primeros en salir. Tenía que estudiar las grabaciones del idioma de la principal nación de Ozagen, Siddo. Y, desde el comienzo, se vio ante una tarea difícil. La expedición que había descubierto Ozagen había conseguido correlacionar dos mil

palabras siddonitas con un número similar de palabras americanas. La descripción de la sintaxis siddonita era muy limitada. Y (descubrió Hal) obviamente errónea en muchos casos.

Este descubrimiento inquietó a Hal. Su obligación era escribir un texto y enseñar a toda la tripulación de la *Gabriel* a hablar ozagenio. Pero si usaba los escasos medios de que disponía, estaría instruyendo mal a sus alumnos. Incluso sería difícil lograr transmitirles esa poca información.

Entre otras cosas, los órganos del habla de los nativos de Ozagen diferían un poco de los órganos de los terrestres; por lo tanto los sonidos emitidos por una y otra raza eran distintos. Naturalmente, los sonidos podían ser imitados, pero ¿entenderían los ozagenios esas imitaciones?

Otro obstáculo era la construcción gramatical del siddonita. Por ejemplo, los tiempos de los verbos. En vez de conjugar un verbo o usar una partícula para indicar el pasado o el futuro, el idioma siddonita usaba una palabra totalmente diferente. Así, el infinitivo masculino animado *dabhumaksanigalu'ahai*, que significaba *vivir*, era *ksu'u'peli'ajo* en el perfecto, y *mai'feipa* en el futuro. El mismo uso de una palabra totalmente diferente se aplicaba a todos los otros tiempos de verbo. Lo que se sumaba al hecho de que el siddonita no sólo tenía los tres géneros normales (para terrestres) de masculino, femenino y neutro, sino otros dos más, para lo inanimado y lo espiritual. Afortunadamente, el género se declinaba, aunque su expresión sería difícil para alguien que no hubiese nacido en Siddo. El sistema para indicar el género variaba según el tiempo del verbo.

Todas las otras partes de la oración (nombres, pronombres, adjetivos, adverbios y conjunciones) se regían por el mismo sistema que los verbos. Para complicar el uso de la lengua, diferentes clases sociales usaban muy a menudo diferentes palabras para expresar la misma cosa.

La escritura del siddonita sólo podía ser comparada con la del japonés antiguo. No había alfabeto; había, en cambio, ideogramas, líneas cuya longitud, forma y ángulo relativo transmitían un significado. Los signos que acompañaban cada ideograma indicaban la declinación correcta del género.

En la intimidad de su cubículo de estudio, Hal lanzó un

juramento. ¿Por qué tenía que ser Siddo la nación dominante de Ozagen? Los siddonitas ocupaban uno de los dos continentes del planeta; en el otro hemisferio la masa terrestre estaba repartida entre veinte naciones. Cada una de esas naciones hablaba una lengua tan diferente del siddonita como lo era el siddonita del islandés o del swahili. Una, sin embargo, había desarrollado hacía ya bastante tiempo un alfabeto fonético; con el tiempo quizá sustituiría los difíciles ideogramas usados en Siddo. Además, el idioma de esa nación era relativamente fácil para los terrestres.

Pero la expedición de la Haijac que había estudiado a Ozagen había decidido hacer de Siddo el punto de contacto porque parecía ser la nación más grande y más fuerte. Si el jefe de la expedición había llegado luego a la conclusión de que había cometido un error, no lo había admitido.

Hal lanzó un juramento y se puso a trabajar. Estudió las ondas de los siddonitas en el osciloscopio y trató de analizar los movimientos musculares que tendrían que hacer los terrestres para aproximarse, aunque fuese un poco, a esos sonidos. Comenzó a escribir un diccionario siddonita-americano que, esperaba, permitiría a los compañeros de la nave expresar ideas simples. También se esforzó en cumplir con su obligación personal, que era aprender a hablar fluidamente el idioma, aunque sabía que eso sólo sería posible viviendo entre los indígenas durante muchos años.

Desafortunadamente, si los planes se ejecutaban, todos los ozagenios estarían muertos antes de que llegase ese lejano momento.

Hal trabajó seis meses; al final de ese tiempo, todos habían entrado en el suspensor, menos el equipo mínimo necesario para mantener la nave. Lo que más molestaba a Hal de todo el proyecto era la presencia de Pornsen. El *agpt* habría entrado en hibernación, pero tenía que quedarse despierto para vigilar a Hal, para corregir cualquier comportamiento no real de su parte. El único atenuante era que Hal no tenía que hablar con Pornsen a menos que lo desease, porque siempre estaba la excusa de la urgencia de su trabajo. Pero después de un tiempo se cansó del trabajo, y de la soledad. Pornsen era el ser más disponible, así que hablaba con él.

Hal Yarrow fue también de los primeros en salir del suspensor.

Le dijeron que habían pasado cuarenta años. Intelectualmente lo aceptó. Pero nunca lo creyó de veras.

No había ningún cambio físico en su aspecto o en el de los compañeros de la nave. Y el único cambio fuera de la nave era que la estrella hacia la cual iban había aumentado de brillo.

Finalmente, la estrella se convirtió en el objeto más brillante del universo. Luego se volvieron visibles los planetas que giraban a su alrededor. Se destacó Ozagen, el cuarto desde la estrella. Aproximadamente del tamaño de la Tierra, desde lejos tenía exactamente el mismo aspecto que la Tierra. La *Gabriel* entró en órbita, después de alimentar con información a la computadora durante semanas. El vehículo giró catorce días alrededor del planeta, mientras se llevaban a cabo observaciones desde la propia *Gabriel* y desde botes que entraron en la atmósfera y que hicieron incluso algunos aterrizajes. Como había descubierto la primera expedición, Ozagen sólo tenía dos enormes masas terrestres, separadas por miles de kilómetros de océano. El continente en el que planeaban descender sólo había sido descubierto por los indígenas hacía setecientos años. Lo habían encontrado ocupado por seres inteligentes notablemente parecidos a los seres humanos, a los que habían exterminado en seiscientos años de guerra.

Finalmente, Macneff le dijo al capitán que hiciese descender la *Gabriel*.

Despacio, usando inmensas cantidades de combustible a causa de su masa tan enorme, la *Gabriel* entró en la atmósfera, hacia Siddo, la ciudad capital, en el centro de la costa oriental. Se deslizó con la suavidad de un copo de nieve hacia una zona descubierta en un parque en el corazón de la ciudad. ¿Un parque? Toda la ciudad era un parque; los árboles eran tan abundantes que, desde el aire, Siddo daba la impresión de que allí sólo vivían unas pocas personas y no el cuarto de millón calculado. Había muchos edificios, algunos de diez pisos de altura, pero estaban tan separados que no daban una impresión de conjunto. Las calles eran anchas, pero estaban cubiertas por una hierba tan dura que podía resistir cualquier desgaste. Sólo en el bullicioso puerto se parecía Siddo a una ciudad terrestre. Allí los edificios se amontonaban y el agua estaba atestada de veleros y vapores de ruedas.

La *Gabriel* siguió descendiendo, mientras la multitud que se había reunido allá abajo corría hacia los bordes del prado. El colosal bulto se posó en la hierba, y en seguida comenzó a hundirse imperceptiblemente en la tierra. El Sandalphon, Macneff, ordenó que abriesen la puerta principal. Y, seguido de cerca por Hal Yarrow, que le ayudaría si se trabucaba al decir su discurso a la delegación de bienvenida, salió al aire libre del primer planeta habitable descubierto por el hombre terrestre.

«Como Colón», pensó Hal. «La historia, ¿será la misma?».

Desde el día en que aterrizó, la nave espacial *Gabriel* siguió en el parque. Desde que salía el sol hasta el crepúsculo, el personal de la *Gabriel* se aventuraba entre los ozagenios (o wogglebugs, como los llamaban despectivamente los terrestres) y aprendían todo lo que podían de su lenguaje, costumbres, historia, biología, y otras cosas.

Las otras cosas, acerca de las cuales los terrestres tenían una secreta curiosidad, eran las tecnologías ozagenias. Lógicamente, nada había que temer de ellos. Hasta donde era posible determinarlo, los wogs no habían progresado más allá de la ciencia terrestre de principios de siglo veinte (d.C.). Pero los seres humanos tenían que asegurarse de que no había otra cosa detrás de esa apariencia. ¿Y si los wogs ocultaban armas de potencia devastadora, esperando para coger desprevenidos a los visitantes?

No había que temer ni misiles ni bombas atómicas. Obviamente, Ozagen no estaba todavía en condiciones de fabricar esa clase de armas. Pero donde los wogs parecían estar de veras muy adelantados era en la ciencia biológica. Y eso era tan temible como las armas termonucleares. Además, aunque los ozagenios no usasen enfermedades para atacar a los terrestres, las enfermedades eran una amenaza mortal. Lo que podía ser una molestia para un ozagenio con milenios de inmunidad adquirida, para un terrestre podía ser una muerte rápida.

Por lo tanto, la orden era lentitud y cautela. Averiguar todo lo posible. Reunir datos, correlacionar, interpretar. Antes de iniciar el Plan Ozagenocidio asegurarse de que la represalia era imposible.

Así fue que, cuatro meses después de la aparición de la *Gabriel* encima de Siddo, dos terrestres presumiblemente amistosos (para

los wogs) emprendieron un viaje con dos wogglebugs presumiblemente amistosos (para los terrestres). Iban a investigar las ruinas de una ciudad construida hacía dos mil años por unos humanoides ahora extinguidos. Estaban inspirados por un sueño soñado en el planeta Tierra cuarenta y cuatro años antes y a cuarenta y dos
años-luz
de distancia.

Viajaban en un vehículo fantástico para los seres humanos…

CAPÍTULO SEIS

El motor tosió y el coche se agitó. El ozagenio sentado a la derecha en el asiento trasero se inclinó hacia adelante y gritó algo.

—¿Qué? —dijo Hal, volviendo la cabeza. Luego repitió, en siddonita—: ¿*Abhudai-akhu*?

Fobo, sentado directamente detrás de Hal, puso la boca contra la oreja del terrestre. Tradujo las palabras de Zugu, aunque su americano sonaba extraño con sus aproximaciones resonantes y sus gorjeos.

—Zugu dice y recalca que deberías mover aquella pequeña varilla hacia la derecha. Hace llegar más… alcohol al… carburador.

Las antenas que salían del cráneo de Fobo le hacían cosquillas a Hal en las orejas. Hal dijo una fórmula de una sola palabra que constaba de treinta sílabas, y que significaba aproximadamente «Gracias». Constaba inicialmente del verbo usado en presente primera persona masculino animado singular. Unida al verbo iba una sílaba que indicaba libertad de obligación tanto por parte del que hablaba como del que oía, el pronombre de la primera persona declinado, otra sílaba que indicaba que el que hablaba reconocía al oyente como el que más sabía de los dos, el pronombre de la tercera persona masculino animado singular, y dos sílabas que, en el orden empleado, clasificaban toda la presente situación como semihumorística. Usadas en orden inverso, esas dos sílabas habrían dado a la situación un aspecto solemne.

—¿Qué dijiste? —gritó Fobo, y Hal se encogió de hombros. De pronto se dio cuenta de que se había olvidado de una pausa glótica que o bien cambiaba el significado de la frase o le quitaba todo sentido. En cualquier caso, no tenía ni tiempo ni ganas de repetirla.

Movió la palanca, como le había indicado Fobo. Para hacerlo

tuvo que inclinarse sobre el *agpt*, sentado a su derecha.

—¡Mil perdones! —vociferó Hal.

Pornsen no miró a Yarrow. Tenía las manos sobre el regazo, los dedos entrelazados. Los nudillos estaban blancos. Lo mismo que para su pupilo, ésa era su primera experiencia con un motor de combustión interna. A diferencia de Hal, él iba asustado del ruido, el humo, los golpes y las sacudidas, y la idea de viajar en un vehículo de superficie controlado manualmente.

Hal sonrió mostrando los dientes. Amaba ese coche hermoso y arcaico; le hacía pensar en las fotografías de automóviles de la segunda década del siglo veinte que había visto en los libros de historia terrestres. Le emocionaba poder mover aquel tieso volante y sentir cómo el pesado cuerpo del vehículo obedecía a sus músculos. Los estampidos de los cuatro cilindros y el olor fuerte del alcohol quemado le excitaban. Y el rudo paseo era divertido. Era romántico, como salir al mar en un barco de vela, otra de las cosas que esperaba hacer antes de irse de Ozagen.

Además, aunque se negara a admitirlo, le gustaba cualquier cosa que asustase a Pornsen.

El placer se acabó. Los cilindros chasquearon, luego chisporrotearon. El coche se estremeció y, lentamente, se detuvo. Los dos wogglebugs saltaron por el lado (no había puertas) fuera del vehículo y levantaron la capota. Hal salió también. Pornsen se quedó en el asiento. Sacó un paquete de Serafín Piadoso (si los ángeles fumaran, preferirían Serafín Piadoso) del bolsillo del uniforme y fumó uno. Las manos le temblaban.

Hal notó que ése era el cuarto cigarrillo que le había visto fumar a Pornsen desde las oraciones matinales. Si Pornsen no se cuidaba, excedería incluso la cuota permitida a los *agpts* de primera. Eso significaba que la próxima vez que Hal se metiese en dificultades, podría conseguir ayuda del *agpt* recordándole… ¡No! Era un pensamiento demasiado vergonzoso. Definitivamente irreal, sólo pertenecía a un seudofuturo. Quería al *agpt* y el *agpt* le quería a él, y no debía planear una conducta tan contraria a Sigmen.

Sin embargo, a juzgar por las dificultades que había tenido hasta ese momento, bien podía usar alguna ayuda de Pornsen.

Hal sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y se inclinó

sobre el motor para ver cómo trabajaba Zugu. Aparentemente, Zugu sabía lo que hacía. Y era natural, pues él había inventado y construido el único (hasta donde sabían los terrestres) vehículo ozagenio movido por un motor de combustión interna.

Zugu usó una llave para desenroscar un tubo largo y delgado de un recipiente redondo de vidrio. Hal recordó que era un sistema de diferencia de nivel. El combustible pasaba del tanque al recipiente de vidrio, que era una cámara de sedimentación. De allí iba al tubo de alimentación, que a su vez lo pasaba al carburador.

—Querido hijo —dijo Pornsen, severamente—, ¿nos vamos a quedar aquí atascados todo el día?

Aunque llevaba la máscara y las gafas que le habían dado los ozagenios para protegerse del viento, sus labios apretados eran harto elocuentes o, a menos que mejorase la situación, era evidente que el *agpt* presentaría un informe desfavorable sobre su pupilo.

El *agpt* (A.G.P.T. o Ángel de la Guarda-Pro Tempore) había querido retrasar el viaje dos días, el tiempo necesario para poder requisar un bote. El viaje a las ruinas podría haber sido hecho en quince minutos, un paseo aéreo cómodo y silencioso. Hal había sostenido que en un país con tanta forestación un vehículo terrestre sería mucho más apto para el espionaje que una observación desde el aire. Que los superiores hubiesen estado de acuerdo era otra de las cosas que exasperaban a Pornsen. Adonde iba su pupilo tenía que ir él.

Por lo tanto había estado todo el día de mal humor, mientras el joven terrestre, dirigido por Zugu, conducía aquel ruinoso coche entre los bosques. La única vez que Pornsen habló fue para recordarle a Hal que el ser humano era sagrado y para decirle que fuese más despacio.

—Perdóname, estimado guardián —decía entonces Hal, levantando el pie del acelerador. Pero después de un tiempo volvía a aumentar lentamente la presión, y otra vez rugían y saltaban por el áspero camino de tierra.

Zugu desenroscó las dos puntas del tubo, se llevó una a su boca en forma de V y sopló. Pero por el otro lado no salió nada. Zugu cerró sus enormes ojos azules e hinchó otra vez los carrillos. No sucedió nada; sólo que su cara verdosa se puso aceitunada.

Entonces golpeó el tubo de cobre contra la capota y sopló una vez más. El mismo resultado.

Fobo metió la mano en una enorme bolsa de cuero que llevaba colgada de un cinturón puesto alrededor del abultado vientre. Al sacar la mano sostenía entre dos dedos un diminuto insecto azul. Suavemente, introdujo la criatura por uno de los extremos del tubo. Cinco segundos más tarde un pequeño insecto rojo saltó apresuradamente de la otra punta. Detrás, batiendo unas mandíbulas hambrientas, apareció el insecto azul. Fobo cazó hábilmente su animalito y lo puso de nuevo en la bolsa. Zugu aplastó el bicho rojo con la sandalia.

—¡Mira! —dijo Fobo—. ¡Un devorador de alcohol! Vive en el tanque de combustible y chupa todo lo que quiere, sin ser molestado. Extrae los hidratos de carbono. Nada sobre los dorados océanos del alcohol. ¡Qué vida! Pero de vez en cuando se vuelve demasiado aventurero, viaja hasta la cámara de sedimentación, devora el filtro y pasa al tubo de alimentación. ¡*Mirad*! Zugu está poniendo otro filtro. En un momento estaremos viajando por el camino.

El aliento de Fobo tenía un olor extraño y repugnante. Hal se preguntó si el wog habría estado bebiendo licor. Nunca lo había olido en el aliento de nadie, así que no tenía experiencia para comparar. Pero sólo pensar en eso ponía nervioso a Hal. Si el *agpt* sabía que en el asiento trasero iba y venía una botella, no perdería de vista a Hal ni un minuto.

Los wogs subieron al coche.

—¡En marcha! —dijo Fobo.

—Un minuto —le susurró Pornsen en el oído a Hal—. Creo que sería mejor que Zugu manejase esta cosa.

—Si le pides al wog que maneje, sabrá que no tienes confianza en mí, tu compañero terrestre —dijo Hal—. Seguramente no quieres que piense que estás convencido de que un wog es superior a un ser humano, ¿verdad?

Pornsen tosió, como si le costara tragar las palabras de Hal.

—¡Cla-cla-claro! —farfulló—. ¡No lo quiera Sigmen! Sólo pensaba en tu bien. Pensé que podrías estar cansado después de la tensión de guiar todo el día este artefacto primitivo y peligroso.

—Gracias por tu cariño —dijo Hal, y agregó, sonriendo—: Es confortante saber que estás siempre de mi lado, dispuesto a apartarme del peligro de los seudofuturos.

—He jurado sobre el *Talmud de Occidente* guiarte a través de esta vida —dijo Pornsen.

Purificado por la mención del libro sagrado, Hal puso el motor en marcha. Al principio manejó con lentitud para complacer al *agpt*, pero a los cinco minutos el pie pesaba sobre el acelerador, y los árboles comenzaron a silbar a los lados. Hal echó una mirada a Pornsen. La espalda rígida y los dientes apretados del *agpt* mostraban que estaba otra vez pensando en el informe que presentaría al jefe uzzita al volver a la nave. Parecía suficientemente furioso como para exigir el Medidor para su pupilo.

Hal Yarrow aspiró profundamente aquel aire que le golpeaba la máscara facial. ¡Al I con Pornsen! ¡Al I con el Medidor! La sangre le saltaba en las venas. El aire de ese planeta no era el aire sofocante de la Tierra. Sus pulmones lo absorbían como un alegre fuelle. En ese momento se sentía capaz de chasquear los dedos debajo de la nariz del mismísimo Archiurielita.

—¡Cuidado! —gritó Pornsen.

Hal, por el rabillo del ojo, vio que una bestia grande, parecida a un antílope, saltaba en el camino, delante del lado derecho del coche. Al mismo tiempo hizo girar el volante para esquivarla. El vehículo patinó en la tierra, giró sobre sí mismo. Y Hal no estaba demasiado familiarizado con los rudimentos del conductor para saber que debía volver las ruedas en la dirección del patinazo para enderezar el coche.

Esa falta de conocimiento no fue fatal, excepto para la bestia, cuyo cuerpo golpeó el lado derecho del vehículo. Sus largos cuernos se enredaron en la chaqueta de Pornsen y le abrieron una manga.

Contrarrestado el patinazo por el enorme bulto del antílope, el coche se enderezó. Pero se movió en línea recta saliendo del camino y subiendo por una pequeña loma de tierra. Al llegar arriba saltó al aire y aterrizó con el estallido simultáneo de cuatro neumáticos.

Ni siquiera lo detuvo ese impacto. Delante de Hal había un enorme matorral. Movió el volante. Demasiado tarde.

El pecho de Hal empujó con fuerza el volante, como si quisiera

enterrarlo en el tablero. Fobo chocó contra la espalda de Hal, aumentándole el peso en el pecho. Los dos lanzaron un grito.

Después reinó el silencio, interrumpido tan sólo por un silbido. Una columna de vapor, que salía del radiador roto, subía entre las ramas que aprisionaban la cara de Hal en un áspero abrazo.

Hal Yarrow miró a través del vapor unos enormes ojos castaños. Sacudió la cabeza. ¿Ojos? ¿Y brazos como ramas? ¿O ramas como brazos? Pensó que estaba atrapado por una ninfa de ojos castaños. ¿O las llamaban dríadas? No podía preguntarle a nadie. Se suponía que no sabían nada de esas criaturas. *Ninfa* y *dríada* habían sido borradas de todos los libros, incluso de la versión de Hack de *Milton, Revisado y Real*. Sólo porque era lingüista, Hal había tenido oportunidad de leer una edición no expurgada del *Paraíso Perdido*, y allí había aprendido mitología griega clásica.

Los pensamientos se encendían y se apagaban como las luces en el tablero de control de una nave espacial. Las ninfas se transformaban a veces en árboles para escapar a sus perseguidores. Aquellos ojos grandes y hermosos que le miraban a través de las pestañas más largas que había visto jamás, ¿serían de una legendaria mujer de los bosques?

Hal cerró los ojos y se preguntó si esa visión sería producto de la herida en la cabeza y, en ese caso, si sería permanente. Alucinaciones como ésa valía la pena conservarlas. No le importaba si se ajustaban o no a la realidad.

Abrió los ojos. La alucinación había desaparecido.

Pensó: «Era el antílope que me miraba. Escapó, después de todo. Corrió detrás del matorral y se volvió para mirar. Ojos de antílope. Y mi lado oscuro formó la cabeza alrededor de los ojos, el pelo largo y negro, el cuello blanco y esbelto, los pechos turgentes… ¡No! ¡Irreal! Era mi mente enferma, aturdida por el susto, abierta momentáneamente a todo aquello que me había estado emponzoñando el cerebro tanto tiempo en la nave, sin ver una mujer aunque fuese en las cintas…».

Se olvidó de los ojos. Sintió que se ahogaba. Un olor nauseabundo flotaba sobre el coche. El choque debía de haber asustado mucho a los wogs. De lo contrario no habrían aflojado voluntariamente los músculos del esfínter que controlaban el cuello

de la «bolsa de la locura». Este órgano, situado en la parte inferior de la espalda, había sido usado por los antepasados preinteligentes de los ozagenios como una poderosa arma de defensa, un caso parecido al del escarabajo bombardero. Casi un órgano atrofiado, ahora la bolsa de la locura servía para aliviar tensiones nerviosas extremas. Los psiquiatras wog, por ejemplo, se veían obligados a tener abiertas las ventanas durante las sesiones de terapia o a usar máscaras antigás.

Keoki Amiel Pornsen, ayudado por Zugu, se arrastró saliendo de abajo del matorral a donde había sido arrojado. Su enorme panza, el color azul del uniforme, y las alas blancas de nilón cosidas a la parte trasera de la chaqueta, le daban un aire de obeso insecto azul. Se levantó y se quitó la máscara, mostrando un rostro pálido. Sus dedos temblorosos tocaron la cruz formada por el reloj de arena y la espada, símbolo de la Unión Haijac. Finalmente encontraron el borde magnético del bolsillo, lo abrieron y sacaron un paquete de Serafín Piadoso. Con el cigarrillo ya en los labios, acercó trémulamente el encendedor.

Hal tocó la punta del cigarrillo de Pornsen con la llama de su propio encendedor. Su mano no tembló.

Treinta y un años de disciplina contuvieron la sonrisa que sentía dentro de la cara.

Pornsen aceptó el fuego. Un segundo más tarde un temblor alrededor de sus labios mostró que sabía que había perdido muchas de sus ventajas sobre Yarrow. Se daba cuenta de que no podía permitir que un hombre le hiciese un servicio (incluso un servicio tan menor como éste) y luego castigarle con el látigo.

Sin embargo, comenzó a decir, formalmente:

—Hal Shamshiel Yarrow…

—*Shib, abba*, escucho y obedezco —respondió Hal, en el mismo tono.

—¿Cómo explicas este accidente?

Hal se sorprendió. La voz de Pornsen era mucho más suave de lo que había esperado. Pero no confió en eso: quizá Pornsen quería pillarle desprevenido y lanzarle entonces un latigazo.

—Yo, o más bien el Regresor que habita en mí, se apartó de la realidad. Yo, mi lado oscuro, precipité un seudofuturo.

—¿Ah, sí? —dijo Pornsen, con una voz tranquila en la que había una nota de sarcasmo—. ¿Dices que lo hizo tu lado oscuro, el Regresor que llevas dentro? Eso es lo que siempre has estado diciendo desde que aprendiste a hablar. ¿Por qué tienes que echarle siempre la culpa a otro? Sabes, o tendrías que saberlo porque ya me he visto obligado a azotarte muchas veces, que tú y solamente tú eres el responsable. Cuando te enseñaron que era tu lado oscuro el que provocaba esas desviaciones de la realidad, también te enseñaron que el Regresor nada podía provocar a menos que tú, tu ser real, Hal Yarrow, cooperase plenamente.

—Eso es tan *shib* como la mano izquierda del Precursor —dijo Hal—. Pero, mi querido *agpt*, te olvidaste de un detalle en tu pequeño discurso.

Ahora Hal hablaba con el mismo sarcasmo que Pornsen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pornsen, con voz chillona.

—¡Quiero decir —continuó Hal, triunfalmente—, que tú también estuviste en el accidente! ¡Por lo tanto lo provocaste tanto como yo!

Pornsen miró a Hal con ojos saltones.

—Pero, pero —gimió—, ¡tú conducías el coche!

—¡No importa, según lo que siempre me has enseñado! —dijo Hal, sonriendo con aire de vencedor—. Aceptaste estar en el choque. Si no hubieras estado de acuerdo, no habríamos chocado con la bestia.

Pornsen se detuvo a chupar el cigarrillo. La mano le temblaba. Yarrow miró la mano que colgaba al lado del cuerpo de Pornsen; los dedos retorcían los siete látigos de cuero que salían del mango sujeto al cinturón.

—Siempre has mostrado señales de un orgullo y una independencia lamentables —dijo Pornsen—. Ese comportamiento no se ajusta a la estructura del universo revelada a la humanidad por el Precursor, real sea su nombre.

»He (puff), ¡que el Precursor los perdone!, enviado dos docenas de hombres y mujeres al I. No quería hacer eso, porque los amaba con todo mi corazón y mi ser. Lloré cuando los denuncié a la jerarquía sagrada, porque soy un hombre de corazón tierno. (¡Puff!). Pero era mi obligación como Ángel de la Guarda-Pro Tempore estar alerta ante las repugnantes enfermedades que se

propagan e infectan a los seguidores de Sigmen. La irrealidad no debe ser tolerada. El ser humano es demasiado débil y precioso para estar expuesto a la tentación.

»He sido tu *agpt* desde que naciste. (¡Puff!). Siempre fuiste un niño desobediente. Pero con el amor te volvías obediente y sumiso; sentiste mi amor muchas veces (¡Puff!).

Yarrow notó un hormigueo en la espalda. Miró cómo la mano del *agpt* apretaba el mango del «amante» que le asomaba del cinturón.

—Sin embargo, no te apartaste realmente del futuro y mostraste tu debilidad por seudofuturos hasta que cumpliste los dieciocho años de edad. Fue ahí cuando decidiste ser un *atón* y no un especialista. Yo te advertí que como *atón* no irías muy lejos en nuestra sociedad. Pero tú insististe. Y como hay necesidad de *atones* y como mis superiores no apoyaban mi propuesta, te permití que fueras un *atón*.

»Y como si eso (puff) fuera poco, cuando escogí la mujer más adecuada para ser tu esposa, como era mi obligación y mi derecho, porque quién más que tu amante *agpt* sabe cuál es el tipo de mujer que te conviene, vi todo lo orgulloso e irreal que eras. Discutiste y protestaste y trataste de pasar por encima de mi cabeza y tardaste un año en acceder a casarte con ella. En ese año de comportamiento irreal, le costaste al Iglestado…

La cara de Hal palideció, mostrando siete delgadas marcas rojas que partían en abanico de la comisura izquierda de los labios y le atravesaban la mejilla hasta la oreja.

—¡No le costé nada al Iglestado! —gruño Hal—. Mary y yo estuvimos casados nueve años, pero no tuvimos hijos. Los análisis mostraban que ninguno de los dos era físicamente estéril. Por lo tanto uno, o los dos, no tenía pensamientos fértiles. Pedí el divorcio, aunque sabía que podía terminar en el I. ¿Por qué no insististe con nuestro divorcio, como era tu obligación, en vez de archivar mi solicitud?

Pornsen sopló humo, con aire de indiferencia, pero un hombro le bajó más que el otro, como si acabara de sufrir un derrumbe interno. Yarrow, al ver eso, supo que su *agpt* estaba a la defensiva.

—Cuando supe que ibas en la *Gabriel* —dijo Pornsen—, tuve la

seguridad de que no estabas allí por un deseo de servir al Iglestado. Inmediatamente (puff) pensé una razón por la cual aceptabas. Y ahora estoy *shib, shib* hasta la médula de que esa razón era tu malvado deseo de escapar de tu mujer. Y como la esterilidad, el adulterio y el viaje interestelar son los únicos fundamentos legales para el divorcio, y el adulterio significa ir al I, tú (puff) usaste la única salida que tenías. Se te consideró muerto legalmente al convertirte en tripulante de la *Gabriel*. Tú…

—¡No me hables de legalidad! —gritó Hal. Temblaba de rabia, y se odió porque no podía ocultar su emoción—. ¡Sabes que no cumplías correctamente tus funciones de *agpt* cuando arrinconaste mi petición! Tuve que aceptar…

—¡Ah, lo que yo pensé! —dijo Pornsen. Sonrió, expulsó humo y agregó—: Lo rechacé porque pensé que sería irreal. Verás, tuve un sueño, un sueño muy vívido, donde vi a Mary dando a luz a tu hijo al cabo de dos años. No era un sueño falso: tenía las inconfundibles características de una revelación enviada por el Precursor. Después de ese sueño supe que tu deseo de divorcio era un deseo de un seudofuturo. Supe que el verdadero futuro estaba en mis manos y que sólo guiando tu conducta haría que se cumpliese. Grabé este sueño al día siguiente de tenerlo, que fue sólo una semana después de analizar tu petición, y…

—¡Comprobaste que habías sido traicionado por un sueño enviado por el Regresor y no diste una revelación enviada por el Precursor! —volvió a gritar Hal—. ¡Pornsen, voy a denunciar esto! ¡Por tu propia boca te has condenado!

Pornsen su puso pálido; la boca se le abrió y el cigarrillo cayó al suelo; las mejillas le temblaban del susto.

—¿Qué… qué quieres decir?

—¿Cómo podría ella dar a luz a un niño al cabo de dos años si yo no estoy en la Tierra para engendrarlo? ¡Eso significa que lo que *dices* que soñaste no puede llegar a ser un futuro real! Por lo tanto te dejaste engañar por el Regresor. ¡Y ya sabes lo que eso significa! ¡Que eres candidato al I!

El *agpt* se envaró. Su hombro izquierdo subió a la altura del otro. La mano derecha buscó el mango del látigo, se cerró alrededor de la *crux ansata* de la punta, y lo arrancó del cinturón. El látigo

chasqueó en el aire, a pocos centímetros de la cara de Hal.

—¿Ves esto? —chilló Pornsen—. ¡Siete trallas! ¡Para cada una de las Siete Irrealidades Mortales! Ya las has sentido; ¡las sentirás otra vez!

—¡Cállate! —dijo Hal, ásperamente.

La mandíbula de Pornsen volvió a caer. Con voz plañidera, dijo:

—¿Cómo, cómo te atreves? Yo, tu querido *agpt*, estoy…

—¡Te dije que te callaras! —dijo Hal, sin levantar tanto la voz pero con la misma mordacidad—. Tu lloriqueo me enferma. Me ha enfermado durante años… toda mi vida.

Mientras hablaba, Hal vio que Fobo se acercaba a ellos. Detrás de Fobo estaba el antílope muerto en el camino.

«El animal está muerto. Pensé que había conseguido escapar. Esos ojos que me miraban desde el matorral. ¿Ojos de antílope? Pero si el antílope está muerto, ¿de qué eran los ojos que vi?».

La voz de Pornsen trajo a Hal al presente.

—Pienso, hijo mío, que hablamos enojados, y no con maldad premeditada. Perdonémonos el uno al otro y no digamos nada a los uzzitas cuando volvamos a la nave.

—Para mí está *shib* si lo está para ti —dijo Hal.

Hal se sorprendió al ver que asomaban lágrimas en los ojos de Pornsen. Y aún se sorprendió más, conmoviéndose casi, cuando el *agpt* intentó rodearle los hombros con el brazo.

—Ah, muchacho, si supieras cuánto te quise, cuánto me dolía cuando tenía que castigarte.

—Eso me resulta bastante difícil de creer —dijo Hal, echando a andar hacia Fobo.

Fobo también tenía lágrimas en sus ojos inhumanamente grandes y redondos. Pero eran por otra causa. Lloraba por compasión hacia la bestia y por el susto del accidente. Sin embargo, a medida que se acercaba a Hal su expresión fue perdiendo aquella tristeza, y las lágrimas se secaron. Hizo una señal circular encima de la cabeza con el dedo índice derecho.

Hal sabía que era una señal religiosa que los wogs usaban en muchas situaciones diferentes. Ahora Fobo la usaba aparentemente para liberar tensión. De pronto, en la cara del wogglebug se formó la horrible sonrisa de los ozagenios, una V dentro de otra V. Fobo

estaba ya alegre. Aunque supersensible, su sistema nervioso era de procesos rápidos y cortos. Se cargaba y se descargaba fácilmente.

Fobo se detuvo ante ellos y preguntó:

—¿Un choque de personalidades, caballeros, una discrepancia, una discusión, una disputa?

—No —respondió Hal—. Simplemente estábamos un poco excitados. Dime, ¿cuánto tendremos que caminar para llegar a las ruinas humanoides? Vuestro coche está destrozado. Dile a Zugu que lo lamento.

—No os molestéis los cráneos… las cabezas. Zugu estaba dispuesto a fabricar otro vehículo mejor. En cuanto al paseo, será agradable y estimulante. Las ruinas están a sólo un… ¿kilómetro? Ésa es la distancia, aproximadamente.

Hal tiró la máscara y las gafas en el coche, donde las habían puesto también los ozagenios. Sacó la maleta del compartimento que había en el suelo, en la parte posterior del asiento trasero, y dejó allí la del *agpt*. No sin sentir un ligero remordimiento, porque sabía que, como pupilo de Pornsen, debía haberse ofrecido para llevársela.

—Que se vaya al I —murmuró. Volviéndose a Fobo, dijo—: ¿No tienes miedo de que nos roben las máscaras y las gafas?

—¿Perdón? —dijo Fobo, ansioso por aprender una palabra nueva—. ¿Qué significa «roben»?

—Apoderarse a hurtadillas, sin permiso, de un artículo que es propiedad de alguien, y guardárselo para uno. Es un crimen, castigado por la ley.

—¿Un crimen?

Hal se dio por vencido, y echó a andar rápidamente camino arriba. Allá atrás el *agpt*, furioso porque había sido rechazado y porque su pupilo no se ajustaba a la etiqueta, forzándole a llevar su propia maleta, gritó:

—No presumas demasiado… ¡*atón*!

Hal no se volvió. Siguió caminando. La airada respuesta que empezaba a expresar entre dientes se esfumó en el aire. Por el rabillo del ojo acababa de ver piel blanca entre el verde follaje.

La piel desapareció en un parpadeo, con la misma rapidez con que había aparecido. Y Hal no podía estar seguro de que no hubiese

sido el ala blanca de un pájaro al abrirse. Sí, podía estar seguro. En Ozagen no había pájaros.

CAPÍTULO SIETE

—*Su Yarrow. Su Yarrow. Wufvefvú, su Yarrow*.

Hal se despertó. Durante un momento le costó darse cuenta de dónde estaba. Luego, cuando estuvo más despierto recordó que se había acostado a dormir en una de las salas de mármol de las ruinas de los mamíferos-humanoides. La luz de la luna, más brillante que en la Tierra, entraba por la puerta. Resplandecía sobre una pequeña figura que colgaba invertida del arco de la entrada. Centelleó brevemente en un insecto que pasó por debajo de la figura. Algo largo y delgado se movió bajando como un parpadeo, y atrapó al insecto volador y lo llevó a una boca que se abrió de pronto.

El lagarto, prestado por los guardianes de las ruinas, cumplía muy bien con su tarea de impedir que entrasen bichos.

Hal volvió la cabeza para mirar hacia la ventana abierta, a treinta centímetros por encima de él. El cazainsectos que había allí estaba también muy ocupado, eliminando con la lengua los mosquitos de la zona.

Aparentemente la voz había venido de más allá de aquel rectángulo estrecho e iluminado por la luna. Escuchó con atención, como si tratase de forzar al silencio a que dejase pasar otra vez la voz. Pero sólo hubo más silencio. De pronto Hal sintió a su espalda un sonido gangoso; dio un salto y se volvió rápidamente. En la entrada había una cosa del tamaño de un mapache. Era uno de los casi insectos, los llamados pulmos, que merodeaban por el bosque de noche. Representaba un desarrollo artrópodo que no había en la Tierra. A diferencia de sus primos terrestres, para absorber oxígeno no dependía exclusivamente de una tráquea o de tubos respiratorios. Un par de bolsas dilatables, como las de una rana, se le inflaban y desinflaban debajo de la boca. Esas bolsas habían

producido el sonido gangoso.

Aunque el pulmo tenía la forma de una siniestra mantis religiosa, Hal no se preocupó. Fobo le había dicho que no era peligroso para el hombre.

Un sonido estridente, como el de un despertador, estalló de pronto en la sala. Pornsen se incorporó en el catre. Al ver el insecto lanzó un alarido. El insecto se escabulló. El sonido (que había salido del mecanismo que Porsen llevaba en la muñeca) cesó.

Pornsen volvió a recostarse.

—Es la sexta vez —gimió— que me despiertan esos bichos.

—Desconecta la caja de la muñeca —dijo Hal.

—Para que puedas salir a hurtadillas y derramar la semilla en el suelo —respondió Pornsen.

—No tienes derecho a acusarme de una conducta tan irreal —dijo Hal. Habló mecánicamente, sin demasiada rabia. Estaba pensando en la voz.

—El propio Precursor dijo que no había nadie libre de reproche —murmuró Pornsen. Lanzó un suspiro, y mientras se dormía musitó —: Me pregunto si será cierto el rumor… de que el propio Precursor está en este planeta… observándonos… predijo… aah…

Hal se sentó en el catre y miró a Pornsen hasta que éste se quedó dormido. Sentía que los párpados le pesaban. Seguramente había sido un sueño lo de la voz suave que hablaba una lengua que no era ni terrestre ni ozagenia. Sí, era un sueño, porque la voz era una voz humana, y los únicos especímenes del *homo sapiens* en trescientos kilómetros a la redonda eran él y el *agpt*.

Era una voz de mujer. ¡Precursor! ¡Oír otra vez a una mujer! No Mary. No quería volver a oír su voz, ni siquiera oír hablar de ella. Mary era la única mujer que había… ¿se atrevería a decírselo a sí mismo?… *tenido*. Había sido una prueba triste, repulsiva y humillante. Pero que, sin embargo, no había debilitado su deseo… se alegraba de que el Precursor no estuviese allí para leer en su mente… su deseo de conocer a otra mujer que le diese el éxtasis del que nada sabía, excepto de derramar la semilla… ¡que el Precursor le salvase!… que no era más que un pálido reflejo, estaba seguro, comparado con lo que le esperaba…

—*Su Yarrow. Wufvefvú. Se mfa, sh'net rastinak. R'gateh wa f'net*.

Despacio, Hal se levantó del catre. Una capa de hielo le inmovilizaba el cuello. El susurro *venía* de la ventana. Miró hacia allí. El perfil de la cabeza de una mujer se movió entrando en el rectángulo de luna que era la ventana. El rectángulo se transformó en una cascada. La luz corrió sobre unos hombros blancos. La luminosidad de un dedo tapó la oscuridad de una boca.

—*Pu wamú tu bo chu. E'uthe. Silass. Fvuneh. Fvit, silfvpleh*.

Entumedecido, pero obedeciendo como si le hubieran llenado el cuerpo de hipnolipno, echó a andar hacia la puerta. No estaba, sin embargo, tan estupefacto como para no mirar a Pornsen y asegurarse de que continuaba durmiendo.

Durante un segundo, los reflejos estuvieron a punto de dominarle y obligarle a despertar al *agpt*. Pero retiró la mano tendida hacia Pornsen. Debía arriesgarse. Aquella urgencia y aquel miedo en la voz de la mujer le decían que ella estaba desesperada y le necesitaba. Y era evidente que ella no quería que despertarse a Pornsen.

¿Qué diría, qué haría Pornsen, si supiera que había una mujer fuera de aquel cuarto?

Las palabras le eran vagamente conocidas. Tuvo. una extraña y fugaz sensación de que sabía el idioma. Pero no lo sabía.

Se detuvo. ¿En qué estaba pensando? Si Pornsen se despertaba y miraba el catre para asegurarse de que su pupilo seguía estando allí… Volvió junto al catre y metió la maleta debajo de la sábana que le había dado el guardián. Enrolló la chaqueta y la puso junto a la maleta. Una punta sobresalía debajo de la sábana y se apoyaba en la almohada. Si Pornsen tenía mucho sueño, quizá pensara que aquel bulto sobre la almohada y debajo de la sábana era Hal.

Descalzo, caminando con suavidad, Hal fue hacia la puerta. Antes de llegar se detuvo. Un cilindro del tamaño de una lata de conservas montaba guardia. Si un objeto con una masa superior a la de un ratón llegaba a cincuenta centímetros del campo que rodeaba el cilindro, sería transmitida una señal a la cajita montada en la pulsera de plata que llevaba Pornsen en la muñeca. La caja produciría entonces un ruido estridente (como cuando había aparecido el pulmo) y Pornsen saldría del fondo de su sueño.

La lata no estaba allí solamente para impedir la entrada de

visitantes. Estaba también para asegurarse de que Hal no saldría de la sala sin conocimiento del *agpt*. Como en las ruinas no había instalaciones sanitarias, la única excusa que tenía Hal para salir era la necesidad de aliviarse. El *agpt* le acompañaba entonces para comprobar que no hacía alguna otra cosa.

Hal cogió un matamoscas con un mango de madera flexible de un metro de largo. El mango no tenía masa suficiente para hacer funcionar la alarma. Sosteniendo el matamoscas con una mano temblorosa, empujó el cilindro hacia un lado con la punta, muy suavemente. Debía tener mucho cuidado, porque si la lata se inclinaba, el mecanismo entraba en acción. Afortunadamente, los escombros acumulados durante siglos habían sido barridos del piso de piedra.

Cuando estuvo fuera, Hal volvió a poner la lata en su sitio con el matamoscas. Luego, con el corazón que le latía por la doble tensión de tocar la lata y conocer a una mujer extraña, fue hasta la esquina.

La mujer se había apartado de la ventana. Estaba bajo la sombra de la estatua de una diosa arrodillada, a unos cuarenta metros de distancia. Echó a andar hacia ella, y entonces comprendió por qué se escondía. Fobo se acercaba. Hal caminó más rápido. Quería interceptar al wog antes de que notase la presencia de la muchacha, y también antes de que Fobo estuviese tan cerca que sus voces pudiesen despertar a Pornsen.

—Shalom, aloha, buenos sueños, que Sigmen te ame —dijo Fobo —. Pareces nervioso. ¿Se debe al incidente de la mañana?

—No. Estoy desvelado, nada más. Y quería admirar estas ruinas a la luz de la luna.

—Grandiosas, bellas, extrañas, y un poco melancólicas —dijo Fobo—. Pienso en esa gente, en las muchas generaciones que vivieron aquí, cómo nacieron, jugaron, rieron, lloraron, sufrieron, procrearon, y murieron. Y todos, todos, todos están muertos, todos son polvo. Ah, Hal, me hacen brotar lágrimas en los ojos, y son una advertencia de mi propia predestinación.

Fobo sacó un pañuelo de la bolsa que llevaba atada al cinto y se sonó la nariz.

Hal miró a Fobo. Qué humano era, en algunos aspectos, ese monstruo, ese nativo de Ozagen. Ozagen. Un extraño nombre con

una historia. ¿Cuál era la historia? Que el descubridor de ese planeta, al ver a los primeros nativos, había exclamado: «Oz again»!, ¡«otro Oz»!

Era lógico. Los aborígenes se parecían al Profesor Wogglebug de Frank Baum[1]. Tenían cuerpos más bien redondos, y miembros delgados en proporción. Sus bocas tenían la forma de dos V achatadas, metida una dentro de la otra. Los labios eran gruesos y lobulares. En realidad, un wogglebug tenía cuatro labios: cada V, en el punto de unión, estaba separada por una profunda hendidura. En otra época, muy atrás en el camino de la evolución, esos labios habían sido brazos modificados. Ahora eran miembros rudimentarios, tan disfrazados de auténticas partes labiales, y tan funcionales, que nadie habría sospechado su origen. Cuando esas bocas, con una V dentro de otra, se abrían en una carcajada, los terrestres se asustaban. No tenían dientes sino huesos maxilares dentados. Un pliegue epidérmico que les colgaba del paladar, originalmente la epifaringe, era ahora una lengua superior atrofiada. Era ese órgano el que introducía los gorjeos en tantos sonidos ozagenios, y metía en tantas dificultades a los terrestres para reproducirlos.

La piel de los wogs tenía tan poca pigmentación como la de Hal. Pero donde su epidermis era rosada, la de ellos era ligeramente verde. El cobre, y no el hierro, era el elemento que transportaba el oxígeno al sistema circulatorio de los ozagenios.

Fobo se había quitado el casquete con las dos antenas artificiales, que indicaba que pertenecía al clan de la Langosta. Pero, aunque esto disminuía su parecido con el Profesor Wogglebug, su frente calva y la pelusa rubia que le salía de la parte posterior de la cabeza en forma de tirabuzones lo reafirmaban. Y la nariz recta, cómicamente larga, sin caballete, robustecía doblemente ese parecido. Ocultas dentro del largo apéndice cartilaginoso, había dos antenas, los órganos del olfato.

El primer terrestre que vio a los ozagenios tenía sus razones para haber dicho aquellas palabras, si es que de veras las había dicho. Lo cual era dudoso. En primer lugar, la lengua local usaba la palabra *Ozagen* en el sentido de Madre Tierra. En segundo lugar, aunque el hombre de la primera expedición hubiera pensado en ese nombre,

no lo habría pronunciado. Los libros de Oz estaban prohibidos en la Unión Haijac; no podría haberlos leído a menos que los hubiera comprado a un contrabandista de libros. Lo cual no era imposible. En realidad era la única explicación. Si no, ¿cómo se había enterado de la historia el astronauta que se la había contado a Hal? Quizá al originador de la historia no le importaba que las autoridades supiesen que leía libros condenados. Los astronautas tenían la fama, o la mala fama, de despreciar el peligro y de llevar una conducta libertina frente a los preceptos del Iglestado mientras estaban fuera de la Tierra.

Hal se dio cuenta de pronto de que Fobo le estaba hablando.

—… eso que te llamó monsieur Pornsen, *atón*, ¿qué significa?

—Un *atón* —dijo Hal— es una persona que no es especialista en ninguna de las ciencias pero que sabe mucho acerca de todas ellas. Yo, por ejemplo, trabajo como enlace entre varios científicos y funcionarios del gobierno. Mi oficio es resumir e integrar informes científicos y presentarlos a la jerarquía.

Echó una mirada a la estatua.

La mujer no estaba a la vista.

—La ciencia —continuó— se ha especializado tanto que hasta la comunicación inteligible entre científicos de un mismo campo se ha vuelto muy difícil. Cada científico tiene un profundo conocimiento vertical de su pequeña área, pero no tiene mucho conocimiento horizontal. Cuando más sabe de su tema, menos conciencia tiene de lo que hacen otros en temas afines. Simplemente no tiene tiempo siquiera de leer una fracción del abrumador volumen de artículos. La situación es tan grave que, de dos médicos especializados en enfermedades de la nariz, uno trata la ventana izquierda y el otro la derecha.

Fobo alzó los brazos, horrorizado.

—¡Pero así la ciencia se detendría! ¡Seguramente exageras!

—En cuanto a los médicos, sí —dijo Hal, esbozando una sonrisa forzada—. Pero no exagero mucho. Y es verdad que la ciencia no avanza en progresión geométrica, como en otra época. Al científico le falta tiempo y comunicación. Un descubrimiento en otro campo no le sirve de ayuda para sus propias investigaciones porque simplemente no se entera.

Hal vio que por encima de la base de la estatua una cabeza se asomaba y luego se retiraba. Comenzó a transpirar.

Fobo le preguntó sobre la religión del Precursor. Hal fue lo más taciturno posible e ignoró completamente algunas de las preguntas, aunque eso le perturbaba. El wog era lógico, nada más, y la lógica era una luz que Hal nunca había usado para ver mejor lo que los urielitas le habían enseñado.

—Todo lo que puedo decirte —explicó Hal finalmente—es que es absolutamente cierto que la mayoría de los hombres pueden viajar subjetivamente en el tiempo, pero que el Precursor, su malvado discípulo el Regresor y la mujer del Precursor, son las únicas personas que pueden viajar objetivamente en el tiempo. Lo sé porque el Precursor predijo lo que sucedería en el futuro, y todas sus predicciones se han cumplido. Y…

—¿Todas sus predicciones?

—Bueno, todas menos una. Pero ésa resultó ser un pronóstico irreal, un seudofuturo insertado de algún modo por el Regresor en *El Talmud de Occidente*.

—¿Cómo sabéis que esas predicciones aún no cumplidas no son también inserciones falsas?

—Bueno… no lo sabemos. La única manera de averiguarlo es esperar hasta que llegue el momento en que deben suceder. Entonces…

—Entonces —dijo Fobo, sonriendo— saben que esa predicción particular fue escrita e insertada por el Regresor.

—Naturalmente. Pero hace años que los urielitas trabajan en un método que dicen probará, por evidencia interna, si los hechos futuros son futuros reales o falsos. Cuando salimos de la Tierra esperábamos oír en cualquier momento que un método infalible había sido descubierto. Ahora, por supuesto, no sabremos nada hasta que regresemos.

—Tengo la impresión de que esta conversación te pone nervioso —dijo Fobo—. Tal vez podamos reanudarla en otro momento. Dime, ¿qué piensas de las ruinas?

—Muy interesantes. Naturalmente, mi interés por este pueblo desaparecido es casi personal; esos seres eran mamíferos muy parecidos a nosotros, los terrestres. Lo que no puedo imaginar es

cómo, después de poblar este inmenso continente, se esfumaron de un modo tan completo. Si no podían venceros, por lo menos debían ser capaces de impedir que entrarais en este continente.

—Quizá queden unos pocos en los bosques o en las junglas. Pero hasta donde podemos juzgar, todos murieron en las guerras con nosotros. Les ganamos porque estábamos unidos. Ellos luchaban entre sí mientras guerreaban con nosotros. Les hicimos muchas veces propuestas de paz, que ellos rechazaron. Nos vimos forzados a exterminarlos. Eran una raza muy decadente, pendenciera, voraz y perniciosa.

«Sí, *eran humanos*», pensó Hal Yarrow. Pero no formuló ninguna opinión sobre la validez de la versión que Fobo le acababa de contar de la guerra. «Los vencedores escriben los libros de historia».

—Otra vez te hablaré de la decadencia y caída de esa raza —dijo Fobo—. En muchos sentidos es una historia fantástica. Ahora creo que me voy a dormir.

—Yo estoy desvelado. Si no te importa, me iré a dar una vuelta por este sitio. Las ruinas son hermosas a la luz de la luna.

—Eso me hace pensar en un poema de nuestro gran bardo, Shamero. Si pudiese recordarlo, y pudiese traducirlo adecuadamente al americano, te lo recitaría.

Una V dentro de otra V bostezaron en la cara de Fobo.

—Creo que me voy a la cama, me retiro a enrollarme en los brazos de Morfeo. Pero antes quiero saber si tienes algún arma con que defenderte de las cosas que merodean por la noche.

—Estoy autorizado a llevar un cuchillo en la vaina de la bota —dijo Hal.

Fobo metió la mano debajo de la capa y sacó una pistola. Se la entregó a Hal.

—Toma —dijo—. Ojalá no tengas que usarla, pero nunca se sabe. Vivimos en un mundo salvaje, amigo mío, un mundo de depredadores. Especialmente aquí en el campo.

Hal miró con curiosidad. Era igual que las que había visto en Siddo, un objeto tosco comparado con las pequeñas automáticas que tenían en la *Gabriel*, pero rodeada del aura y la fascinación de un arma de otro mundo. Además se parecía mucho a las primeras pistolas de acero terrestres. El cañón hexagonal no llegaba a tener

treinta centímetros de largo; sería aproximadamente de calibre 50. En una cámara giratoria había cinco cartuchos cargados de pólvora negra, balas de plomo y pistones que contenían (pensó) fulminato de mercurio. Extrañamente, la pistola no tenía gatillo; movido por un potente resorte, el percutor, al ser soltado por el dedo, caía sobre el pistón del cartucho.

A Hal le habría gustado ver el mecanismo que hacía girar la cámara de los cartuchos al levantar el percutor con el dedo. Pero no quería retener más a Fobo.

Sin embargo, no pudo dejar de preguntarle por qué no usaban gatillo en Siddo. La pregunta sorprendió a Fobo. Después de escuchar la explicación de Hal, parpadeó con sus ojos redondos y grandes (un espectáculo insólito y un poco desconcertante la primera vez, porque el movimiento lo hacía el párpado inferior), y dijo:

—¡No lo había pensado! Este sistema parece más eficiente y menos cansado para quien usa el arma, ¿verdad?

—Para mí es evidente —dijo Hal—. Pero soy terrestre y pienso como tal. He notado que vosotros los ozagenios no siempre pensáis como nosotros, lo cual no es tan sorprendente.

Le devolvió el arma a Fobo.

—Lo siento, pero no puedo aceptarla —dijo—. Me está prohibido portar armas de fuego.

Fobo lo miró perplejo, pero evidentemente pensó que no era atinado preguntarle por qué. O quizá estaba demasiado cansado.

—Muy bien —dijo Fobo—. Shalom, aloha, buenos sueños. Que Sigmen te visite.

—Shalom —respondió Hal. Miró cómo la ancha espalda del wog desaparecía entre las sombras y sintió una extraña simpatía por la criatura. A pesar de su apariencia inhumana, de otro mundo, Fobo le caía bien.

Hal dio media vuelta y echó a andar hacia la estatua de la Gran Madre. Cuando llegó a las sombras de la base, vio que la mujer se deslizaba entrando en la oscuridad que arrojaba un montón de escombros de tres pisos de altura. Le siguió hasta los escombros, y la descubrió a la distancia de varios tiros de piedra, apoyada contra un monolito. Más allá estaba el lago, plateado por la luna.

Hal caminó hacia ella, y cuando estaba a unos cinco metros la mujer hablo, con voz grave y gutural.

—*Bo sfa, su Yarrow*.

—*Bo sfa* —imitó Hal, sabiendo que esas palabras debían ser un saludo en el idioma de ella.

—*Bo sfa* —repitió la mujer, y luego, evidentemente traduciendo la frase para beneficio de Hal, dijo en siddonita—: *Abhu'umaigeitsi'i*.

Que significaba, muy aproximadamente, «Buenas noches».

Hal no pudo reprimir un jadeo de sorpresa.

CAPÍTULO OCHO

¡Naturalmente! Ahora sabía por qué las palabras le habían sonado vagamente conocidas, y por qué el ritmo del lenguaje de la mujer le había hecho pensar en una experiencia no muy lejana. Recordó sus investigaciones en la pequeña comunidad de habitantes de habla francesa en la Reserva de la Bahía de Hudson.

Bo sfa. Bo sfa era *bonsoir*.

Aunque era muy corrupto en el plano lingüístico, ese idioma no podía ocultar su origen. *Bo sfa*. Y las otras palabras que había escuchado por la ventana. *Wufvefvú*. Eso sería *levez-vous*. «Levántese», en francés.

Su Yarrow. ¿Sería *Monsieur Yarrow*? ¿Desaparecía la *m* inicial, y el diptongo *eu* francés se transformaba en un sonido parecido al de la *u* americana? Sí, eso mismo. Y había otros cambios en ese francés degenerado. Un aumento de la aspiración. Abandono de la nasalización. Cambio de vocales. Sustitución de la *k* antes de una vocal por una pausa glotal. Transformación de la *d* en *t*; la *l* en *w*; la *f* en un sonido entre la *v* y la *f*; el diptongo *ou* en *f*. ¿Qué más? Tenía que haber también una transmutación en los significados de algunas palabras, y palabras nuevas en el sitio de otras viejas.

—*Bo sfa* —repitió Hal.

¡Qué saludo tan poco adecuado!, pensó. Dos seres humanos que se encuentran a cuarenta y tantos años luz de la Tierra, un hombre que no ha visto una mujer en un año subjetivo, una mujer (quizá la última mujer en ese planeta) que se esconde evidentemente muy asustada, y lo único que él podía decir era «Buenas noches».

Se acercó un poco más a la mujer. Y de pronto se sonrojó, turbado. Estuvo a punto de dar media vuelta y salir de allí corriendo. Sobre la piel blanca de la mujer había sólo dos estrechas

franjas negras de tela, una sobre el pecho, la otra alrededor de las caderas. Nunca había visto una escena como ésa en su vida, fuera de la foto prohibida.

Olvidó esa turbación casi inmediatamente al ver que la mujer tenía los labios pintados. Lanzó un jadeo y un miedo le corrió por el cuerpo. Aquellos labios eran tan escarlata como los de la mujer monstruosamente malvada del Regresor.

Se obligó a no temblar. Debía pensar racionalmente. La mujer no podía ser Anna Changer, llegada a ese planeta desde el lejano pasado para seducirle, para volverle contra la auténtica religión. Si fuera Anna Changer no hablaría francés degenerado. Ni se aparecería a alguien tan insignificante como Hal. Se le habría aparecido al propio jefe urielita, Macneff.

La mente de Hal dio vuelta rápidamente al problema de la pintura de labios, y consideró el otro aspecto. Los cosméticos habían desaparecido con la llegada del Precursor. Ninguna mujer se atrevería… bueno, no era cierto… simplemente que en la Unión Haijac no se usaban cosméticos. Las mujeres israelíes, malayas y bantúes usaban coloretes. Pero todo el mundo sabía qué clase de mujeres eran.

Otro paso, y estuvo suficientemente cerca como para determinar que el escarlata era natural, no una pintura. Sintió un inmenso alivio. No podía ser la mujer del Regresor. Ni siquiera podía haber nacido en la Tierra. Tenía que ser un humanoide de Ozagen. Los murales en las paredes de las ruinas mostraban a mujeres de labios rojos, y Fobo le había dicho que esas mujeres habían nacido con el pigmento flameante en los labios.

La respuesta a una pregunta planteaba otra pregunta. ¿Por qué hablaba ella un idioma terrestre o, más bien, un derivado de un idioma terrestre? Ese idioma, Hal estaba seguro, no existía en la Tierra.

En el instante siguiente Hal olvidó todos los interrogantes. La mujer apretó su cuerpo contra él, y Hal la rodeó con los brazos, tratando torpemente de consolarla. La mujer lloraba y decía palabras, una detrás de otra, tan rápidamente que, aunque Hal sabía que eran francés, sólo podía entender alguna de vez en cuando.

Le pidió que hablase más despacio y repitiese lo que decía. La

mujer calló, la cabeza levemente inclinada hacia la izquierda, y luego se echó el pelo hacia atrás con la mano. Era un gesto característico de ella (Hal lo descubriría después) cuando pensaba.

Comenzó a repetir muy lentamente las palabras. Pero a medida que avanzaba el relato, fue hablando cada vez más rápidamente; los labios carnosos se movían como dos criaturas rojas independientes, con vida e intenciones propias.

Hal, fascinado, los miró.

Avergonzado, apartó la mirada, y trató de concentrarse en aquellos ojos grandes y oscuros, no los encontró, y le miró entonces un lado de la cabeza.

En forma muy incoherente la mujer contó una historia, con muchas repeticiones y vueltas atrás. Hal no entendió muchas palabras, y tuvo que deducidas del contexto. Pero sí entendió que ella se llamaba Jeannette Rastignac. Que venía de una meseta en las montañas tropicales del continente. Que ella y sus tres hermanas eran, hasta donde ella sabía, las únicas sobrevivientes de su raza. Que había sido capturada por un grupo de exploradores wogs y llevada a Siddo. Que acababa de escapar, hacía muy poco, y que se escondía en las ruinas y en el bosque que había alrededor. Que estaba asustada de las cosas terribles que merodeaban de noche. Que vivía de frutas silvestres o de comida robada de las casas de campo wogs. Que había visto a Hal cuando el vehículo embistió al antílope. Sí, habían sido los ojos de ella los que él había atribuido al antílope.

—¿Cómo sabías mi nombre? —dijo Hal.

—Te seguí y te escuché. No te entendía. Pero, después de un rato, oí que respondías al nombre de Hal Yarrow. Aprender tu nombre no fue nada. Lo que más me sorprendió fue que tú y aquel otro hombre os parecíais a mi padre, y debíais ser por lo tanto seres humanos. Sin embargo, no podías haber venido del mismo planeta que mi padre, porque no hablaba el mismo idioma.

»Luego pensé: "¡Claro! Mi padre me dijo una vez que su pueblo había llegado a *Wubopfaí* desde otro planeta. Todo era entonces una cuestión de lógica. Tú debes de ser de allí, del mundo original de los seres humanos".

—No entiendo nada —dijo Hal—. ¿Los antepasados de tu padre

vinieron a este planeta, Ozagen? Pero… pero ¡en la historia de Ozagen no hay ninguna referencia a eso! Fobo me dijo…

—¡No, no, tú no entiendes, claro! Mi padre, Jean Jacques Rastignac, nació en otro planeta, y vino desde allí a éste. Sus antepasados llegaron a ese otro planeta, que gira alrededor de una estrella muy lejos de aquí, desde otra estrella aún más distante.

—Oh, entonces deben de haber sido colonos terrestres. Pero no hay ningún documento que hable de eso. Por lo menos yo no lo he visto. Deben de haber sido franceses. Pero si eso es verdad, salieron de la Tierra y se dirigieron a ese otro sistema solar hace más de doscientos años. Y no pudieron haber sido franceses canadienses, porque quedaron demasiado pocos después de la Guerra Apocalíptica. Tienen que haber sido franceses europeos. Pero el último hombre que hablaba francés en Europa murió hace dos siglos y medio. Por lo tanto…

—Es confuso, ¿*nespfa*? Sólo sé lo que me contó mi padre. Decía que él y otros pocos habitantes de *Wubopfaí* encontraron a Ozagen durante una exploración. Aterrizaron en este continente, sus camaradas fueron muertos, él encontró a mi madre…

—¿Tu madre? Cada vez entiendo menos… —se quejó Hal.

—Era una indígena. Su pueblo ha estado siempre aquí. Construyó esta ciudad. Además…

—¿Y tu padre era terrestre? ¿Y tú naciste de su unión con una humanoide ozagenia? ¡Imposible! ¡Los cromosomas de tu padre y tu madre no podían ser compatibles!

—¡No me interesan los cromosomas! —dijo Jeannette, con voz trémula—. Tú me ves aquí, delante tuyo, ¿no es así? Existo, ¿verdad? Mi padre se acostó con mi madre, y aquí estoy. Niégame si puedes.

—No quise decir que… Lo que quiero decir es que… me pareció… —dijo Hal.

Se interrumpió y la miró, sin saber qué decir.

De pronto, la mujer comenzó a sollozar. Lo envolvió fuertemente con los brazos, y él le apretó los hombros contra su cuerpo. Eran suaves y blandos, y sentía los senos de ella en sus costillas.

—Sálvame —dijo la mujer, con voz entrecortada—. No puedo soportar más esto. Tienes que llevarme contigo. Tienes que

salvarme.

Yarrow pensó rápidamente. Debía volver a la habitación de las ruinas antes de que Pornsen despertase. Y no podría verla al día siguiente porque un bote de la nave iría a buscar a los dos haijacs por la mañana. No tenía más que unos pocos minutos para tomar una decisión.

De pronto se le ocurrió un plan, un plan que había germinado de una idea enterrada en su cerebro durante algún tiempo. Las semillas las había llevado dentro incluso desde antes de la salida de la *Gabriel* de la Tierra. Pero no había tenido coraje suficiente para realizarlo. La aparición de esta muchacha, entonces, era lo que él necesitaba, el empujón final para dar un paso irrevocable.

—¡Jeannette! —dijo Hal, impetuosamente—. ¡Escúchame! Tendrás que esperar aquí todas las noches. No importa qué bestias ronden en la oscuridad, tú tienes que estar aquí. No puedo decirte exactamente cuándo podré conseguir un bote y volver. Dentro de unas tres semanas, quizá. Si para ese entonces no llego, sigue esperando. ¡*Sigue esperando! ¡Vendré*! Y desde ese momento estaremos seguros. Durante un tiempo, por lo menos. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes esconderte aquí? ¿Y esperar?

La muchacha asintió con la cabeza y dijo:

—*Fi*.

CAPÍTULO NUEVE

Dos semanas más tarde, Yarrow voló desde la nave espacial *Gabriel* hasta las ruinas. El bote con forma de aguja brilló a la luz de la inmensa luna, flotando sobre el edificio blanco de mármol, y aterrizó. La ciudad estaba pálida y silenciosa: grandes cubos y hexágonos y cilindros y pirámides y estatuas de piedra como juguetes desparramados por un niño gigante que se ha ido a dormir para siempre.

Hal salió del bote, miró a derecha e izquierda, luego echó a andar hacia un enorme arco. Su linterna exploró la oscuridad; el eco de su voz reverberó en el techo lejano y en las paredes.

—¡*Jeannette! Se mfa. To namí, Hal Yarrow. ¡Jeannette! ¿U et'u*? Soy yo. Tu amigo. ¿Dónde estás?

Hal bajó por la escalera de cincuenta metros de ancho que conducía a las criptas de los reyes. El rayo de la linterna rebotaba en los escalones y de pronto salpicó la figura blanca y negra de la muchacha.

—¡Hal! —gritó ella, alzando la mirada—. ¡Gracias a la Gran Madre de Piedra! ¡He esperado todas las noches! ¡Pero sabía que vendrías!

En las largas pestañas de la muchacha temblaban unas lágrimas; su boca escarlata se estremecía como si estuviera haciendo un esfuerzo para no sollozar. Hal quería rodearla con los brazos y consolarla, pero era ya suficientemente terrible mirar a una mujer desnuda. Abrazarla sería inconcebible. Sin embargo, era eso precisamente lo que estaba pensando.

Inmediatamente, como si hubiera adivinado la causa de la parálisis de Hal, la muchacha se le acercó y puso su cabeza en el pecho de él. Sus hombros se doblaron hacia adelante, como si

tratara de clavarse en Hal. Hal sintió que sus brazos la envolvían. Los músculos se le pusieron tensos, y el corazón le latió violentamente.

Soltó a la muchacha y miró hacia otro lado.

—Hablaremos más tarde. No hay tiempo que perder. Vamos.

La muchacha le siguió en silencio hasta que llegaron al bote. En la puerta, ella titubeó. Hal, impaciente, le hizo seña de que subiese y se sentase a su lado.

—Creerás que soy cobarde —dijo la muchacha—. Lo que pasa es que nunca he estado en una máquina voladora. Dejar esta tierra…

Sorprendido, Hal sólo atinó a mirarla.

Le resultaba difícil entender la actitud de una persona totalmente desacostumbrada a los viajes por el aire.

—¡Entra! —ladró.

Obediente, la muchacha subió al aparato y se sentó en la butaca del copiloto. Pero no pudo dejar de temblar, ni de mirar con aquellos enormes ojos castaños los instrumentos que tenía delante y alrededor.

Hal echó un vistazo al relojófono.

—Diez minutos para llevarte a mi departamento en la ciudad. Un minuto para dejarte allí. Medio minuto para volver a la nave. Quince minutos para informar acerca de mi espionaje entre los wogs. Treinta segundos para regresar al departamento. Menos de media hora en total. No está mal. —Hal lanzó una carcajada—. Habría estado aquí hace dos días, pero tuve que esperar hasta que todos los botes de piloto automático estuviesen en servicio. Entonces fingí tener prisa: había olvidado unas notas y tenía que volver a mi departamento a buscarlas. Tomé entonces uno de los botes de control manual usados para la exploración fuera de la ciudad. Nunca podría haber obtenido permiso del guardián si no lo hubiera abrumado con esto. —Hal se tocó una enorme placa dorada que llevaba en el lado izquierdo del pecho. En la placa había una L hebrea—. Esto significa que soy uno de los Escogidos. He pasado el Medidor.

Jeannette, que aparentemente había perdido aquel terror, miró a Hal a la cara, mientras hablaba, a la luz que salía del panel de instrumentos.

—¡Hal Yarrow! —gritó, al final—. ¿Qué te han hecho?

Los dedos de ella le tocaron la cara.

Un anillo morado rodeaba los ojos de Hal; tenía las mejillas hundidas, y en una se le contraía espasmódicamente un músculo; una erupción le cubría la frente: sobre la pálida piel se destacaban nítidamente las siete marcas del látigo.

—Cualquiera diría que yo estaba loco para hacer esto —dijo Hal —. Metí la cabeza en la boca del león. Y no me la arrancó. En cambio yo le mordí la lengua.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha. ¿No te pareció extraño que Pornsen no estuviese conmigo esta noche, echándome en el pescuezo su aliento beato? ¿No? Bueno, no nos conoces. Había para mí una sola manera de salir de mis habitaciones en la nave y conseguir un departamento en Siddo. Es decir, sin tener un *agpt* viviendo conmigo y observando cada paso que daba. Y sin tener que dejarte aquí en el bosque. Eso yo no lo podía hacer.

La muchacha le tocó la nariz a Hal, y deslizó el dedo hasta el labio. Normalmente, Hal habría retrocedido, porque aborrecía el contacto íntimo.

Pero no se movió.

—Hal —dijo la muchacha, con voz dulce—. *Mo she*.

Hal sintió un fuego. *Querido*. Bueno, ¿por qué no?

—Era lo único que podía hacer —dijo, para alejar aquella sensación que le producía la caricia—. Ofrecerme para el Medidor.

—¿*Wu…? ¿Es'use'eh*?

—Es la única cosa que le puede salvar a uno de la sombra constante del *agpt*. Después de pasar por el Medidor, uno es puro, está fuera de toda sospecha; teóricamente, al menos.

»Mi petición pilló desprevenida a la jerarquía. Nunca esperaron que un científico, y menos yo, se ofreciese. Los urielitas y los uzzitas tienen que pasar por el Medidor si quieren ascender en la jerarquía…

—¿Urielitas? ¿Uzzitas?

—Para decirlo en términos antiguos, sacerdotes y policías. El Precursor adoptó del Talmud esos nombres de ángeles para uso religioso-gubernamental. ¿Entiendes?

—No.

—Dentro de poco lo verás con claridad. En cualquier caso, sólo los más fervorosos solicitan someterse al Medidor. Es cierto que lo hace mucha gente, pero porque la fuerzan a hacerlo, nada más. Los urielitas eran pesimistas en cuanto a mis posibilidades, pero se vieron obligados por ley a permitírmelo. Además estaban aburridos, y querían diversión, a su manera sádica. —Hal frunció el ceño, al recordar la experiencia—. Un día después me dijeron que me presentase en el laboratorio psicológico a las 2300 HN, es decir hora de la nave. Fui a mi camarote (Pornsen había salido), abrí la maleta y saqué una botella con una etiqueta que decía «Alimento de los Profetas». Se dice que contiene un polvo a base de peyote, una droga usada en otra época por los hechiceros de los indios americanos.

—¿*Kfe*?

—Simplemente presta atención. Entenderás lo principal. El alimento de los Profetas lo toman todos durante el Período de Purificación, que son dos días de encierro en una celda, ayuno, oraciones, el flagelo de látigos eléctricos, y visiones inducidas por el hambre y el Alimento de los Profetas. Además de viajes subjetivos en el tiempo.

—¿*Kfe*?

—No estés siempre diciendo «¿Qué?». No tengo tiempo para explicarte qué es la dunnología… Yo mismo necesité diez años de duros estudios para entender esta ciencia y sus matemáticas. Aun así me quedaron muchas preguntas, que no hice porque podían pensar que yo dudaba. Lo que quería decirte es que en mi botella no había Alimento de los Profetas. En su lugar había un sustituto que yo había preparado en secreto antes de que la nave saliese de la Tierra. Por eso me atreví a enfrentarme con el Medidor. Y por eso no me aterroricé tanto… aunque estaba bastante asustado, créeme.

—Te creo. Fuiste valiente. Venciste tu miedo.

Hal sintió que la cara se le ruborizaba. Era la primera vez en su vida que alguien le elogiaba.

—Un mes antes de que la expedición saliese para Ozagen yo había encontrado en una de las muchas publicaciones científicas que debo revisar, el anuncio de que cierta droga había sido

sintetizada. La virtud de esa droga consistía en que destruía el virus del llamado «salpullido marciano». Lo que más me interesó fue una nota que había al pie. Estaba en letra pequeña y en hebreo, lo que demostraba que el bioquímico que la había escrito se había dado cuenta de su importancia.

—¿*Pukfe*?

—¿Por qué? Bueno, supongo que estaba en hebreo para que ningún lego la entendiese. Si un secreto como ése llegaba a ser de conocimiento público… La nota comentaba brevemente que se había descubierto que un hombre que sufre del «salpullido» es temporalmente inmune a los efectos del hipnolipno. Y que los urielitas debían tener cuidado en las sesiones del Medidor que el sujeto estuviese sano.

—Me resulta difícil entenderte —dijo la muchacha.

—Hablaré más despacio. El hipnolipno es la más usada de las llamadas drogas de la verdad. Inmediatamente vi las posibilidades que ofrecía la nota. El comienzo del artículo describía cómo era inducido narcóticamente el «salpullido marciano», con fines experimentales. No se decía el nombre de la droga usada, pero no me costó encontrarlo en otras publicaciones, además de la forma de prepararla. Pensé que si el «salpullido» verdadero inmunizaba al hombre contra el hipnolipno, ¿por qué no había de hacerlo el artificial? Preparé en seguida una dosis, inserté una grabación con preguntas acerca de mi vida personal en un psicoprobador, me inyecté la droga del «salpullido», me inyecté la droga de la verdad, y juré que mentiría al probador. ¡Y pude mentir!

—Fuiste muy inteligente al haber pensado en eso —murmuró Jeannette.

Le apretó los bíceps con la mano. Hal los endureció. Hacer eso era pura vanidad, pero quería que ella pensase que él era fuerte.

—¡Tonterías! —dijo Hal—. Un ciego habría visto lo que debía hacer. En realidad no me sorprendería que los uzzitas arrestaran al químico y ordenasen el uso de alguna otra droga. Si lo hicieron, fue demasiado tarde. Nuestra nave salió de la Tierra antes de recibir esa noticia.

»El primer día en el Medidor no sucedió nada inquietante. Me tomaron una prueba oral y escrita de doce horas sobre el serialismo.

Es decir, sobre las teorías de Dunne acerca del tiempo y las ampliaciones de Sigmen. Hace años que me toman esa prueba. Fácil, pero aburrida.

»Al día siguiente me levanté temprano, me duché, y comí lo que se suponía era Alimento de los Profetas. Sin desayunar, entré en la Celda de la Purificación. Durante dos días estuve allí tendido en un catre, solo. De vez en cuando tomaba un sorbo de agua o un trago de la falsa droga. De cuando en cuando apretaba el botón que hacía funcionar el látigo mecánico contra mi cuerpo. Cuantas más flagelaciones, más méritos.

»No tuve ninguna visión. Pero el cuerpo se me cubrió del "salpullido". Eso no me preocupó. Si alguien sospechaba, yo podía explicar que era alérgico al Alimento de los Profetas. Algunas personas lo son.

Hal miró hacia abajo. Un bosque escarchado por la luna, y de vez en cuando la luz cuadrada o hexagonal de una granja. Delante estaba la alta cadena de montañas que protegía a Siddo.

—De modo que —prosiguió Hal, sin darse cuenta de que hablaba más rápido a medida que se acercaban las montañas— al final de la Purificación me levanté, me vestí, y comí la cena ceremonial de langosta y miel.

—¡Puaj!

—Las langostas no son tan malas si las has estado comiendo desde la infancia.

—Las langostas son deliciosas —dijo Jeannette—. Las he comido muchas veces. Lo que me da asco es su combinación con la miel.

Hal se encogió de hombros y dijo:

—Voy a apagar las luces de la cabina. Bájate cuando aterricemos. Y ponte esa capa y esa máscara nocturna. Puedes pasar por un wog.

Obediente, Jeannette se levantó del asiento. Antes de apagar las luces. Hal miró hacia el lado. La muchacha estaba inclinada, recogiendo la capa, y él no pudo evitar entrever aquellos senos magníficos. Apartó la mirada, pero no pudo alejar la imagen de la cabeza. Se sintió muy excitado. La vergüenza, lo sabía, vendría después.

—Entonces —prosiguió, incómodo—, entró la jerarquía, Macneff

el Sandalphon. Detrás de él, los teólogos y los especialistas dunnológicos: los paralelistas, los intervencionistas, los substratomistas, los cronoentropistas, los seudotemporalistas, los cosmobservistas.

»Yo estaba sentado en una silla. Me adhirieron cables al cuerpo. Me clavaron agujas en los brazos y en la espalda. Me inyectaron hipnolipno. Apagaron las luces. Rezaron oraciones; cantaron capítulos del *Talmud de Occidente* y de las *Escrituras Revisadas*. Luego, un foco alumbró desde arriba el Elohímetro…

—¿*Kfe*?

—Elohim es Dios en hebreo. Un medidor es, bueno, eso. —Hal señaló el panel de instrumentos—. El Elohímetro es redondo y enorme, y su aguja, larga como mi brazo, es recta y está en posición vertical. En la circunferencia del dial hay letras hebraicas que aparentemente significan algo para los que toman la prueba.

»La mayoría de la gente ignora lo que indica la aguja. Pero yo soy un *atón*. Tengo acceso a los libros que describen la prueba.

—Entonces conocías las respuestas, ¿*nespfa*?

—Sí. Aunque eso no significa nada porque el hipnolipno saca a luz la verdad, la realidad… naturalmente siempre que no sufras del «salpullido marciano», natural o artificial.

La repentina carcajada de Hal fue un ladrido triste.

—Bajo los efectos de la droga, Jeannette, todas las cosas sucias e impuras que has hecho y pensado, todos los odios que has sentido por tus superiores, y todas las dudas acerca de la realidad de las doctrinas del Precursor, suben de los niveles inferiores de tu mente como jabón desde el fondo de una bañera sucia. Salen y flotan, bajo una capa de espuma.

»Pero yo, allí sentado, miré la aguja… Es como mirar el rostro de Dios, Jeannette, es irresistible… y mentí. Oh, no exageré. No fingí ser increíblemente puro y fiel. Confesé irrealidades menores. Entonces la aguja giró en la circunferencia señalando letras. En las cosas fundamentales, sin embargo, respondí como si de ellas dependiese mi vida. Lo cual era verdad.

»Y les hablé de mis sueños, de mis viajes subjetivos en el tiempo.

—¿*Subjetif*?

—Sí. Todo el mundo viaja en el tiempo subjetivamente. Pero el

Precursor es el único hombre, aparte de su primer discípulo y de su mujer, y unos pocos profetas bíblicos, que ha viajado objetivamente.

»De cualquier modo, mis sueños fueron bellezas, arquitectónicamente hablando. Exactamente lo que querían escuchar. Mi última y más notable creación, o mentira, fue un sueño en el que el propio Precursor se aparecía en Ozagen y le hablaba al Sandalphon, Macneff. Aparentemente este hecho tendría lugar dentro de un año.

—Oh, Hal —dijo Jeannette—. ¿Por qué les dijiste eso?

—Porque ahora, *mo she*, la expedición no se irá de Ozagen hasta que pase ese año. No se podrían ir sin perder antes la esperanza de verle en persona, en uno de sus viajes por el tiempo. No sin tratarle de embustero, a él y a mí. Así, como ves, esa mentira colosal nos asegura que estaremos por lo menos un año juntos…

—¿Y luego?

—Ya se nos ocurrirá algo.

La voz de Jeannette fue un murmullo en la oscuridad:

—Todo eso lo haces por mí…

Hal no respondió. Estaba demasiado ocupado en mantener el bote un poco por encima de los tejados. Allá abajo pasaban grupos de edificios, separados por extensos bosques. Iba tan rápido que casi no tuvo tiempo de detenerse al llegar a la casa (parecida a un castillo) de Fobo. De tres pisos de altura, aspecto medieval por sus torres con almenares y las cabezas de gárgolas de bestias e insectos pétreos que miraban desde muchos nichos, no estaba a menos de cien metros de cualquier otro edificio. Los wogs construían ciudades con mucho espacio.

Jeannette se puso la máscara nocturna de larga trompa; la puerta del bote se abrió; entraron corriendo en el edificio. Después de atravesar la sala de entrada y lanzarse escaleras arriba hasta el segundo piso, tuvieron que esperar mientras Hal buscaba la llave. Había conseguido que un cerrajero wog le hiciese la cerradura y que un carpintero wog se la instalase. No había confiado en el carpintero de la nave; era muy probable que después fabricasen duplicados de la llave.

—Hal la encontró finalmente, pero tuvo dificultades para

meterla en la cerradura. Respiraba agitadamente cuando logró abrir la puerta. Casi empujó a Jeannette, que se había quitado la máscara.

—Espera, Hal —dijo la muchacha, apoyando su peso contra Hal —. ¿No te has olvidado de algo?

—¡Oh, Precursor! ¿Qué puede ser? ¿Algo serio?

—No. Pensé, simplemente —y sonrió, bajando los párpados— que era costumbre en la Tierra que los hombres entrasen por la puerta llevando a la novia en brazos. Es lo que me dijo mi padre.

Hal se quedó boquiabierto. ¡Novia! Sin duda Jeannette estaba presuponiendo muchas cosas.

No tenía tiempo para discutir. Sin decir palabra, la alzó en brazos y entró con ella en el departamento.

—Volveré lo antes posible —dijo, poniéndola en el suelo—. Si alguien golpea la puerta o trata de entrar, escóndete en aquel armario especial de que te hablé. No hagas ningún ruido ni salgas a menos que estés segura de que soy yo.

Jeannette le rodeó de pronto con los brazos y le besó.

—*Mo she, mo gan, mo fo.*

Todo sucedía con demasiada rapidez. Hal no dijo nada, ni siquiera le devolvió el beso. Tuvo la vaga sensación de que las palabras de ella, aplicadas a él, eran ridículas. Si entendía correctamente aquel francés degenerado, ella le había llamado mi querido, mi hombre grande y fuerte.

Hal se estremeció. Tuvo la sensación de que Jeannette no iba a ser la compañera frígida tan admirada, oficialmente, por el Iglestado.

CAPÍTULO DIEZ

Hal volvió a casa con una hora de retraso, porque el Sandalphon le pidió más detalles acerca de la profecía que había hecho respecto a Sigmen. Después tuvo que dictar su informe del espionaje del día. Luego ordenó a un marinero que le pilotase el bote hasta el departamento. Mientras caminaba hacia la pista de lanzamiento, se encontró con Pornsen.

—*Shalom, abba* —dijo Hal, sonriendo y frotándose los nudillos contra la *lamed* dibujada en relieve en la placa del pecho.

El hombro izquierdo del *agpt*, siempre bajo, se derrumbó más todavía, como una bandera que hace la señal de rendición. Si había que dar latigazos, los daría Yarrow.

Hal sacó pecho y siguió caminando.

—Un minuto, hijo —dijo Pornsen—. ¿Vuelves a la ciudad?

—*Shib*.

—*Shib*. Iré contigo. Tengo un departamento en el mismo edificio. En el tercer piso, al lado del de Fobo.

Hal abrió la boca para protestar, y la cerró. Ahora le tocó a Pornsen sonreír. Pornsen dio media vuelta y echó a andar. Hal caminó detrás de él apretando los labios. ¿Le habría seguido el *agpt* y visto su encuentro con Jeannette? No. En ese caso, habría conseguido que arrestasen a Hal inmediatamente.

El *agpt* tenía un rasgo distintivo: una mente mezquina. Sabía que su presencia molestaría a Hal, y que vivir en el mismo edificio le envenenaría la felicidad de estar libre de vigilancia.

Hal citó para sus adentros un viejo proverbio: «Los dientes de un *agpt* no sueltan nunca».

El marinero esperaba junto al bote. Entraron todos en el aparato y se deslizaron silenciosamente en la noche.

Cuando llegaron al edificio de departamentos, Hal caminó delante de Pornsen, sintiendo una leve satisfacción por haber roto la etiqueta y demostrado así su desprecio por el hombre.

Antes de abrir la puerta, Hal se detuvo. El Ángel de la Guarda pasó silenciosamente por detrás de él. A Hal se le ocurrió entonces una idea diabólica y le llamó:

—*Abba*.

Pornsen se volvió.

—¿Qué?

—¿Te interesaría inspeccionar mi departamento para ver si escondo aquí a una mujer?

El hombrecillo enrojeció. Cerró los ojos y se tambaleó, mareado de furia. Cuando abrió los ojos, gritó:

—¡Yarrow! ¡Si alguna vez vi a una persona irreal, esa persona eres tú! ¡No me importa tu posición en la jerarquía! ¡Simplemente creo que… que no eres *shib*! Has cambiado. Antes eras tan humilde, tan obediente. Ahora eres arrogante.

Con suavidad al principio, y alzando luego la voz, Hal dijo:

—No hace demasiado tiempo dijiste que yo había sido indócil desde el día que nací. De pronto parece que soy un ejemplo de comportamiento, y que el Iglestado me puede señalar con orgullo. Lo que yo sugiero es que siempre me he portado lo mejor que se podía esperar. ¡Lo que sugiero es que tú eras y sigues siendo un granito maligno, asqueroso, con cerebro de chorlito, en el trasero del Iglestado, y que habría que apretarte hasta que estallases!

Hal dejó de gritar porque estaba respirando muy agitadamente. El corazón le martillaba; los oídos le rugían; la vista se le nublaba.

Pornsen retrocedió, los brazos extendidos hacia adelante.

—¡Hal Yarrow! ¡Hal Yarrow! ¡Domínate! ¡Precursor, cómo debes odiarme! Y todos estos años pensando que me amabas, que yo era tu amado *agpt* y que tú eras mi amado pupilo. Pero me odiabas. ¿Por qué?

El rugido decreció. Hal comenzó a ver más claramente.

—¿Hablas en serio? —dijo Hal.

—¡Naturalmente! ¡Nunca soñé! Todo lo que te hice fue por ti; cuando te castigaba, se me rompía el corazón. Pero me obligaba a hacerla, recordando que era por tu bien.

Hal se echó a reír. Rió sin parar mientras Pornsen corría por el pasillo y desaparecía entrando en su departamento, después de mirar atrás una sola vez con rostro pálido.

Débilmente, temblando, Hal se apoyó contra la puerta. Era lo que menos había esperado. Siempre había estado totalmente seguro de que Pornsen le detestaba como a un monstruo contrario y antinatural y que se deleitaba amargamente humillándole y castigándole con el látigo.

Hal meneó la cabeza. Seguramente el *agpt* estaba asustado, y trataba de justificarse.

Hizo girar la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró. En su cabeza giraba el pensamiento de que el coraje para hablar contra Pornsen le había venido de Jeannette. Sin ella, él no era nada, un conejo resentido pero asustado. Unas pocas horas con la muchacha le habían permitido vencer años de rígida disciplina.

Encendió las luces de la sala de entrada. Miró hacia el comedor y vio que la puerta de la cocina estaba cerrada. A través de esa puerta llegaba un ruido de ollas. Olfateó el aire.

¡Biftec!

Hal arrugó el entrecejo, olvidando el placer. Le había dicho a Jeannete que se escondiese hasta que él estuviese de vuelta. ¿Qué pasaría si él hubiese sido un wog o un uzzita?

Al abrir la puerta, los goznes rechinaron. Jeannette estaba de espaldas. Ante la primera protesta del hierro sin aceitar, la muchacha se volvió rápidamente. La espátula que tenía en la mano se le cayó; la otra mano voló a tapar su boca abierta.

Las palabras encolerizadas murieron en los labios de Hal. Si la increpaba ahora, quizá ella rompiese a llorar, y eso crearía una situación incómoda.

—¡*Mo shu*! ¡Me asustaste!

Hal lanzó un gruñido y se acercó a levantar las tapas de las ollas.

—¿Sabes? —dijo la muchacha, con voz temblorosa, como si hubiera adivinado el enojo de Hal y se estuviese defendiendo—. He tenido una vida tan difícil, siempre con miedo de que me atrapasen, que cualquier cosa me asusta. Siempre estoy lista para correr.

—¡Cómo me engañaron esos wogs! —dijo Hal, con amargura—. Pensé que eran tan buenos y tan dulces, y ahora descubro que te

han tenido prisionera dos años.

Jeannette le miró de soslayo con aquellos ojos grandes. Le había vuelto el color a la cara; sus labios rojos sonrieron.

—Oh, no fueron tan malos. Fueron de veras benévolos. Me dieron todo lo que quise, excepto la libertad. Temían que yo consiguiese volver juntos a mis hermanas.

—¿Y qué les importaba eso a ellos?

—Oh, pensaron que podían quedar algunos machos de mi raza en la jungla y que yo les podría dar hijos. Tienen mucho miedo de que mi raza se vuelva otra vez numerosa y fuerte y que inicie una guerra contra ellos. No les gusta la guerra.

—Son seres extraños —dijo Hal—. Pero no podemos esperar entender a los que no conocen la realidad del Precursor. Además, están más cerca del insecto que del hombre.

—Ser hombre no significa necesariamente ser mejor —dijo Jeannette, con un dejo de aspereza en la voz.

—Todas las criaturas de Dios tienen su debido sitio en el universo —respondió Hal—. Pero el sitio del hombre es todos los sitios y todos los tiempos. Puede ocupar cualquier posición en el espacio y viajar en cualquier dirección en el tiempo. Y si para conquistar ese sitio o ese tiempo tiene que desposeer a una criatura, no hace más que usar sus derechos.

—¿Estás citando al Precursor?

—Naturalmente.

—Quizá tenga razón. Quizá. Pero ¿qué es el hombre? El hombre es un ser inteligente. El wog es un ser inteligente. Por lo tanto, un wog es un hombre. ¿*Nespfa*?

—*Shib o sib*, no discutamos. ¿Por qué no comemos?

—Yo no discutía. —Jeannette sonrió—. Pondré la mesa. Ya me dirás si sé cocinar o no. Ahí no habrá nada que discutir.

Cuando los platos estuvieron en la mesa, los dos se sentaron. Hal unió las manos, las puso en la mesa, inclinó la cabeza y rezó.

—Isaac Sigmen, que vas delante del hombre, real sea tu nombre. Te agradecemos que hayas hecho verdadero este bendito presente, que una vez fue el incierto futuro. Te agradecemos esta comida, a la que has dado realidad con los materiales de la potencialidad. Tenemos la esperanza, y sabemos que destruirás al Regresor,

anticiparás sus malvados esfuerzos para mover el pasado y alterar así el presente. Haz que este universo sea sólido y real, y omite la fluidez del tiempo. Los que estamos reunidos a esta mesa te agradecemos. Así sea.

Hal separó las manos y miró a Jeannette. Ella le observaba con atención.

—Puedes rezar, si lo deseas —dijo Hal, obedeciendo a un impulso.

—¿No considerarías irreal mi oración?

Hal vaciló antes de contestar.

—Sí. No sé por qué te invité. Seguramente no invitaría a rezar a un israelita o a un bantú. No comería en la misma mesa que uno de ellos. Pero tú… tú eres especial… quizá porque no entras en una clasificación. No… no sé.

—Gracias —dijo Jeannette.

La muchacha describió un triángulo en el aire con el dedo corazón de la mano derecha. Mirando hacia arriba, dijo:

—Gran Madre, te agradecemos.

Hal se reprimió para no mostrar la extraña sensación que le producía escuchar a un no creyente. Abrió el cajón de la mesa y sacó dos objetos. Le entregó uno a Jeannette. El otro se lo puso él en la cabeza.

Era un gorro con un ala ancha, de la que colgaba un largo velo. Le cubría del todo la cara.

—Póntelo —le dijo a Jeannette.

—¿Para qué?

—Para que no podamos ver al otro comiendo, por supuesto —dijo Hal, impaciente—. Hay suficiente espacio entre el velo y tu cara para manipular el cubierto y la cuchara.

—Pero ¿por qué?

—Ya te lo dije. Para que no podamos ver al otro comiendo.

—¿Te daría asco verme comiendo? —dijo Jeannette, alzando levemente la voz.

—Naturalmente.

—¿Naturalmente? ¿Por qué naturalmente?

—Bueno, comer es tan… es tan… no sé… tan animal…

—¿Y los tuyos hicieron eso siempre? ¿O comenzaron a hacerlo

cuando descubrieron que eran animales?

—Antes de la llegada del Precursor, comían desnudos y sin vergüenza. Pero porque vivían en un estado de ignorancia.

—Los israelíes y los bantúes, ¿ocultan la cara cuando comen?

—No.

Jeannette se levantó de la mesa.

—Yo no puedo comer con esta cosa sobre la cara. Sentiría vergüenza.

—Pero… yo tengo que usar mi gorro de comer —dijo Hal, con voz trémula—. De lo contrario, no podría retener la comida en el estómago.

La muchacha dijo una frase en un idioma que él no conocía. Pero ese desconocimiento no ocultaba la perplejidad y la ofensa.

—Lo siento —dijo Hal—. Pero es así. Así debe ser.

Lentamente, Jeannette se sentó. Se puso el gorro.

—Muy bien, Hal. Pero creo que debemos hablar de esto luego. Me hace sentir aislada de ti. No hay intimidad, no compartimos las buenas cosas que la vida nos ha dado.

—Por favor, no hagas ruido mientras comes —dijo Hal—. Y si tienes que hablar, traga antes toda la comida. Cuando había un wog comiendo cerca, yo giraba la cara, pero no podía cerrar los oídos.

—Trataré de no darte asco —dijo Jeannette—. Una pregunta nada más. ¿Cómo impiden que los niños hagan ruido al comer?

—Nunca comen con los adultos. Mejor dicho, los únicos adultos que están con ellos a la mesa son los *agpt*, que pronto les enseñan a portarse adecuadamente.

La cena transcurrió en silencio, roto solamente por el inevitable ruido del cuchillo y el cubierto en el plato. Cuando terminó, Hal se quito el gorro.

—¡Ah, Jeannette, eres una maravillosa cocinera! La comida es tan buena que casi sentí que era un pecado disfrutarla tanto. La sopa fue la mejor que probé jamás. El pan era delicioso. El bistec, perfecto.

Jeannette se había quitado antes el gorro. Apenas había tocado la comida, sin embargo, sonrió.

—Mis tías me enseñaron bien. Entre mi gente, a la mujer se le enseña desde muy joven todo lo que puede agradar a un hombre.

Todo.

Hal rió nerviosamente, y para ocultar la incomodidad encendió un cigarrillo.

Jeannette preguntó si ella podía también probar un cigarrillo.

—Ya que ardo, bien podría echar humo —dijo, con una risita.

Hal no estaba seguro de cuál era el sentido de esas palabras, pero se rió para mostrarle que no estaba enojado por lo de los gorros de comer.

Jeannette encendió su cigarrillo, chupó, tosió, y corrió al fregadero a buscar un vaso de agua. Volvió con los ojos llenos de lágrimas, pero inmediatamente tomó el cigarrillo y probó otra vez. En poco tiempo inhalaba como un veterano.

—Tienes poderes de imitación asombrosos —dijo Hal—. Te he visto copiar mis movimientos, te oí imitar mis palabras. ¿Sabes que pronuncias el americano tan bien como yo?

—Muéstrame o dime algo una vez, y raramente tendrás que repetirlo —contestó Jeannette—. No pretendo insinuar que la mía sea una inteligencia superior. Como dijiste, tengo instinto de imitación. Aunque eso no significa que de vez en cuando no tenga un pensamiento original.

La muchacha comenzó a hablar alegre y divertidamente acerca de la vida con su padre, hermanas y tías. Su buen humor parecía auténtico; aparentemente no hablaba sólo para ocultar la depresión causada por el incidente a la hora de comer. Tenía la costumbre de alzar las cejas al reír. Eran unas cejas fascinantes, casi en forma de paréntesis. Una delgada línea de vello negro le nacía en el caballete de la nariz, giraba en ángulos rectos, se curvaba levemente al pasar por encima de los ojos, y luego terminaba en pequeños bucles.

Hal le preguntó si la forma de las cejas era un rasgo del pueblo de su madre. Jeannette rió y dijo que la había heredado de su padre, el terrestre.

La risa de la muchacha era suave y musical. No le irritaba como la risa de su exmujer. Le arrullaba y le hacía sentirse bien. Y cada vez que pensaba en cómo podía acabar esa situación y su ánimo decaía, ella se lo levantaba diciendo algo gracioso. Aparentemente, ella podía anticipar exactamente lo que él necesitaba, para mitigar una tristeza o despertar una alegría.

Después de una hora, Hal se levantó para ir a la cocina. Al pasar junto a Jeannette, impulsivamente hundió los dedos en aquel pelo negro y ondulado.

Jeannette alzó la cara y cerró los ojos, como si esperara que él la besase. Pero por alguna razón Hal no pudo. Quería hacerlo, pero no se decidió a dar el primer paso.

—Habrá que lavar los platos —dijo Hal—. No convendría que una visita inesperada viese una mesa puesta para dos. Y otra cosa que tendremos que cuidar: esconde los cigarrillos y ventila con frecuencia las habitaciones. Ahora que he sido Medido, se supone que he renunciado a irrealidades menores como fumar.

Si Jeannette estaba desilusionada, no lo demostraba. Se ocupó rápidamente de limpiar. Hal se quedó fumando y especulando acerca de las posibilidades de conseguir tabaco. A Jeannette le gustaban tanto los cigarrillos que él no podía soportar la idea de no poder conseguirlos. Uno de los tripulantes, con el que tenía buenas relaciones, no fumaba, pero vendía su ración a los compañeros. Quizá podría actuar como intermediario un wog, comprarle el tabaco al marinero y pasárselo a Hal. Fobo podría hacerlo… pero la operación tenía que ser hecha con mucho cuidado… quizá no valía la pena arriesgarse a tanto…

Hal lanzó un suspiro. Tener a Jeannette era maravilloso, pero le empezaba a complicar la vida. Allí estaba él, contemplando una acción criminal como si fuese la cosa más natural del mundo.

Ante él, las manos en las caderas, Jeannette le miraba con ojos brillantes.

—Ahora, Hal, *mo namú*, si tuviéramos algo para beber… sería una noche perfecta.

Hal se levantó.

—Perdón. Me había olvidado de que no puedes saber cómo se hace el café.

—No. No. Estoy pensando en licor. Alcohol, no café.

—¿Alcohol? Gran Sigmen, muchacha, ¡nosotros no *bebemos*! Sería la cosa más repug…

Hal se interrumpió. La había ofendido. Se dominó. Después de todo, ella no podía evitarlo. Pertenecía a una cultura diferente. Estrictamente hablando, ni siquiera era humana.

—Lo siento —dijo Hal—. Es una cuestión religiosa. Está prohibido.

Los ojos de Jeannette se llenaron de lágrimas. Los hombros le empezaron a temblar. Hundió la cara entre las manos y comenzó a sollozar.

—Tú no entiendes. Necesito beber. Lo necesito.

—Pero ¿por qué?

La muchacha habló entre los dedos:

—Porque durante mi prisión, aparte de entretenerme no tenía mucho que hacer. Mis aprehensores me dieron licor; me ayudaba a pasar el tiempo y a olvidarme de cuánto añoraba a los míos. Cuando me di cuenta era… era alcohólica.

Hal apretó los puños y gruñó:

—Esos hijos de… ¡insectos!

—Ya ves entonces por qué necesito beber. Me sentiría mejor, en este momento. Y después, quizá después, pueda tratar de vencer el problema. Sé que puedo, si tú me ayudas.

Hal hizo un gesto de impotencia.

—Pero… pero ¿dónde puedo conseguirlo?

El estómago le daba vueltas con sólo pensar en dedicarse al tráfico del alcohol. Pero si Jeannette lo necesitaba, haría todo lo posible por conseguirlo.

—Quizá Fobo te podría dar un poco —dijo ella, rápidamente.

—¡Pero Fobo es uno de los que te capturaron! ¿No sospecharía algo si le voy a pedir alcohol?

—Pensará que es para ti.

—Está bien —dijo Hal, de mal humor, sintiéndose culpable al mismo tiempo por ese mal humor—. Pero odio que alguien piense que yo bebo. Aunque sea un wog.

Jeannette se le acercó como una marea. Sus labios oprimieron suavemente los de él, y su cuerpo trató de pasar a través de Hal. Después de un minuto, Hal apartó la boca.

—¿Tengo que dejarte? —susurró—. ¿No podrías pasar sin el licor? Por esta noche, nada más. Mañana te lo conseguiré.

La voz de Jeaimette se quebró.

—Oh, *mo namú*, ojalá pudiese de veras. Pero no puedo. Simplemente no puedo. Créeme…

—Te creo.

Hal soltó a la muchacha y caminó hasta la sala de entrada; allí sacó del armario una capucha, una capa y una máscara nocturna. Tenía la cabeza inclinada y los hombros caídos. Todo se echaría a perder. No podría acercarse a ella, con el aliento apestando a alcohol. Y ella se preguntaría quizá por qué él era tan frío; y él no tendría coraje suficiente para decirle lo repugnante que era ella, porque eso le lastimaría los sentimientos. Para empeorar las cosas, si no le daba una explicación le lastimaría de todos modos los sentimientos.

Antes de salir, Jeannette le besó otra vez los labios, ahora helados.

—¡Date prisa! Te espero.

—Sí.

CAPÍTULO ONCE

Hal Yarrow golpeó suavemente la puerta del departamento de Fobo, que estaba al lado del suyo. La puerta no se abrió en seguida. No era extraño. Había tanto ruido dentro. Volvió a golpear con más fuerza, de mala gana porque no quería atraer la atención de Pornsen. El *agpt* vivía al otro lado del pasillo y podía abrir la puerta para ver qué pasaba. No era ésa una buena noche para que le viese visitando al empatista. Aunque tenía todo el derecho a entrar en la casa de un wog sin ser acompañado por un *agpt*. Hal se sentía incómodo por Jeannette. Pornsen era capaz de entrar en su *puka* a espiar mientras él estaba fuera. Y si Pornsen hacía eso, Hal estaba perdido. Todo habría acabado.

Pero Hal se consoló pensando que Pornsen no era un hombre muy valiente. Si se tomaba la libertad de entrar en el departamento de Hal, también se arriesgaba a ser descubierto. Y Hal, como lamediano, podía presionar para que Pornsen fuera no sólo deshonrado y degradado, sino también designado candidato al I.

En cualquier caso, antes de salir Hal le había dicho a Jeannette que se escondiese en el armario-dentro-de-un-armario que un carpintero wog había fabricado para Hal. La puerta del pequeño cubículo se combinaba tan bien con la pared trasera del armario que sólo sería detectada después de un examen cuidadoso.

Impaciente, Hal volvió a golpear la puerta con fuerza. Esa vez se abrió. Allí estaba Abasa, la mujer de Fobo, sonriendo.

—¡Hal Yarrow! —dijo en siddonita—. ¡Bienvenido! ¿Por qué no entraste sin llamar?

Hal se horrorizó.

—¡No podría hacer eso! —dijo.

—¿Por qué no?

—Nosotros no hacemos eso.

Abasa se encogió de hombros, pero fue demasiado educada para hacer algún comentario.

—Bueno, adelante —dijo, sonriendo todavía—. ¡No te voy a morder!

Hal entró y cerró la puerta, no sin antes echar un vistazo a la de Pornsen. Estaba cerrada.

Dentro, los gritos de doce niños wogs jugando rebotaban en las paredes de una habitación tan grande como una cancha de baloncesto. Abasa llevó a Hal por el piso sin alfombrar hasta el otro extremo, donde comenzaba el pasillo. Pasaron cerca de un rincón donde había tres mujeres wogs, evidentemente visitas de Abasa, sentadas a una mesa. Estaban ocupadas cosiendo, bebiendo de vasos altos que tenían delante y conversando. Hal no pudo entender las pocas palabras que oyó; las mujeres wogs, cuando hablaban entre ellas, usaban un vocabulario restringido a su sexo. No obstante, según tenía entendido Hal, esa costumbre tendía rápidamente a desaparecer bajo el impacto de la creciente urbanización. Las hijas de Abasa no aprendían el idioma de las mujeres.

Abasa llevó a Hal hasta el final del corredor, abrió una puerta y dijo:

—¡Fobo, querido! ¡Hal Yarrow, el Sin Nariz, está aquí!

Hal, al oír esa descripción de sí mismo, sonrió. La primera vez que había escuchado la frase se había ofendido. Pero después se había enterado de que los wogs no la usaban con sentido de insulto. Y al propio Fobo ni siquiera se le ocurriría decirla delante de Hal.

Fobo llegó a la puerta. Sólo tenía puesta una prenda escarlata. Y Hal no pudo dejar de pensar, por centésima vez, en lo extraño que era el torso de los ozagenios, con aquel pecho sin tetillas y la curiosa construcción de los omoplatos unidos al espinazo ventral.

—Bienvenido, Hal —dijo Fobo en siddonita. Luego habló en americano—: Shalom. ¿Qué feliz acontecimiento te trae aquí? Siéntate. Te ofrecería un trago, pero me quedé sin bebidas.

Hal no pensó que su cara mostrase el desánimo que sentía, pero Fobo seguramente se dio cuenta.

—¿Hay algún problema?

Hal decidió no perder tiempo.

—Sí. ¿Dónde puedo conseguir una botella de licor?

—¿Necesitas alcohol? *Shib*. Saldré contigo. La taberna más próxima es un tugurio; tendrás ocasión de ver de cerca un aspecto de la sociedad siddonita del que sin duda conoces poco.

El wog fue al armario y volvió con una brazada de ropa. Se puso un ancho cinto de cuero alrededor del abultado estómago, y ató a él una vaina con un estoque. Luego se colocó una pistola en el cinto. Sobre los hombros se echó una larga capa verde amarillenta adornada con muchos rizos negros. En la cabeza se puso un casquete verde oscuro con dos antenas artificiales, el símbolo del Clan de la Langosta. En otra época había sido importante para un wog de ese clan usar siempre el casquete fuera de la casa. Ahora el sistema de clanes había degenerado hasta el punto de que ese símbolo representaba una función social menor, aunque su uso político era todavía grande.

—Necesito un trago, una bebida alcohólica —dijo Fobo—. Comprenderás que como empatista profesional encuentro muchos casos que me destrozan los nervios. Soy terapeuta de tantos neuróticos y psicóticos. Tengo que meterme dentro de la piel de ellos, sentir sus emociones como ellos las sienten. Luego, de un tirón, salgo de dentro de su piel y miro objetivamente sus problemas. Usando esto —Fobo se tocó la frente— y esto —se tocó la nariz— me transformo en ellos, luego me transformo en mí mismo, y así, a veces, consigo que se curen.

Hal sabía que cuando Fobo señalaba la nariz se refería a las dos antenas extremadamente sensibles dentro de aquella trompa con forma de proyectil, que detectaba el tipo y el flujo de las emociones de los pacientes. El olor de la transpiración de un wog decía más que la expresión de su cara.

Fobo llevó a Hal por el pasillo hasta la sala grande, y allí le dijo a Abasa a dónde iba, y le frotó cariñosamente la nariz con la suya.

Luego Fobo le entregó a Hal una máscara con la forma de la cara de un wog, y se puso él una también. Hal no le preguntó para qué eran. Sabía que había entre los siddonitas la costumbre de usar máscaras nocturnas. Las máscaras servían por lo menos para una cosa: alejaban los insectos picantes. Fobo le explicó la función social.

—Los siddonitas de clase alta las usamos incluso dentro cuando vamos… ¿cómo se dice en americano?

—¿A sitios de mala vida? —dijo Hal—. ¿Cuando una clase alta va a divertirse a un sitio de clase baja?

—Exactamente —dijo Fobo—. Por lo general yo no me quedo con la máscara puesta cuando voy a un lugar de clase baja, porque allí voy a divertirme con la gente y no a reírme de ella. Pero esta noche, dado que tú eres un… me ruborizo al decirlo, un Sin Nariz… pienso que sería más tranquilizador que no te sacases la máscara.

Después que salieron del edificio, Hal dijo:

—¿Para qué la pistola y la espada?

—Oh, en este sitio no hay mucho peligro, pero más vale andar con cuidado. ¿Recuerdas lo que te dije en las ruinas? Los insectos de mi planeta han evolucionado y se han especializado mucho más que los de tu mundo, según lo que me has contado. ¿Oíste hablar alguna vez de los parásitos y los mímicos que infestan los hormigueros? ¿Los escarabajos que parecen hormigas y que viven del trabajo de las hormigas aprovechando ese parecido? ¿Las hormigas enanas y otras criaturas que viven en las paredes de los hormigueros y devoran los huevos y las hormigas jóvenes?

»En este mundo tenemos cosas análogas, pero que nos devoran a nosotros. Cosas que se ocultan en cloacas o sótanos o árboles huecos o agujeros en el suelo y que, de noche, salen furtivamente a la ciudad. Por eso no dejamos que los niños salgan después de oscurecer. Nuestras calles están bien iluminadas y vigiladas, pero muchas veces las separan zonas de bosque…

Atravesaron un parque, por un sendero que iluminaban unos altos faroles de gas. Siddo estaba todavía en transición entre la electricidad y las formas más antiguas de energía; no era nada raro encontrar una calle iluminada por luz eléctrica y la siguiente por luz de gas. Al salir del parque a una calle ancha, Hal vio otras pruebas de la civilización de Ozagen, la coexistencia de lo viejo y lo nuevo. Coches arrastrados por animales con pezuñas que pertenecían a una rama de la especie de Fobo, y vehículos de ruedas movidos por vapor. Los animales y los coches transitaban por una calle cubierta de una hierba corta y dura que ningún esfuerzo conseguía desgastar.

Y había tanto espacio entre uno y otro edificio que costaba imaginar que uno estaba en una metrópoli. Qué lástima, pensó Hal. Ahora a los wogs les sobraba espacio vital. Pero su creciente población hacía inevitable que los amplios espacios se fuesen llenando de casas y edificios; algún día Ozagen estaría tan atestado de gente como la Tierra.

Hal se corrigió. Atestado sí, pero no de wogglebugs. Si la *Gabriel* llevaba a cabo la función planeada, los nativos serían reemplazados por seres humanos de la Unión Haijac.

Al pensar en eso, Hal sintió angustia. De pronto se le ocurrió —era un pensamiento no realista, naturalmente— que semejante acción sería un tremendo error. ¿Qué derecho tenían seres de otro planeta a llegar allí e, insensiblemente, asesinar a todos los habitantes?

Estaba bien, porque lo había dicho el Precursor.

—Allí está —dijo Fobo, señalando un edificio delante de ellos.

El edificio tenía tres pisos, forma de *zigurat*, y arcos desde los últimos pisos hasta el suelo. Sobre los arcos había escaleras, por las que caminaban los residentes de los pisos superiores. Como muchos otros edificios siddonitas, ése no tenía escaleras internas; los residentes iban directamente desde fuera a sus departamentos. Sin embargo, aunque vieja, la taberna del piso principal tenía un enorme letrero eléctrico sobre la puerta delantera.

—«El Valle Feliz de Duroku» —dijo Fobo, traduciendo los ideogramas.

El bar estaba en el subsuelo. Hal, después de estremecerse un momento ante la bocanada de vapores alcohólicos que subía por la escalera, siguió al wog. En la entrada se detuvo.

El olor fuerte del alcohol se mezclaba con los estridentes compases de una extraña música, y con voces todavía más estridentes. Los wogs se apiñaban en mesas hexagonales, y se inclinaban sobre enormes picheles de peltre para gritarse a la cara. Alguien movió las manos con poca coordinación y tiró un pichel al suelo. Una camarera corrió a limpiar el revoltijo con un trapo. Al inclinarse, un wogglebug de cara verde, muy gordo y jovial, le dio una sonora palmada en las nalgas. Los compañeros de mesa del wog rugieron de risa, separando los gruesos labios, la V dentro de otra V.

La camarera también se rió, y le dijo algo seguramente gracioso al gordo, porque los wogglebugs de las mesas vecinas estallaron en una unánime carcajada.

En un extremo de la sala, sobre una plataforma, una banda de cinco músicos tocaba unas notas ligeras, extrañas. Hal vio tres instrumentos que tenían apariencia terrestre: un arpa, una trompeta y un tambor. El cuarto músico no tocaba ningún instrumento, pero de vez en cuando aguijoneaba con una vara a una criatura del tamaño de un conejo y aspecto de langosta que había en una jaula. Al ser acosado de esa manera, el insecto se frotaba las patas traseras con las alas, y emitía cuatro chirridos, seguidos de un largo chillido que ponía los nervios de punta. El quinto músico bombeaba un fuelle conectado a una bolsa y tres tubos cortos y delgados. De allí salía un débil chillido.

—No pienses que este ruido es típico de nuestra música —gritó Fobo—. Esto no es más que una expresión popular barata. Un día te llevaré a un concierto sinfónico, y entonces oirás lo que es buena música.

El wog llevó al hombre a uno de los reservados con cortina distribuidos a lo largo de las paredes. Se sentaron. Entonces se les acercó una camarera: la transpiración le corría por la frente y le bajaba por la nariz tubular.

—No te quites la máscara hasta que nos traigan las bebidas —dijo Fobo—. Después podremos cerrar las cortinas.

La camarera dijo algo en wog. Fobo lo repitió en americano.

—Cerveza, vino, o jugo de escarabajo. Yo no tocaría las dos primeras cosas. Son para mujeres y niños.

Hal no quería desprestigiarse. Con una valentía que no sentía, dijo:

—La última, por supuesto.

Fobo levantó dos dedos. La camarera volvió rápidamente con dos picheles. El wog inclinó la nariz hacia los vapores y aspiró profundamente. Cerró los ojos, extasiado, alzó el pichel, y bebió un largo trago. Al poner el recipiente de vuelta en la mesa, lanzó un ruidoso eructo y chasqueó los labios.

—¡Es tan bueno cuando sube como cuando baja! —bramó.

Hal sintió náuseas. De niño le habían azotado demasiadas veces

por sus eructos.

—¡Pero Hal! —dijo Fobo—. ¡No bebes!

—*Damif'ino* —le respondió Hal, con voz débil: el equivalente siddonita de «Espero que esto no me haga daño».

Por la garganta le bajó un fuego, como lava por la ladera de un volcán. Y, como un volcán, Hal hizo erupción. Tosió respirando con dificultad, echando licor por la boca; los ojos se le cerraron, y exprimieron unas lágrimas grandes.

—Muy bueno, ¿verdad? —dijo Fobo, con voz calmada.

—Sí, muy bueno —graznó Hal con una garganta aparentemente dañada para siempre.

Aunque había escupido casi todo el líquido, una parte le debía de haber atravesado los intestinos, hasta las piernas, porque sentía allá abajo una marea caliente que iba y venía como atraída por una luna invisible que le giraba alrededor de la cabeza, una luna enorme que se expandía y le rozaba el interior del cráneo.

—Toma otro.

Para el segundo trago se las arregló mejor, por lo menos exteriormente, porque no tosió ni escupió. Pero por dentro no era tan indiferente. El vientre se le retorcía, y estaba seguro de que iba a pasar vergüenza. Después de respirar unas pocas veces pensó que podría conservar el licor dentro. Entonces eructó. La lava le llegó a la garganta antes de que pudiese detenerla.

—Perdón —dijo, ruborizándose.

—¿Por qué? —dijo Fobo.

Hal pensó que ésa era una de las réplicas más divertidas que había escuchado en su vida. Lanzó una ruidosa carcajada y sorbió del pichel. Si pudiera vaciarlo rápidamente y comprar luego una botella para Jeannette, volvería a casa antes de que la noche estuviese totalmente cerrada.

Cuando el licor había retrocedido hasta la mitad del pichel, Hal oyó que Fobo (oscuramente, y desde lejos, como desde el otro extremo de un largo túnel) le preguntaba si le interesaría ver dónde hacían el alcohol.

—*Shib* —dijo Hal.

Se levantó, pero tuvo que apoyar una mano en la mesa para no perder el equilibrio. El wog le dijo que se volviese a poner la

máscara.

—Los terrestres son todavía objeto de curiosidad. No queremos perder toda la noche contestando preguntas. O tomando tragos que no podríamos rechazar.

Caminaron entre el ruidoso gentío hasta una sala posterior. Allí Fobo señaló con un ademán y dijo:

—¡Mira! ¡El *kesaburu*!

Hal miró. Si la marea de alcohol no le hubiera arrebatado algunas de las inhibiciones, habría sentido una abrumadora repugnancia. En ese estado, sintió curiosidad.

La cosa sentada en una silla, a la mesa, podría haber sido confundida a primera vista con un wogglebug. Tenía la pelusa rubia, la cabeza calva, la nariz y la boca con forma de V. También tenía el cuerpo redondo y la enorme panza de algunos ozagenios.

Pero un segundo vistazo, a la potente luz de la desnuda lámpara que brillaba en el techo, mostraba una criatura de cuerpo cubierto por una quitina dura, levemente verdosa. Y, aunque tenía puesta una larga capa, los brazos y las piernas estaban al descubierto. Allí no había piel lisa sino segmentos anulares semisuperpuestos como las piezas de una armadura.

Fobo le habló a la cosa. Yarrow entendió algunas de las palabras; las otras las adivinó.

—Ducko, éste es el señor Yarrow. Saluda al señor Yarrow, Ducko.

Los enormes ojos azules miraron a Hal. No había nada en ellos que los diferenciase de los de un wog, y sin embargo parecían inhumanos, enteramente artrópodos.

—Hola, señor Yarrow —dijo Ducko con voz de loro.

—Dile al señor Yarrow que ésta es una buena noche.

—Es una buena noche, señor Yarrow.

—Dile que Ducko se alegre de verle.

—Ducko se alegra de verle.

—Y de servirle.

—Y de servirle.

—Muéstrale al señor Yarrow cómo fabricas el jugo de escarabajo.

Un wog que estaba junto a la mesa echó una ojeada a su reloj de

pulsera. Dijo algo rápidamente en ozagenio. Fobo tradujo:

—Dice que Ducko comió hace media hora. Debe estar listo para servir. Estas criaturas comen abundantemente cada media hora y luego… ¡mira!

Duroku puso en la mesa un enorme cuenco de barro, y Ducko se inclinó encima, acercando al borde un tubo de dos centímetros de largo que le salía del pecho. Probablemente una abertura traqueal modificada, pensó Hal. Del tubo salió un líquido transparente que llenó el cuenco. Entonces Duroku agarró el cuenco y se lo llevó. Un ozagenio salió de la cocina con un plato colmado de (Hal lo descubrió después) spaghetti muy azucarados, y lo colocó delante de Ducko, que se puso a comer con una cuchara grande.

A esa altura el cerebro de Hal no funcionaba muy bien, pero comenzó a entender lo que pasaba. Miró alrededor, buscando frenéticamente un sitio donde vomitar. Fobo le acercó una bebida debajo de la nariz. Como no se le ocurrió nada mejor, Hal tragó un sorbo. Sorprendentemente, el feroz líquido le compuso el estómago. O le quemó la marea que subía.

—Exactamente —respondió Fobo a la ahogada pregunta de Hal —. Estas criaturas son un magnífico ejemplo de mimetismo parasitario. Aunque casi son insectos, se parecen mucho a nosotros. Viven entre nosotros y se pagan la comida y el alojamiento dándonos su bebida alcohólica suave y barata. ¿Notaste su enorme vientre, *shib*? Es ahí donde fabrica tan rápidamente el alcohol que luego echa afuera con tanta facilidad. Simple y natural, ¿no? Duroku tiene a otros dos trabajando para él, pero hoy es su noche de asueto, y seguramente estarán en alguna taberna de la zona, emborrachándose. Como marineros en un día de licencia…

—¿No podemos comprar una botella e irnos? —estalló Hal—. Me siento mal. Quizá es el aire viciado, o alguna otra cosa.

—Probablemente alguna otra cosa —murmuró Fobo.

Pidió dos botellas a una camarera. Mientras esperaban, vieron entrar a un wog de baja estatura, con máscara y capa azul. El recién llegado se quedó en la puerta, con sus botas negras, apuntando a un lado y a otro con la larga trompa de la máscara, el periscopio de un submarino que busca una presa.

—¡Pornsen! —dijo Hal, con un jadeo—. ¡Veo su uniforme debajo

de la capa!

—*Shib* —respondió Fobo—. El hombro caído y las botas negras también le delatan. ¿A quién pensará que engaña?

Hal miró nerviosamente a su alrededor.

—¡Tengo que salir de aquí!

La camarera regresó con las botellas. Fobo le pagó y le dio una a Hal, que automáticamente la metió en el bolsillo interior de la capa.

El *agpt* les veía desde la puerta, pero seguramente no les reconocía. Yarrow tenía puesta una máscara, y el empatista tenía quizá para Pornsen el aspecto de cualquier otro wog. Metódico como siempre, Pornsen decidió evidentemente hacer una investigación completa. Levantó de pronto el hombro caído y comenzó a separar las cortinas de las mesas a lo largo de las paredes. Cada vez que encontraba a un wog o una wog con la máscara puesta, se la levantaba y miraba qué había detrás.

Fobo rió entre dientes, y dijo en americano:

—No podrá seguir mucho tiempo. ¿Qué pensará que somos los siddonitas? ¿Una manada de ratones?

Lo que Hal había estado esperando que sucediese, sucedió. Un corpulento wog se levantó de pronto, en el momento en que Pornsen le iba a quitar la máscara, y le quitó en cambio la máscara al *agpt*. Sorprendido al ver un rostro no ozagenio, el wog se le quedó mirando un instante. De pronto lanzó un chillido, gritó diciendo algo y golpeó al terrestre en la nariz.

Inmediatamente, aquello se transformó en un manicomio. Pornsen retrocedió, tambaleándose, chocando contra una mesa, que cayó al suelo con los picheles. Dos wogs le saltaron encima. Otro wog golpeó a un cuarto. El cuarto devolvió el golpe. Duroku, llevando un garrote corto, se acercó corriendo y comenzó a aporrear la espalda y las piernas a los clientes que intervenían en la pelea. Alguien le arrojó jugo de escarabajo a la cara.

Y en este momento, Fobo dio vuelta a la llave que dejaba la taberna a oscuras.

Hal estaba aturdido. Una mano le agarró la suya.

—¡Sígueme!

La mano tiró. Hal dio media vuelta, y se dejó llevar a tropezones hacia lo que, pensó, sería la puerta trasera.

A muchos otros se les debió ocurrir lo mismo. Derribaron a Hal y le pisotearon. Le arrancaron la mano de Fobo de la suya. Hal llamó a gritos al wog, pero, si hubo alguna respuesta, fue ahogada por un coro de: «*¡Lárgate! ¡Bájate de mi espalda, estúpido hijo de insecto! ¡Gran Larva, nos hemos amontonado en la puerta!*».

Unos estampidos secos se sumaron al ruido. Hal se sintió sofocado por un hedor pestilente: el gas de las bolsas de la locura que los wogs habían abierto a causa de la tensión nerviosa. Jadeando, Hal se abrió paso hasta la puerta. Unos segundos más tarde sus desesperados movimientos entre cuerpos retorcidos le dieron la libertad. Una vez en la calle, echó a correr lo más rápido que pudo. No sabía a dónde iba. Su único pensamiento era poner la mayor distancia posible entre él y Pornsen.

A los lados pasaban las brillantes lámparas de arco voltaico, en la punta de delgados postes de hierro. Al correr, Hal casi rozaba los edificios con el hombro. No quería salir de las sombras que arrojaban los muchos balcones que sobresalían arriba. Un minuto después, al atravesar un estrecho pasadizo, aflojó el paso. De un vistazo supo que no era un callejón sin salida. Se lanzó entonces por ese pasadizo hasta que llegó junto a una enorme lata cuadrada que por el olor parecía un recipiente de basura. Agachándose detrás, Hal trató de recuperar un poco el aliento. Un rato después sus pulmones volvieron al ritmo normal, y pudo escuchar sin que el corazón le latiese en los oídos.

Aparentemente no le seguía nadie. Esperó un poco, y entonces decidió que no había ningún peligro si se levantaba. Notó el bulto de la botella en el bolsillo interior de la capa. Milagrosamente, no se había roto. Jeannette tendría su licor. ¡Qué historia le iba a contar! Después de todo lo que había pasado por ella, seguramente recibiría una justa recompensa.

Se estremeció al pensar en eso, y se le puso piel de gallina. Echó a andar rápidamente por el pasadizo. No sabía hacia dónde iba, pero llevaba un mapa de la ciudad en el bolsillo. El mapa había sido impreso en la nave, y tenía los nombres de las calles en ozagenio con traducción americana e islandesa debajo. Todo lo que tenía que hacer Hal era leer los letreros de las calles a la luz de las lámparas, orientarse con el mapa y regresar a casa. En cuanto a Pornsen, el

hombre no tenía pruebas reales contra él, y no podría acusarle hasta que las tuviese. La placa de la *lamed* dorada ponía a Hal por encima de cualquier sospecha. Pornsen…

CAPÍTULO DOCE

¡Pornsen! Había apenas murmurado ese nombre cuando se materializó. A su espalda sonaron unos golpes de duros tacos de botas. Hal se volvió. Una figura baja, con capa, se acercaba por el pasadizo. La luz de una lámpara recortó un hombro caído y brilló en unas botas negras de cuero. Pornsen no llevaba la máscara.

—¡Yarrow! —chilló el *agpt*, con voz triunfal—. ¡De nada te servirá que corras! Te vi en la taberna. ¡Ahora no podrás salvarte!

Caminó golpeando con las botas hasta la figura alta y rígida de su pupilo.

—¡Bebiendo! ¡Sé que estabas bebiendo!

—¿Sí? —gruñó Hal—. ¿Y qué más?

—¿No es suficiente? —gritó el *agpt*—. ¿O acaso ocultas algo en el departamento? ¡Quizá sí! ¡Quizá lo tienes lleno de botellas! Vayamos a tu departamento, a ver qué hay. No me sorprendería encontrar toda clase de pruebas sobre tu modo irreal de pensar.

Hal tensó los músculos de la espalda y cerró los puños, pero no dijo nada. Cuando el *agpt* le ordenó que lo siguiese hasta el edificio de Fobo, caminó sin dar señales de resistencia. Como vencedor y vencido, salieron del pasadizo y entraron en una calle. Yarrow, sin embargo, estropeó el cuadro al tambalearse un poco y tener que apoyar la mano en la pared para recuperar el equilibrio.

—*¡Atón* borracho! —dijo Pornsen, con desprecio en la voz—. ¡Me das náuseas!

Hal señaló hacia adelante.

—No soy el único enfermo. Mira ese tipo.

Hal no estaba realmente interesado, pero tenía la disparatada esperanza de que cualquier cosa que dijese o hiciese, aunque fuera trivial, retrasaría ese momento final y fatal, la llegada al

departamento. Señaló a un corpulento (y evidentemente intoxicado) wogglebug que se abrazaba a un poste del alumbrado para no caerse sobre la nariz con forma de aguja. El cuadro podría corresponder perfectamente al de un borracho del siglo diecinueve o veinte, con chistera, capa, y farol de calle. De vez en cuando la criatura gemía, como si se sintiese muy mal.

—¿No deberíamos ver si está herido? —dijo Hal.

Tenía que decir algo, cualquier cosa, para demorar a Pornsen. Antes de que el *agpt* pudiese protestar, Hal se acercó al wog. Le puso la mano en el brazo libre (el otro rodeaba el farol) y le habló en siddonita.

—¿Necesita ayuda?

El enorme wog tenía aspecto de haber estado también en alguna pelea. La capa, además de una rasgadura en la espalda, tenía manchas secas de sangre verde. Apartó la cara, para que el terrestre no oyese lo que estaba murmurando.

Pornsen le tiró del brazo.

—Vamos, Hal. Ya se las arreglará. ¡Un wog enfermo! ¿Qué importancia tiene?

—*Shib* —dijo Hal con voz apagada. Dejó caer el brazo y echó a andar otra vez. Pornsen, que iba detrás, dio un paso… y chocó contra Hal. Hal se había detenido.

—¿Por qué te detienes?

De pronto, la voz del *agpt* se había vuelto aprensiva.

Y luego se convirtió en un grito agónico.

Hal giró rápidamente… y el horrible presentimiento que le había obligado a detenerse se confirmó. Al poner la mano en el brazo del wog, no había sentido piel tibia sino quitina dura y fría. Tardó unos segundos en darse cuenta del significado que eso encerraba. Entonces comprendió, y recordó la conversación que había tenido con Fobo camino de la taberna, y por qué Fobo llevaba una espada.

El *agpt* se apretaba los ojos con ambas manos y gritaba. La cosa corpulenta que había estado apoyada en el farol avanzaba hacia Hal. El cuerpo de esa cosa parecía crecer con cada paso que daba. Una bolsa que tenía en el pecho se hinchó hasta transformarse en un palpitante globo gris, y se desinfló con un silbido. La horrenda cara de insecto con los dos brazos atrofiados que se movían a los

lados de la boca, y más abajo la trompa en forma de embudo, apuntaban directamente a Hal. Esa trompa era lo que Hal había confundido con la nariz de un wog. En realidad, la cosa debía respirar por tráqueas y dos hendiduras debajo de los enormes ojos. Normalmente, el aliento debía producir un silbido al pasar por esas hendiduras, pero el bicho seguramente se esforzaba por no hacer ruido, para no poner en guardia a las víctimas.

Asustado, Hal lanzó un grito. Al mismo tiempo agarró la capa y la levantó, echándosela por delante de la cara. La máscara quizá podría salvarlo, pero no quería arriesgarse.

Algo le quemó el dorso de la mano. Gimió de dolor, pero saltó hacia adelante. Antes de que la cosa pudiese aspirar aire para hinchar otra vez la boca y expeler el ácido por el embudo, Hal estrelló su cabeza contra la panza.

La cosa dijo «¡Uf!», y cayó hacia atrás; quedó boca arriba en el suelo, moviendo patas y brazos como un gigantesco insecto venenoso que era. Después de la primera sorpresa, el bicho rodó sobre su cuerpo, tratando de levantarse, y entonces Hal lo pateó con fuerza. La bota de cuero penetró con un crujido en la delgada quitina.

La bota retrocedió y detrás salió una sangre oscura a la luz del farol; Hal pateó otra vez en la herida. La cosa gritó e intentó arrastrarse sobre las cuatro patas. El terrestre le saltó encima y la derribó en el pavimento. Le puso el tacón de la bota sobre el delgado pescuezo, y empujó con toda la fuerza de la pierna. El pescuezo crujió, y la cosa dejó de moverse. La mandíbula inferior se abrió, mostrando dos hileras de pequeños dientes-agujas. Los brazos rudimentarios de la boca se sacudieron débilmente un rato, y luego colgaron inertes.

Hal jadeaba, y el pecho le subía y le bajaba. No podía aspirar aire suficiente. Los intestinos le palpitaban y amenazaban con salírsele por la boca. Eso hicieron, y Hal se inclinó sacudido por las arcadas.

De pronto se sintió sobrio. Pornsen había dejado de gritar. Estaba tendido de lado, acurrucado en la cuneta. Hal le dio la vuelta, y lo que vio le hizo estremecerse. Los ojos del *agpt* estaban parcialmente quemados, y los labios cubiertos de enormes ampollas

grises. La lengua, que asomaba entre los dientes, estaba hinchada. Evidentemente, Pornsen había tragado parte del veneno.

Hal se incorporó y echó a andar. Alguna patrulla wog encontraría el cuerpo del *agpt* y lo entregaría a los terrestres. Que la jerarquía imaginase lo que había sucedido. Pornsen estaba muerto, y ahora que lo estaba Yarrow admitió para sus adentros lo que nunca antes se había permitido admitir. Había odiado a Pornsen. Y se alegraba de que estuviese muerto. Si Pornsen había sufrido horriblemente, ¿qué importaba? El dolor del *agpt* había sido breve; en cambio, el dolor y los tormentos que el *agpt* le había causado a Hal habían durado casi treinta años.

Un ruido detrás de Hal le obligó a volverse.

—¿Fobo? —gritó.

Hubo un quejido, seguido de unas palabras penosamente articuladas.

—¿Pornsen? No puedes estar… estás… muerto.

Pero Pornsen estaba vivo. Se había levantado, tambaleándose.

Extendió los brazos hacia adelante, para guiarse con las manos, y dio unos pocos pasos exploratorios.

Durante un instante, Hal sintió tanto pánico que estuvo a punto de salir corriendo. Pero se obligó a no moverse y pensar racionalmente.

Si los wogs encontraban a Pornsen le llevarían a los médicos de la *Gabriel*. Y los médicos le darían ojos nuevos del banco de órganos, y le inyectarían regeneradores. En dos semanas la lengua de Pornsen habría crecido. Y Pornsen hablaría. ¡Precursor, cómo hablaría!

¿Dos semanas? ¡Ya! No había nada que le impidiese a Pornsen escribir.

Pornsen emitió un quejido de dolor físico; Hal, uno de dolor mental.

Había una única salida.

Hal se acercó a Pornsen y le agarró una mano. El *agpt* retrocedió y dijo algo ininteligible.

—Soy Hal —dijo Yarrow.

Con la mano libre, Pornsen sacó del bolsillo una libreta y una pluma. Hal le soltó la otra mano. Pornsen escribió algo y luego le

entregó la libreta a Hal.

La luna alumbraba con fuerza, y no había dificultades para leer. Las letras eran unos garabatos, pero Pornsen, a pesar de estar ciego, escribía legiblemente.

> *Llévame a la* Gabriel*, hijo. Juro por el Precursor que no le diré a nadie lo del licor. Te estaré eternamente agradecido. Pero no me dejes aquí sufriendo a merced de los monstruos. Te quiero.*

Hal palmeó a Pornsen en el hombro y dijo:

—Agárrame la mano. Te guiaré.

En ese momento, Hal oyó unas voces en la calle. Se acercaba un grupo de ruidosos wogs.

Llevó a Pornsen a tropezones hasta un parque cercano, guiándole entre árboles y matorrales. Tras caminar cien metros, llegaron a un sitio donde los árboles se espesaban. Hal se detuvo. Del centro del bosquecillo llegaban unos ruidos extraños: chasquidos y silbidos.

Escudándose detrás de un árbol, Hal asomó la cabeza y vio el origen del ruido. La luna brillante iluminaba el cadáver de un wog o, más bien, lo que quedaba del cadáver. En la parte superior no había carne. Alrededor se movían muchos insectos blanco-plateados, parecidos a hormigas pero de unos treinta centímetros de alto. Los chasquidos salían de las mandíbulas que destrozaban el cadáver. Los silbidos, de las bolsas de aire que tenían en la cabeza, al respirar.

Hal había pensado que estaba oculto, pero debieron de detectarle. De pronto los insectos desaparecieron entre las sombras de los árboles, en el otro extremo del bosquecillo.

Yarrow titubeó, y luego decidió que eran carroñeros y que no molestarían a una persona sana. Quizá aquel wog era un borracho que se había quedado dormido y las hormigas lo habían matado.

Llevando a Pornsen de la mano, se acercó al cadáver y lo examinó. Hasta ese momento los hombres de la *Gabriel* no habían tenido oportunidad de inspeccionar la anatomía interna de los wogs. Los cadáveres que habían pedido a las autoridades ozagenias les habían sido negados, sin una razón específica que justificase esa

negativa; simplemente, les habían dicho que no podían entregar cadáveres. Habían dado en cambio muestras de sangre wog a los biólogos humanos. Como era eso lo que querían, los terrestres no hicieron ningún peligroso intento de robar cadáveres.

Hal se inclinó con curiosidad sobre el semiesqueleto, porque ésa era la primera oportunidad que tenía de inspeccionar la estructura ósea de los indígenas. La espina dorsal del wog estaba situada en la parte delantera del torso. Nacía en unas caderas de forma no humana, y describía una curva que era la imagen reflejada de la columna vertebral de un hombre. Sin embargo, los intestinos estaban en dos bolsas, una a cada lado de la columna, delante de las caderas. Formaban en el centro un estómago con una concavidad. El estómago de un wog vivo ocultaba la depresión, porque la piel estaba tirante encima.

Esa construcción interna no era sorprendente en un ser que descendía de antepasados similares a los de los insectos. Cientos de millones de años atrás, los antepasados de los wogs habían sido preartrópodos vermiformes no especializados. Pero la evolución se había propuesto hacer del gusano un ser inteligente, y comprendiendo las limitaciones de los verdaderos artrópodos, la evolución había separado de los artrópodos a los antecesores remotos de los wogs. Cuando los crustáceos, los arácnidos y los insectos formaron dermatoesqueletos y muchas patas, el Bisabuelo Wog no los acompañó. Se negó a endurecer su delicada piel-cutícula y transformarla en quitina. Construyó en cambio un esqueleto dentro de la carne. Pero su sistema nervioso era todavía ventral, y nunca pudo realizar la proeza de pasar los nervios y la espina dorsal de delante para atrás. Formó por lo tanto la espina dorsal donde tenía que estar, y el resto del esqueleto acompañó esa distribución. Los órganos internos de un wog eran inequívocamente diferentes de los de un mamífero. Pero aunque la forma era diferente, la función era similar.

Hal hubiera querido investigar más en el cadáver, pero tenía que hacer un trabajo.

Un trabajo que odiaba.

Pornsen escribió algo en la libreta y se la entregó a Hal.

Hijo, sufro terriblemente. Por favor, no vaciles en llevarme a la nave. No te traicionaré. ¿Alguna vez falté a algo que te haya prometido? Te quiero.

«Lo único que me has prometido hasta ahora ha sido azotarme», pensó Hal.

Miró las sombras entre los árboles. Los cuerpos pálidos de las hormigas parecían un bosque de hongos. Esperando a que él se marchara de allí.

Pornsen dijo algo entre dientes y se sentó en la hierba. La cabeza se le inclinó sobre el pecho.

—¿Por qué tendré que hacer esto? —murmuró Hal.

«No tengo que hacerlo», pensó. «Jeannette y yo podríamos ponernos en manos de los wogs. Tendríamos que recurrir a Fobo. Los wogs podrían ocultamos. Pero ¿estarán dispuestos a hacerlo? Si estuviera seguro… Pero no lo estoy. Pueden entregamos a los uzzitas».

—Es inútil prolongar esto —murmuró Hal. Luego lanzó un quejido y dijo—: ¿Por qué tengo que hacerlo? ¿Por qué no se habrá muerto hace un rato?

Hal sacó un largo cuchillo de la vaina de la bota.

En ese momento Pornsen alzó la cabeza y miró hacia arriba con ojos cubiertos de cicatrices. Buscó a Hal con la mano. En los labios quemados tomó forma la horrible caricatura de una sonrisa.

Hal levantó el cuchillo hasta que la punta estuvo a unos quince centímetros de la garganta de Pornsen.

—¡Jeannette, hago esto por ti! —dijo Hal en voz alta.

Pero la punta del cuchillo no se movió, y después de unos pocos segundos bajó apartándose de la garganta.

—No puedo hacerlo —dijo Hal—. No puedo.

Sin embargo, debía hacer algo, algo que le impidiese a Pornsen denunciarle o que les apartase a él y a Jeannette de la escena del peligro.

Además, tenía que conseguir atención médica para Pornsen. Los sufrimientos del hombre le enfermaban y le hacían retorcerse de empatía. Si hubiera podido matar a Pornsen, habría puesto fin a ese sufrimiento. Pero no podía hacerlo.

Pornsen, musitando con labios abrasados, caminó unos pocos pasos, los brazos extendidos hacia adelante a la altura del pecho, girando para buscar a Hal. Hal se hizo a un lado. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza, furiosamente. Había una única salida: buscar a Jeannette y huir. Descartó su primera idea de conseguir que un wog llevase a Pornsen a la nave; todavía tendría que sufrir un rato aquella agonía. Hal necesitaba hasta el último segundo de tiempo, y cualquier intento de aliviar rápidamente el dolor del *agpt* sería una traición a Jeannette, y a sí mismo.

Pornsen había estado caminando despacio hacia adelante, explorando el aire con las manos, arrastrando los pies en la hierba para no tropezar con ningún obstáculo. Un pie tocó los huesos del nativo. Pornsen se detuvo y se agachó para palpar. Al cerrar las manos sobre las costillas y la pelvis quedó petrificado. Durante algunos segundos no se movió, luego comenzó a palpar, midiendo el tamaño del esqueleto. Sus dedos tocaron el cráneo, se movieron alrededor, notando los trozos de carne adheridos.

De pronto, aterrorizado, comprendiendo tal vez que lo que había quitado la carne al wog podía andar cerca y que él estaba desvalido, Pornsen se levantó y echó a correr precipitadamente por el claro, lanzando un grito ahogado. Pero ese agudo alarido concluyó abruptamente, al chocar contra el tronco de un árbol y caer boca arriba.

Antes de que pudiese levantarse, fue abrumado por una sibilante y chasqueante horda de cuerpos blancos como hongos.

Hal no se dio cuenta de que no pensaba racionalmente. Lanzó un grito y corrió hacia las hormigas. Al llegar al centro del claro vio cómo desaparecían en las sombras, aunque sin ir demasiado lejos, pues todavía discernía sus bultos entre los árboles.

Al llegar junto a Pornsen, Hal se apoyó sobre una rodilla y le examinó.

En esos pocos instantes la ropa del *agpt* había sido destrozada, transformada en jirones, y la carne había sido mordida en muchos sitios.

Los ojos del hombre miraban directamente hacia arriba; le habían seccionado la vena yugular.

Hal, lanzando un gemido, se puso en pie y salió rápidamente del

bosquecillo. A sus espaldas hubo susurros y silbidos: las hormigas que emergían de la protección de los árboles. Hal no miró hacia atrás.

Y cuando se detuvo bajo la luz del farol, la presión que sentía dentro encontró salida. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Los sollozos sacudieron sus hombros. Se tambaleó como un borracho. Sintió como si le estuvieran rasgando las entrañas.

No sabía si era pesar o si era odio lo que por fin encontraba expresión, porque la causa de su odio ya no podía vengarse. Tal vez era una mezcla de las dos cosas. Fuera lo que fuese, lo estaba expulsando del cuerpo como un veneno. Pero al mismo tiempo, ese veneno le quemaba vivo.

Aunque se sentía al borde de la muerte, cuando llegó a casa ya no le quedaba en el cuerpo una sola gota del veneno. La fatiga le pesaba en los brazos y en las piernas, y apenas encontró fuerzas para subir las escaleras hasta la puerta del edificio.

Al mismo tiempo sentía el corazón liviano, latiendo sin estorbos, como si acabara de abrirse la mano que lo apretaba.

CAPÍTULO TRECE

Un fantasma alto, envuelto en una mortaja de color azul claro, esperaba al terrestre en la falsa aurora. Era Fobo el empatista, de pie en el arco hexagonal de la entrada del edificio. Fobo se echó hacia atrás la capucha y mostró una cara con un arañazo en una mejilla y un círculo negro alrededor del ojo derecho.

—Algún hijo de insecto me quitó la máscara y me golpeó con ganas —dijo, riendo entre dientes—. Pero fue divertido. De vez en cuando es bueno descargar así un poco de vapor. ¿A ti cómo te fue? Tuve miedo de que te encontrase la policía. Normalmente eso no me preocuparía, pero sé que tus colegas de la nave mirarían con malos ojos ese tipo de actividades.

Hal sonrió débilmente.

—Que las mirasen con malos ojos no sería nada.

Se preguntó cómo había hecho Fobo para saber cuáles serían las reacciones de la jerarquía. ¿Cuánto sabrían esos wogs acerca de los terrestres? ¿Estarían al corriente de lo que pasaba, esperando el momento propicio para lanzar un zarpazo? Pero ¿con qué? La tecnología ozagenia, hasta donde era posible determinarlo, estaba muy atrasada si se la comparaba con la tecnología terrestre. Era cierto que parecían saber más de las funciones psíquicas que los terrestres, lo que era comprensible. El Iglestado había decretado hacía mucho tiempo que la psicología ya había sido perfeccionada y que era innecesario continuar investigando, lo que produjo un estancamiento en las ciencias psíquicas.

Hal se encogió mentalmente de hombros. Estaba demasiado cansado para pensar en esas cosas. Todo lo que quería era acostarse.

—Luego te contaré qué pasó —dijo.

—Me lo imagino —respondió Fobo—. Tu mano. Convendría que

me dejases tratar esa quemadura. El veneno de los nocturnos es desagradable.

Como un niño, Hal siguió a Fobo hasta el departamento del wog y dejó que le pusiese en la herida un ungüento refrescante.

—*Shib* —dijo Fobo—. Vete a la cama. Mañana me contarás todo.

Hal le dio las gracias y bajó a su piso. Buscó la cerradura a tientas. Finalmente, después de usar el nombre de Sigmen en vano, introdujo la llave. Cerró la puerta, y luego llamó a Jeannette. La muchacha debía de estar escondida en el armario-dentro-del-armario, porque se oyeron dos portazos. Un instante después Jeannette corría hacia él, y le rodeaba con los brazos.

—¡Oh, *mo she*! ¿Qué ha pasado? Estaba tan preocupada… Pensé que me iba a poner a llorar cuando vi que la noche pasaba y tú no volvías.

Lamentaba haberle causado dolor, pero al mismo tiempo sentía un cierto placer al comprobar que ella se preocupaba por él. Mary quizá hubiese sentido compasión, pero se habría visto moralmente obligada a reprimirse y a darle a Hal un sermón acerca de su pensar irreal, y de los males que eso le acarrearía.

—Hubo una pelea —dijo Hal.

Había decidido no decir nada del *agpt* ni del nocturno. Luego, cuando pasase la tensión, ya hablaría de todo eso.

Jeannette le sacó la capa, la capucha y la máscara, y las colgó en el armario del vestíbulo. Hal se hundió en una silla, y cerró los ojos.

Un momento después los abrió al oír el sonido de un líquido que caía en un vaso. La muchacha estaba delante de él, y llenaba con la botella un enorme vaso. El olor del jugo de escarabajo comenzó a marearle el estómago, y la imagen de una muchacha hermosa a punto de beberse aquella pócima nauseabunda se lo revolvió por completo.

Jeannette le miró. Los delicados paréntesis de sus cejas se alzaron.

—¿*Kyetil*?

—¡Nada, no es nada! —gimió Hal—. Estoy bien.

Jeannette puso el vaso en la mesa, le tomó la mano a Hal y le llevó al dormitorio. Allí, suavemente, le hizo sentarse, y luego le quitó los zapatos. Hal no se resistió. Después de desabrocharle la

camisa, Jeannette le acarició el pelo.

—¿De veras que estás bien?

—*Shib*. Podría vencer al mundo con una mano atada a la espalda.

—Muy bien.

La muchacha se levantó, haciendo crujir la cama, y salió del dormitorio.

El sueño se apoderó de Hal, pero el regreso de Jeannette le despertó. Volvió a abrir los ojos. La muchacha estaba allí de pie, con un vaso en la mano.

—¿Quieres tomar un trago ahora, Hal? —preguntó.

—Gran Sigmen, muchacha, ¿no entiendes? —ladró Hal. Despabilado por la furia, se sentó en la cama—. ¿Por qué crees que me sentí mal? ¡No soporto esa porquería! No soporto ver cómo la tomas. Me enferma. Me enfermas. ¿Qué te pasa? ¿Eres estúpida?

Los ojos de Jeannette se dilataron. La sangre desapareció de su cara; luego quedó allí el pigmento de los labios, una luna carmesí en un lago blanco. La mano le tembló, derramando el licor.

—Pero… pero… —jadeó—, pensé que habías dicho que te sentías bien. Pensé que estabas bien. Pensé que te querías acostar conmigo.

Yarrow lanzó un gemido. Cerró los ojos y volvió a tenderse boca arriba. Era inútil usar el sarcasmo con ella, porque todo lo tomaba literalmente. Tendría que reeducarla. Si no estuviera tan cansado, se habría escandalizado ante la franca proposición de Jeannette, tan parecida a la de la Mujer Escarlata en el *Talmud de Occidente*, cuando había tratado de seducir al Precursor.

Pero ya nada podía escandalizar a Hal. Además, una voz en el límite de la conciencia le decía que la muchacha no había hecho otra cosa que traducir a palabras rigurosas e irreversibles lo que él mismo había planeado secretamente todo ese tiempo. ¡Pero al ser pronunciadas…!

El estrépito de vidrios rotos le destrozó los pensamientos. Hal se incorporó de un salto. Jeannette estaba allí de pie, el rostro torcido, la boca roja y hermosa temblando, los ojos llenos de lágrimas. Tenía la mano vacía. Una mancha grande y húmeda en la pared, goteando todavía, mostraba lo que había pasado con el vaso.

—¡Pensé que me amabas! —gritó la muchacha.

Sin saber qué decirle, Hal la miró. Jeannette dio media vuelta y salió del dormitorio. Hal oyó que caminaba hasta el vestíbulo y se echaba a llorar en voz alta. Incapaz de soportar ese llanto, Hal saltó de la cama y fue rápidamente junto a ella. Le habían dicho que esas habitaciones eran a prueba de sonidos, pero uno nunca podía estar seguro. ¿Qué pasaría si alguien les escuchaba?

Al entrar en el vestíbulo vio que Jeannette tenía aspecto de abatimiento. Durante un rato Hal no dijo nada; quería hablar, pero no se le ocurría nada, porque hasta ese momento nunca se había visto obligado a resolver un problema parecido. Las mujeres de la Unión Haijac no lloraban a menudo, y si lo hacían era a solas, en la intimidad.

Se sentó al lado de la muchacha y le puso la mano en el suave hombro.

—Jeannette.

La muchacha se volvió rápidamente y apoyó el pelo oscuro en el pecho de Hal.

—Pensé que quizá no me amabas —dijo, entre sollozos—. Y no lo pude soportar, después de todo lo que he pasado.

—Escúchame, Jeannette, yo no… quiero decir que… que yo no…

Se interrumpió. En ningún momento había tenido intención de decirle que la amaba. Nunca había dicho eso a una mujer, ni se lo había dicho a él ninguna mujer. Y de pronto, aparecía esta muchacha en un planeta distante, una muchacha apenas semihumana, dando por supuesto que él le pertenecía, en cuerpo y alma.

Hal comenzó a hablar con voz dulce. Las palabras le acudían fácilmente, porque citaba la Clase de Moral
AT-16
:

—«… todos los seres con el corazón bien puesto son hermanos… El hombre y la mujer son hermano y hermana… El amor en todas partes… pero el amor… debería ser colocado en un plano más elevado… El hombre y la mujer deberían repudiar legítimamente el acto bestial como algo que el Espíritu Supremo, el Observador

Cósmico, no ha eliminado todavía del desarrollo evolutivo del hombre… El tiempo vendrá en que los niños serán creados de otra manera. Mientras tanto, debemos reconocer al sexo como algo anticuado, y necesario por una sola razón: los hijos…».

¡*Zas*! Sintió un campanilleo en la cabeza, y vio unos puntitos luminosos que giraban, perdiéndose en la oscuridad delante de sus ojos.

Tardó un rato en darse cuenta de que Jeannette se había puesto de pie y le había abofeteado duramente con la palma de la mano. La vio allí encima, los ojos entrecerrados, la boca abierta mostrando los dientes en un gesto de desafío.

De pronto la muchacha dio media vuelta y corrió al dormitorio. Hal se levantó y fue detrás de ella. Jeannette estaba tendida en la cama, sollozando.

—Jeannette, no comprendes.

—¡*Fva tu fve fv*…!

Al entender esas palabras, Hal se sonrojó. Luego se enfureció. La agarró por un hombro y la hizo girar, poniéndola de cara a él.

—Pero te amo, Jeannette —se encontró diciendo.

La voz le sonó extraña. El concepto del amor, como lo entendía la muchacha, era para él desconocido… rudo tal vez. Sí, ésa era la palabra. Tendría que pulirlo. Pero podría hacerlo, estaba seguro. En sus brazos había un ser cuya naturaleza, instinto y educación apuntaban hacia el amor.

Unas horas antes, esa misma noche, había tenido la sensación de que se había librado de todas las penas, pero ahora, al olvidarse de su decisión de no contarle a Jeannette lo ocurrido, y al relatar paso a paso la noche larga y terrible, las lágrimas le corrieron por la cara. Treinta años cavan un pozo profundo; tardó mucho tiempo en sacar fuera todo el llanto.

Jeannette también lloró, y le pidió disculpas por haberse enojado con él. Le prometió que no lo haría nunca más. Hal dijo que estaba bien. Se besaron muchas veces hasta que, como dos niños que han vencido la frustración y la furia intercambiando cariño y lágrimas, se quedaron dulcemente dormidos.

CAPÍTULO CATORCE

A las 0900, hora de la nave, Yarrow entró en la *Gabriel*, sintiendo en la nariz el aroma del rocío de la mañana. Como tenía un poco de tiempo antes de la conferencia, buscó a Turnboy, el *atón* historiador. En tono casual le preguntó si sabía algo acerca de una emigración espacial de franceses después de la Guerra Apocalíptica. «Sí», dijo Turnboy, encantado de mostrar sus conocimientos, los sobrevivientes de la nación gala se habían reunido en la región del Loire después de la Guerra Apocalíptica, y formado el núcleo de lo que podría haber sido una nueva Francia.

Pero las colonias de islandeses establecidas en el norte de Francia, y las de israelíes en el sur, crecían con rapidez, y rodearon el Loire. La Nueva Francia se vio oprimida económica y religiosamente. Los discípulos de Sigmen invadieron el territorio católico con oleadas de misioneros. Las tarifas aduaneras estrangulaban el comercio del pequeño estado. Finalmente, un grupo de franceses, viendo que la conquista o la absorción de su estado, religión y lengua era inevitable, habían salido de la Tierra en seis naves espaciales, en busca de otra Galia que girase alrededor de alguna estrella distante. Nadie sabía dónde habían aterrizado.

Hal le dio las gracias a Turnboy y caminó hasta la sala de conferencias, saludando a muchos tripulantes. La mitad de ellos, lo mismo que Hal, tenían leves rasgos mongólicos. Eran los descendientes de habla inglesa de los hawaianos y australianos sobrevivientes de la guerra que había diezmado a Francia. Sus antepasados habían repoblado Australia, las Américas, el Japón y la China.

Casi la mitad de la tripulación hablaba islandés. Descendía de aquellos hombres que, saliendo de la lúgubre isla, habían navegado

desparramándose por Europa septentrional, Siberia y Manchuria.

Aproximadamente una decimosexta parte de la tripulación tenía el georgiano como lengua nativa. Los padres de esos tripulantes habían bajado de las Montañas del Cáucaso, colonizando las despobladas llanuras de Rusia meridional, Bulgaria, Irán septentrional y Afganistán.

La conferencia fue memorable. Primero, Hal, que ocupaba el vigésimo lugar a la izquierda del Archiurielita, fue trasladado al sexto a su derecha. La diferencia estaba en la *lamed* que llevaba en el pecho. Segundo, hubo pocas dificultades con la muerte de Pornsen. El *agpt* fue considerado como una baja de guerra. Todos los participantes fueron advertidos acerca de los nocturnos y las otras cosas que merodeaban en Siddo después que oscurecía. Nadie sugirió, sin embargo, suspender el espionaje nocturno.

Macneff le ordenó a Hal que, como hijo espiritual del *agpt* muerto, preparase los detalles del funeral para el día siguiente. Luego desenrolló un enorme mapa que había en la pared. Ese mapa era la representación de la Tierra que sería entregada a los wogs.

Era un buen ejemplo del pensamiento sutil y maquiavélico de los haijacs. Los dos hemisferios de la Tierra aparecían en el mapa con las fronteras políticas delimitadas por colores. Todo era correcto en cuanto a los estados bantúes y malayos. Pero las posiciones de las naciones de Israel y la Unión Haijac habían sido invertidas. La leyenda al pie del mapa indicaba que el verde era el color de los estados del Precursor y el amarillo el de los estados hebreos. La zona verde, sin embargo, era un anillo que rodeaba el Mediterráneo, y una ancha franja que cubría Arabia, la mitad meridional de Asia Menor y el norte de la India.

En otras palabras, si por una inconcebible casualidad los ozagenios conseguían capturar la *Gabriel* y construir otras naves sirviéndose de ella como modelo, y usaban los datos de navegación que había a bordo para llegar al Sol, aún así atacarían a otro país. Era evidente que no se molestarían en ponerse en contacto personal con la gente de la Tierra, pues preferirían usar el elemento sorpresa. Así, los israelíes serían bombardeados sin tener oportunidad de dar explicaciones. Y la Unión Haijac, alertada, lanzaría su flota espacial contra los invasores.

—Sin embargo —dijo Macneff—, no creo que el seudofuturo que acabo de sugerir pueda convertirse nunca en realidad. No a menos que el Regresor sea más fuerte de lo que pienso. Claro que también podríamos considerar este camino como la mejor solución. ¿Puede haber algo mejor para el futuro que el exterminio de nuestros enemigos israelíes a manos de estos no humanos?

»Pero, como todos sabemos, la nave está bien protegida contra cualquier tentativa de ataque, abierto o disimulado. El radar y los detectores infrarrojos funcionan todo el tiempo. Nuestras armas están preparadas. Los wogs son inferiores en tecnología; no disponen de nada que nosotros no podamos aplastar.

»Y aunque el Regresor les inspirase una astucia inhumana, y entrasen en la nave, igual fracasarían. Suponiendo que los wogs llegasen a un punto determinado de la *Gabriel*, uno de los dos oficiales permanentemente de guardia en el puente, apretaría un botón, destruyendo todos los datos de navegación registrados en los bancos de memoria; los wogs no podrán encontrar nunca el Sol.

»Y si los wogs, Sigmen no lo permita, consiguiesen llegar al puente, el oficial que está allí de guardia apretará otro botón.

Macneff hizo una pausa y miró a los hombres sentados alrededor de la mesa de conferencias. La mayoría estaban pálidos, porque sabían lo que iba a decir.

—Una bomba H destruirá por completo esta nave. Aniquilará también la ciudad de Siddo. Y, lo que es más importante, hará estallar diez bombas de cobalto. Las radiaciones destruirán casi toda la vida en Ozagen; por lo menos desaparecerá toda forma de vida inteligente. Así, cuando llegue la próxima expedición, no encontrará resistencia, y nos cubriremos de honor para siempre a los ojos del Precursor y el Iglestado.

»Naturalmente, todos preferimos que eso no suceda. No sólo por razones personales sino porque tendrían que pasar siglos, quizá un milenio, antes de que la vegetación volviese a cubrir Ozagen, antes de que fuese posible colonizarlo.

»Sin embargo, quiero que tengáis en cuenta este potencial acontecimiento. Y ojalá pudiese advertir a los siddonitas, para que no se atrevan a atacar. Aunque esa advertencia echaría a perder nuestras actuales buenas relaciones con ellos, y quizá tendríamos

que lanzar el Plan Ozagenocidio antes de estar preparados.

Después de la conferencia, Hal dio instrucciones para los funerales de Pornsen. Otras obligaciones le retuvieron hasta la noche, cuando pudo volver a casa.

Al cerrar la puerta a sus espaldas, Hal oyó el ruido de la ducha. Colgó la chaqueta en el armario; el agua dejó de salpicar. Mientras caminaba hacia la puerta del dormitorio, Jeannette salió del baño. Se secaba el pelo con una enorme toalla, y estaba desnuda.

—*Bo yu,* Hal —dijo, y entró en el dormitorio con total inocencia.

Hal le respondió con un murmullo. Dio media vuelta y regresó al vestíbulo. Se sentía tonto a causa de su timidez, y al mismo tiempo un poco malvado e irreal, por aquellos latidos acelerados, la respiración agitada, los dedos líquidos y ardientes que le apretaban la ingle, provocándole una mezcla de dolor y placer.

Jeannette salió del dormitorio vestida con una túnica verde que él le había comprado y que ella había cortado y vuelto a coser, adaptándola a su figura. El pelo negro y abundante lo llevaba peinado sobre la cabeza, en un moño alto. Besó a Hal y le preguntó si quería ir con ella a la cocina mientras preparaba la comida. Hal dijo que sí.

La muchacha comenzó a hacer una especie de spaghetti. Hal le pidió que le contase de su vida. Después que Jeannette se ponía a hablar, era capaz de seguir indefinidamente.

—… y así el pueblo de mi padre encontró un planeta como la Tierra y se estableció en él. Era un planeta hermoso; por eso le pusieron *Wubopfaí*, el país hermoso.

»Según mi padre hay unos treinta millones de habitantes en un solo continente. A mi padre no le gustaba vivir la vida que llevaban sus abuelos… arar la tierra, atender un negocio, criar muchos hijos. Entonces él y otros jóvenes que tenían las mismas ideas tomaron la única nave espacial que quedaba de las seis que habían llegado a ese mundo, y salieron hacia las estrellas. Llegaron a Ozagen. Y tuvieron un accidente. No es extraño, tratándose de una nave tan vieja.

—¿Una de esas máquinas antiguas a propulsión iónica? ¿Existen todavía los restos de la nave?

—*Fi.* Cerca de donde viven mis hermanas y tías y primas.

—¿Tu madre está muerta?

Jeannette vaciló, y luego movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Murió al traerme a mí al mundo. A mí y a mis hermanas. Mi padre murió después. O por lo menos eso es lo que creemos. Un día salió a cazar y no volvió más.

Hal arrugó el entrecejo y dijo:

—Me contaste que tu madre y tus tías eran los últimos seres humanos nativos de Ozagen. Y también me dijiste una vez que Rastignac fue el único terrestre que salió con vida del accidente. Fue el marido de tu madre, naturalmente… y por muy increíble que parezca, su unión, la de un terrestre y una extraterrestre, fue fértil. Eso sólo, asombraría por completo a mis colegas. Es del todo contrario a la ciencia aceptada que la química orgánica y los cromosomas de los dos hayan podido combinarse. Pero… a donde quiero llegar es a que la hermana de tu madre tuvo hijos también. Si el último ozagenio humano macho murió años antes de que la nave de Rastignac se estrellase en este mundo, ¿quién fue el padre de ellos?

—Mi padre, Jean Rastignac. Era el marido de mi madre y mis tres tías. Todas decían que era un amante maravilloso, muy experimentado, muy viril.

—Oh —dijo Hal.

Miró a Jeannette en silencio hasta que ella terminó de preparar los spaghetti y la ensalada. Cuando terminó, ya se había repuesto en parte de la sorpresa. Después de todo, el francés no era mucho peor que él. Quizá era aún mejor. Rió entre dientes. Qué fácil era condenar a otro que ha cedido a la tentación, hasta que uno mismo enfrentaba la misma situación. Se preguntó qué habría hecho Pornsen si Jeannette hubiera entrado en contacto con él.

—… Y así fue fácil escapar de los wogs —estaba diciendo—. No me vigilaban muy atentamente, y ya me habían examinado. *Mo tiu*, las pruebas. ¡Preguntas, preguntas! Ese Fobo me preguntó todo tipo de cosas. Quería saber mi inteligencia, mi personalidad, mi etcétera. Me examinaba con toda clase de máquinas. Él y sus compañeros me dieron vuelta como a un guante. Literalmente, mi querido. Me fotografiaron los órganos internos. Me mostraron mi esqueleto y los órganos y todo. Decían que era muy interesante. ¡Imagínate!

Expuesta como no ha sido expuesta ninguna mujer, ¡y para ellos soy simplemente muy interesante!

—Bueno —rió Hal—. No puedes esperar que ellos tomen la actitud de un mamífero macho hacia un mamífero hembra. Es decir…

Jeannette le miró traviesamente.

—¿Y yo soy un mamífero?

—Evidente, indudable, indiscutible y entusiásticamente.

—Por eso mereces un beso.

La muchacha se inclinó sobre Hal y le colocó la boca sobre la suya. Hal se puso rígido, reaccionando lo mismo que cuando su mujer le ofrecía besarle. Pero Jeannette seguramente anticipó eso, porque dijo:

—Eres un hombre, no una columna de piedra. Y yo soy una mujer que te ama. Bésame tú también. No aceptes simplemente mis besos. Oh, tan fuerte, no —susurró—. Bésame. No trates de aplastar tus labios contra los míos. Con dulzura, con suavidad, deja que tus labios se confundan con los míos. Así.

Jeannette hizo vibrar la punta de su lengua contra la de Hal. Después apartó la cara, sonriendo, los ojos entornados, los labios rojos y húmedos. Hal temblaba y respiraba con dificultad.

—¿Tu pueblo piensa que la lengua es sólo para hablar? ¿Piensa que lo que yo hice es perverso, irreal?

—No sé. Es un tema que nadie ha discutido nunca.

—Sé que a ti te gustó. Sin embargo, ésta es la misma boca que uso para comer. La boca que debo ocultar detrás de un velo cuando me siento a la mesa, frente a ti.

—No te pongas la capucha —dijo abruptamente Hal—. He estado pensando en eso. No existe ninguna razón lógica para que tengamos que usar ese velo al comer. La única razón es que me han enseñado que es repugnante. El perro de Pavlov salivaba cuando oía la campanilla; yo me siento mal cuando veo entrar comida en una boca descubierta.

—Comamos. Luego beberemos y hablaremos de nosotros. Y después haremos lo que tengamos ganas de hacer.

Hal estaba aprendiendo con rapidez. Ni siquiera se sonrojó.

CAPÍTULO QUINCE

Después de la cena, Jeannette rebajó un jarro de jugo de escarabajo con agua, y le echó un líquido purpúreo que daba a la bebida un olor a uvas, y le puso encima ramitas de una planta de color naranja. Servido en un vaso con cubos de hielo, era fresco y tenía incluso gusto a uvas. Hal no sintió náuseas en ningún momento.

—¿Por qué me elegiste a mí, y no a Pornsen? —preguntó.

Jeannette se le sentó en las rodillas, rodeándole el cuello con un brazo, el vaso en la mano.

—Oh, tú eras tan atractivo y él era tan feo. Además, *sentí* que podía confiar en ti. Sabía que debía tener cuidado. Mi padre me habló de los terrestres. Decía que no se podía confiar en ellos.

—Es verdad. Pero parece como si tuvieras una intuición que te dice lo que debes hacer, Jeannette. Si tuvieras antenas, pienso que podrías detectar emanaciones nerviosas. ¡A ver!

Hal le metió los dedos en el pelo, pero ella agachó la cabeza y rió. Hal rió con ella, y dejó caer la mano en el hombro, y le acarició la piel suave.

—Yo era quizá la única persona en la nave que no te habría traicionado. Pero ahora estoy en un aprieto. Tu presencia aquí incita al Regresor. Me pone en grave peligro, un peligro que no me perdería por nada en el mundo.

»Sin embargo, lo que me dices de las máquinas de rayos X me preocupa. Hasta ahora no hemos visto ninguna. ¿Las estarán escondiendo los wogs? Y si las esconden, ¿para qué? Sabemos que tienen electricidad y que teóricamente están en condiciones de inventar máquinas de rayos X. Quizá las ocultan porque son indicios de una tecnología aún más desarrollada.

»Pero eso no parece razonable. Y, después de todo, no sabemos mucho de la cultura siddonita. No hemos estado aquí el tiempo necesario; no tenemos una cantidad suficiente de hombres para llevar a cabo una investigación exhaustiva.

»Quizá desconfío demasiado. Es lo más probable. Sin embargo, Macneff debería ser informado. Pero no puedo contarle cómo me enteré de todo esto; ni siquiera me atrevería a justificar con una mentira la fuente de información. Estoy en los cuernos de un dilema.

—¿Un dilema? Nunca oí hablar de esa bestia.

Hal la abrazó.

—Ojalá no oigas nunca —dijo.

—Escucha —dijo Jeannette, mirándole ansiosamente con sus hermosos ojos castaños—, ¿para qué molestarte en contárselo a Macneff? Si los siddonitas atacan y vencen a los de la Unión Haijac, ¿por qué no? ¿Nosotros no podríamos entonces ir a mi país y vivir allí?

Hal se escandalizó.

—¡Son mi pueblo, mis compatriotas! Son… somos sigmenitas. ¡No podría traicionarles!

—Eso estás haciendo al ocultarme aquí —dijo Jeannette con voz seria.

—Ya lo sé —dijo Hal lentamente—. Pero no es una traición total, no es siquiera una traición. ¿En qué les perjudico teniéndote aquí?

—No me preocupa en lo más mínimo lo que les puedas estar haciendo a ellos —dijo la muchacha—. Me preocupa lo que te puedes estar haciendo a ti mismo.

—¿A mí mismo? ¡Nunca hice nada mejor!

Jeannette rió con alegría y le besó ligeramente en los labios.

Pero Hal arrugó el ceño.

—Jeannette —dijo—, Jeannette, hablo en serio. Tarde o temprano, y probablemente muy pronto, tendremos que hacer algo definido. Con eso quiero decir que tendremos que buscar un refugio subterráneo. Después, cuando todo haya pasado, podremos salir. Y tendremos por lo menos ochenta años para nosotros, porque eso es lo que tardará la *Gabriel* en regresar a la Tierra y las naves

colonizadoras en llegar aquí. Seremos como Adán y Eva, sólo nosotros dos y las bestias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha, mirándole con ojos muy abiertos.

—Esto. Nuestros especialistas están trabajando día y noche en muestras de sangre de wogglebugs. Esperan producir un semivirus artificial que se fijará al cobre de los glóbulos verdes de la sangre wog y cambiará las propiedades electroforéticas de esos glóbulos.

—¿*Oma*?

—Trataré de explicártelo aunque tenga que usar una mezcla de americano, francés y siddonita.

»Una forma de este semivirus artificial es lo que mató a la mayor parte de la población terrestre durante la Guerra Apocalíptica. No entraré en los detalles históricos; sólo te diré que el virus fue diseminado secretamente desde fuera de la atmósfera terrestre por naves de colonos marcianos. Los descendientes de los terrestres establecidos en Marte, que se consideraban marcianos auténticos, fueron conducidos por Sigfried Russ, el hombre más malvado que ha existido. Por lo menos eso dicen los libros de historia.

—No sé de qué hablas —dijo Jeannette. Estaba muy seria, y le miraba fijamente.

—Puedes entender lo esencial —dijo Yarrow—. Las cuatro naves marcianas, simulando ser cargueros mercantes que entran en órbita antes de descender, arrojaron billones de esos virus, cantidades de invisibles moléculas proteicas que flotaron atravesando la atmósfera, diseminándose por el mundo, cubriéndolo como una neblina muy tenue. Las moléculas, después de penetrar la piel humana, se fijaron a la hemoglobina de los glóbulos rojos y les dieron una carga positiva. Esa carga hizo que un extremo de la molécula de globina se ligase con el extremo de otra, sufriendo entonces un proceso de cristalización que alteró la forma de rosca de los glóbulos, convirtiéndolos en cimitarras y provocando así una anemia artificial.

»Esa anemia creada en el laboratorio era mucho más rápida y más segura que la anemia natural, porque eran afectados todos los glóbulos rojos del cuerpo, no solamente un pequeño porcentaje. Todos los glóbulos enfermaban en seguida. El oxígeno no era

transportado a través del organismo; el cuerpo moría.

»Y el cuerpo murió, Jeannette… el cuerpo de la humanidad. Casi todo un planeta de seres humanos pereció por falta de oxígeno.

—Creo que entiendo la mayor parte de lo que has dicho —dijo Jeannette—. Pero no murieron todos, ¿verdad?

—No. Y al principio, los gobiernos de la Tierra descubrieron lo que ocurría, y lanzaron cohetes hacia Marte. Esos cohetes, proyectados para producir terremotos, destruyeron la mayoría de las colonias subterráneas de Marte.

»En la Tierra sobrevivió quizá un millón en cada continente, excepto en ciertas zonas donde la población apenas fue afectada. ¿Por qué? La verdad es que no lo sabemos. Pero alguna cosa, quizá corrientes de viento favorables, torcieron la lluvia del virus hasta que no quedó más virus en la atmósfera. Después de un cierto tiempo fuera del cuerpo humano, el virus moría.

»Así, las islas Hawaii e Islandia quedaron con gobiernos organizados y la población completa. Israel también quedó intacto, como si la mano de Dios lo hubiese cubierto durante la lluvia mortal. Y el sur de Australia y las montañas del Cáucaso también fueron perdonadas.

»Esos grupos se extendieron luego, repoblando el mundo, absorbiendo a los sobrevivientes en las zonas que conquistaban. En las junglas africanas y en la península malaya sobrevivió un suficiente número de personas como para atreverse a salir y restablecerse en sus territorios nativos antes de que fuesen ocupados por colonos de las islas y de Australia.

»Y lo que sucedió en la Tierra va a suceder en este planeta. Cuando sea dada la orden, saldrán de la *Gabriel* unos proyectiles repletos del mismo cargamento mortal, con la única diferencia de que los virus estarán adecuados a los glóbulos de los ozagenios. Y los proyectiles girarán y girarán, esparciendo su invisible lluvia de muerte. Y… por todas partes… los cráneos…

—¡Calla! —Jeannette puso un dedo en los labios temblorosos de Hal—. No sé qué quieres decir con eso de las proteínas y las moléculas y esas… esas cargas electrofrenéticas. Está fuera de mi comprensión. Lo que sí sé es que cuanto más hablabas más asustado estabas. Tu voz subía, y cada vez abrías más los ojos.

»Alguien te ha asustado en el pasado. ¡No! ¡No me interrumpas! Te han asustado, y tú has sido suficientemente hombre como para ocultar la mayor parte de ese miedo. Pero han hecho un trabajo tan eficiente que todavía no has podido vencerlo.

»Pues bien… —y Jeannette le puso los suaves labios en la oreja y le susurró—: Te voy a borrar ese miedo. Te voy a sacar de ese valle de terror. No. ¡No protestes! Sé que hiere tu sensibilidad pensar que una mujer sabía que tenías miedo. Pero no te considero menor por eso. Te admiro aún más, por todo lo que has luchado. Sé cuánto coraje hace falta para enfrentarse al Medidor. Sé que lo hiciste por mí, y eso me enorgullece, y aumenta mi cariño. Y sé del coraje que hace falta para tenerme aquí, cuando un desliz te puede enviar en cualquier momento a la desgracia cierta y a la muerte. Sé lo que significa todo eso. Lo sé por mi naturaleza y mi instinto y mi cariño.

»¡Vamos! Bebe conmigo. No estamos fuera de estas paredes, teniendo que preocuparnos y asustarnos de esas cosas. Estamos aquí. Lejos de todo menos de nosotros. Bebe. Y ámame. Yo te amaré a ti, Hal, y no veremos el mundo exterior, ni será necesario que lo veamos. Al menos por este momento. Olvídate en mis brazos.

Se besaron y se acariciaron y se dijeron las cosas que siempre se han dicho los amantes.

Entre besos, Jeannette sirvió más licor purpúreo, y bebieron. Hal no tenía ninguna dificultad para tragarlo. Decidió que lo que le daba asco no era tanto la idea de beber alcohol sino el olor del licor. Al engañar a la nariz, también se engañaba al estómago. Y cada trago hacía más fácil el siguiente.

Bebió tres vasos grandes y luego se levantó y alzó a Jeannette en brazos y la llevó al dormitorio. La muchacha le besaba el lado del cuello, y Hal sentía que una carga eléctrica pasaba de los labios de ella a su piel y de allí le iba al cerebro y luego al pecho palpitante y al estómago ardiente, y le bajaba hasta las plantas de los pies que, extrañamente, se le habían congelado. Por cierto, llevar a Jeannette no le producía esa repulsión que había sentido cuando cumplía sus obligaciones para con Mary y el Iglestado.

Sin embargo, hasta en ese éxtasis de anticipación había un refugio. Era pequeño, pero estaba allí, un punto oscuro en el centro

del fuego. No podía olvidarse por completo de sí mismo, y dudó, preguntándose si fracasaría como se había dicho algunas veces cuando se había arrastrado a la cama en la oscuridad, buscando a Mary.

Había también una semilla negra de pánico, arrojada por la duda. Si fracasaba se mataría. Todo habría terminado.

Pero, se dijo, eso no podía suceder, no debía suceder. No con ella en sus brazos y con los labios de ella en los suyos.

Hal la depositó en la cama y luego apagó la luz del cielo raso. Pero Jeannette encendió la lámpara que había encima de la cama.

—¿Por qué haces *eso*? —dijo Hal a los pies de la cama, sintiendo que el pánico aumentaba y la pasión decrecía. Al mismo tiempo se preguntó cómo podía haber hecho ella para desvestirse tan rápidamente, sin que él lo notase.

Jeannette sonrió.

—¿Recuerdas lo que me dijiste el otro día? —preguntó—. Aquel hermoso pasaje: *Dios dijo «Hágase la luz»*.

—No la necesitamos —dijo Hal.

—Yo sí. Tengo que verte en todos los instantes. La oscuridad se llevaría la mitad del placer. Quiero verte enamorado.

Jeannette levantó una mano para ajustar el ángulo de la lámpara, y al hacer ese movimiento alzó los senos; un espasmo casi intolerable traspasó el cuerpo de Hal.

—Ya está. Ahora te podré ver la cara. Especialmente en el instante en que mejor sabré que me amas.

Extendió una pierna y le tocó la rodilla a Hal con un dedo del pie. Piel contra piel… le atrajo como si fuese el dedo de un ángel que le guiaba dulcemente hacia su destino. Se arrodilló en la cama, y Jeannette flexionó la pierna sin apartar el dedo de la rodilla de Hal, como si hubiera echado raíces en la carne y fuera imposible arrancarlo.

—Hal, Hal —murmuró—. ¿Qué te han hecho? ¿Qué les han hecho a todos vuestros hombres? Sé por lo que me has contado que son como tú. ¿Qué os han hecho? Os han obligado a odiar en vez de amar, aunque al odio le llaman amor. Os transformaron en semihombres para que volquéis vuestras energías hacia adentro y luego hacia el enemigo. Para que, al ser tan tímidos amantes, os

convirtáis en feroces guerreros.

—Eso no es cierto —dijo Hal—. No es cierto.

—Te lo noto. Es cierto.

Jeannette apartó el pie y lo puso junto a la rodilla de Hal.

—Acércate —le dijo.

Cuando Hal estuvo más cerca, de rodillas todavía, Jeannette alzó los brazos y lo atrajo contra su pecho.

—Jeannette, Jeannette —dijo Hal roncamente. Extendió el brazo para tirar del cordón de la lámpara y dijo—: La luz no.

Pero Jeannette puso una mano encima de la suya.

—La luz sí —dijo.

Entonces la muchacha apartó la mano.

—Está bien, Hal —dijo—. Apágala un rato. Si necesitas volver a las tinieblas conviene que vayas bien lejos. Y luego renazcas… Un rato. Y luego la luz.

—¡No! ¡Déjala! —gruñó Hal—. No estoy en el útero de mi madre. No quiero volver allí; no lo necesito. Y me apoderaré de ti como se apodera un ejército de una ciudad.

—No seas un soldado, Hal. Sé un amante. Debes amarme, no violarme. No te podrás apoderar de mí porque yo te rodearé.

La mano de Jeannette se posó suavemente en el cuerpo de Hal. La muchacha arqueó un poco la espalda y Hal se vio de pronto rodeado. Sintió una sacudida en el cuerpo, comparable a la que había experimentado cuando ella le besaba en el cuello, pero comparable sólo en calidad y no en intensidad.

Comenzó a hundir la cara contra el hombro de ella, pero Jeannette le puso las dos manos en el pecho y con una fuerza sorprendente lo alzó un poco.

—No. Tengo que ver tu cara. Sobre todo cuando llegue *el momento*, porque quiero ver cómo te pierdes en mí.

Y mantuvo los ojos abiertos todo el tiempo, como si tratara de grabarse en cada célula del cuerpo la cara del amante.

Hal no se sintió perturbado, porque ni siquiera habría prestado atención si el propio Archiurielita llamara a la puerta. Pero notó, aunque inconscientemente, que las pupilas de Jeannette se habían contraído hasta quedar del tamaño de la punta de un lápiz.

CAPÍTULO DIECISÉIS

En la Unión Haijac a los alcohólicos no se los curaba: se los enviaba al I. Por lo tanto, no habían sido desarrolladas terapias psicológicas o narcóticas. Frustrado por ese hecho en su deseo de curar a Jeannette, Hal buscó remedio en la misma gente que la había enfermado. Pero simuló que era para él.

—El hábito de la bebida está muy extendido en Ozagen —dijo Fobo—, pero no es un asunto grave. A los pocos alcohólicos que tenemos los curamos con la empatía y unos pocos medicamentos. ¿Por qué no dejas que use la empatía contigo?

—Lo siento. Mi gobierno me lo prohíbe.

Era la excusa que le había dado a Fobo para no invitarle al apartamento.

—Qué gobierno más prohibitivo —dijo Fobo, estallando en una de aquellas largas y ululantes risotadas. Cuando consiguió reponerse, agregó—: También te está prohibido tocar el licor, y sin embargo lo bebes. ¿Quién explica esas contradicciones? Pero ahora hablando en serio, tengo lo que necesitas. Se llama euforina. La ponemos en la ración diaria de licor, y poco a poco aumentamos la dosis, disminuyendo así la cantidad de alcohol. En dos o tres semanas, el paciente bebe un líquido que es euforina en un noventa y seis por ciento. El gusto es muy parecido, y el bebedor rara vez sospecha. Un tratamiento continuo libera al paciente de su dependencia del alcohol. Hay un solo inconveniente. —Fobo hizo una pausa y agregó—: ¡El bebedor se vuelve adicto a la euforina!

Fobo se golpeó el muslo con la mano, retorciéndose de risa hasta que le vibró la larga nariz cartilaginosa y le corrieron lágrimas por la cara.

Cuando consiguió dejar de reír se secó las lágrimas con un

pañuelo con forma de estrella de mar.

—En realidad, la euforina tiene un efecto peculiar: abre al paciente, permitiéndole descargar las tensiones que lo han llevado a beber. Entonces se le puede tratar con la empatía, sacándole al mismo tiempo el estimulante. Como no tengo posibilidades de pasarte secretamente ese producto, me arriesgo a pensar que estás seriamente interesado en curarte. Cuando estés preparado para la terapia, avísame.

Hal llevó la botella al apartamento. Todos los días, cuidadosamente, sin hacer ruido, volcaba su contenido en el jugo de escarabajo que conseguía para Jeannette. Esperaba ser suficientemente buen psicólogo como para curarla una vez que la euforina hiciese efecto.

Aunque no lo sabía, él mismo estaba siendo «curado» por Fobo. Sus conversaciones casi diarias con el empatista le inculcaban dudas acerca de la religión y la ciencia de la Unión Haijac. Fobo leyó las biografías de Isaac Sigmen y las *Obras*: la *Pre-Torah*, el *Talmud de Occidente*, las *Escrituras Revisadas*, los *Fundamentos del Serialismo, Tiempo y Teología, El Ser* y *la Línea del Mundo*. Sentado tranquilamente a la mesa con un vaso de zumo en la mano, el wog ponía en duda las matemáticas de los dunnólogos. Hal demostraba; Fobo refutaba. Señalaba que esas matemáticas se basaban principalmente en supuestos falsos; que los razonamientos de Dunne y de Sigmen se apoyaban en demasiadas metáforas y analogías falsas e interpretaciones forzadas. Si se quitaba ese apoyo, la estructura se derrumbaba.

—Además, y para continuar —dijo Fobo—, déjame y permíteme señalar sólo una de las muchas contradicciones de tu teología. Vosotros los sigmenitas creéis que cada persona es responsable de lo que le sucede, que ella tiene la culpa. Si tú, Hal Yarrow, tropezaras en un juguete abandonado por un niño… ¡feliz, feliz criatura sin responsabilidad!… y te despellejaras el codo, lo habrías hecho porque querías de veras lastimarte. Si te hieres de gravedad en un «accidente», no es un accidente; eres tú, que has decidido dar forma concreta a una potencialidad. A la inversa, podrías haberte puesto de acuerdo contigo para evitar ese accidente, generando así un futuro diferente.

»Si cometes un crimen es porque deseas cometerlo. Si te atrapan, no se debe a que has sido estúpido al cometer el crimen, o a que los uzzitas fueron más listos que tú, o a que las circunstancias te fueron desfavorables. No, se debe a que deseaste que te atrapasen; tú, de algún modo, controlaste las circunstancias.

»Si mueres, es porque quisiste morir, no porque alguien te apuntó con una pistola y apretó el gatillo. Moriste porque deseaste interceptar la bala; estuviste de acuerdo con el asesino para que te matase.

»Naturalmente, esta filosofía, esta creencia, es muy *shib* para el Iglestado, porque lo libera de toda culpa si tiene que castigarte o ejecutarte o forzarte a pagar impuestos injustos o violar tus libertades civiles. Obviamente, si no quisieras que te castigasen o te ejecutasen o te cobrasen impuestos o te tratasen injustamente, no lo permitirías.

»Naturalmente, si discrepas con el Iglestado o tratas de desafiarlo, lo haces porque quieres crear un seudofuturo, un seudofuturo condenado por el Iglestado. Tú, el individuo, no puedes ganar.

»Sin embargo, escucha y presta atención a esto: Tú también crees que tienes libre albedrío para determinar el futuro. Pero el futuro ha sido determinado, porque Sigmen se ha adelantado en el tiempo y lo ha ordenado. El hermano de Sigmen, Judas Cambiador, puede desordenar temporalmente el futuro y el pasado, pero Sigmen acabará por restablecer el equilibrio deseado.

»Permíteme que te interrogue y te pregunte: ¿Cómo puedes determinar el futuro si el futuro ha sido ya determinado y previsto por Sigmen? Puede ser correcta una situación o la otra, pero no ambas.

—Bueno —dijo Hal, el rostro encendido, las manos temblorosas, sintiendo que algo le pesaba en el pecho—, he pensado en ese asunto.

—¿Consultaste a alguien?

—No —dijo Hal, sintiéndose atrapado—. Por supuesto, podemos hacerles preguntas a nuestros maestros. Pero esa pregunta no estaba en la lista.

—¿Quieres decir que os daban preguntas ya escritas, y que

vosotros estabais limitados a ellas?

—Bueno, ¡por qué no! —dijo Hal, irritado—. Lo hacían así para favorecernos. El Iglestado sabía por una larga experiencia cuáles son las preguntas que hacen los estudiantes, así que preparaban una lista para ayudar a los menos dotados.

—Menos dotados, es cierto —dijo Fobo—. Y supongo que a cualquier pregunta que no estuviese en la lista la consideraban demasiado peligrosa, demasiado conducente a una manera de pensar no realista.

Hal asintió, lastimosamente.

Fobo prosiguió con su implacable disección. Peores, mucho peores que todo lo que había dicho hasta ese momento, fueron sus próximas palabras, porque constituían un ataque personal al ser sacrosanto del propio Sigmen.

Dijo que las biografías y los escritos teológicos del Precursor lo mostraban, a ojos de un lector imparcial, como un hombre sexualmente frígido y misógino, con complejo mesiánico y tendencias paranoicas y esquizofrénicas que rompían de vez en cuando su cáscara de hielo en forma de fantasías y frenesíes científico-religiosos.

—Otros hombres —dijo Fobo— deben haber impreso sus personalidades y sus ideas a la época en que vivieron. Pero Sigmen tuvo una ventaja sobre esos grandes líderes que lo precedieron. Debido a los sueros de rejuvenecimiento, vivió el tiempo necesario no sólo para establecer el tipo de sociedad que quería, sino también para consolidarla y extirparle los puntos débiles. No se murió hasta que el cemento de su edificio social se hubo endurecido.

—Pero el Precursor no murió —protestó Yarrow—. Partió en el tiempo. Está todavía con nosotros, viajando por los campos de la presentación, saltando de aquí para allá, ora al pasado, ora al futuro. Se presenta siempre donde sea necesario transformar un seudofuturo en tiempo real.

—Ah, sí —sonrió Fobo—. Por ese motivo fuiste a las ruinas, ¿verdad? ¿Para examinar en un mural indicios de que los humanoides de Ozagen habían sido visitados por un hombre de otra estrella? Pensaste que podría haber sido el Precursor, ¿no es así?

—Lo sigo pensando —dijo Hal—. Pero mi informe señalaba que,

aunque el hombre tenía un cierto parecido con Sigmen, ese detalle no era una prueba concluyente. Por lo tanto no es posible determinar con certeza si el Precursor visitó o no este planeta hace mil años.

—En cualquier caso, yo sostengo que tus tesis son absurdas. Dices que las profecías de Sigmen se han cumplido. Yo afirmo, en primer lugar, que esas profecías fueron ambiguamente formuladas. En segundo lugar, si se realizaron fue porque tu poderoso estado-iglesia, que abreviáis llamándolo Iglestado, hizo todo lo que pudo para que se cumpliesen.

»Además, esa sociedad piramidal tuya, esa administración de ángeles de la guarda, donde cada veinticinco familias tienen un *agpt* que les supervisa los detalles más pequeños y más íntimos, y cada veinticinco de esos *agpts* de familias son controlados por un *agpt* de edificio, y cada cincuenta *agpts* de edificio son dirigidos por un *agpt* supervisor, y así sucesivamente, una sociedad de ese tipo se basa en el terror y la ignorancia y la represión.

Al llegar a ese punto, Hal, abatido, furioso, escandalizado, se levantaba para irse. Fobo le llamaba y le pedía que refutase lo que él había dicho. Hal descargaba entonces un torrente de ira. A veces, cuando terminaba, era invitado por Fobo a sentarse y continuar la discusión. A veces, Fobo perdía la paciencia; se insultaban a gritos; en dos ocasiones se pelearon a puñetazos; a Hal le sangró la nariz y a Fobo le quedó un ojo negro. Entonces el wog, llorando, abrazaba a Hal y le pedía perdón, y se sentaban y bebían otro poco hasta calmarse los nervios.

Hal sabía que no debía escuchar a Fobo, que no debía permitirse una situación donde estaba sujeto a escuchar tantas irrealidades. Pero no podía dejar de encontrarse con el wog. Y, aunque odiaba a Fobo por lo que decía, obtenía de la relación una satisfacción y una fascinación extrañas. No podía aislarse de ese ser cuya lengua lastimaba y despellejaba más dolorosamente que el látigo de Pornsen.

Le contaba esos incidentes a Jeannette. Ella le alentaba a que los relatase una y otra vez, hasta que conseguía librarse del peso del dolor, del odio y de la duda. Luego había siempre amor, un amor que él nunca había siquiera sospechado que existiese. Por primera

vez, Hal supo que el hombre y la mujer podían ser una sola carne. Su mujer y él habían estado siempre fuera del círculo del otro, pero Jeannette conocía la geometría que le permitía a él ingresar en ella, y la química que le permitía mezclar su sustancia con la de ella.

Además, estaban siempre la luz y la bebida. Pero no le molestaban. Jeannette, sin saberlo, bebía ahora un licor que era euforina casi en un cien por cien. Y él se había acostumbrado a la luz encima de la cama, uno de los caprichos de Jeannette. La muchacha no necesitaba la luz por miedo a la oscuridad, porque sólo pedía que estuviese encendida cuando hacían el amor. Hal no entendía. Tal vez ella quería grabar la imagen de él en la memoria, para conservarla allí si alguna vez le perdía. Si ésa era la razón, no había ningún problema.

A la luz de la lámpara, Hal examinaba el cuerpo de ella con interés en parte sexual y en parte antropológico. Estaba encantado y asombrado de las muchas diferencias que había entre ella y las mujeres terrestres. En el paladar, Jeannette tenía un pequeño apéndice epidérmico que podría ser el rudimento de algún órgano descartado por la evolución hacía mucho tiempo. Tenía veintiocho dientes; le faltaban las muelas del juicio. Ésa podía ser, o no, una característica del pueblo de su madre.

Hal sospechaba que la muchacha tenía un segundo grupo de músculos pectorales, o que los músculos normales estaban en ella muy desarrollados. Los senos grandes y cónicos no le pendían nunca. Eran altos y firmes y apuntaban ligeramente hacia arriba: el ideal de belleza femenina representado tantas veces a través de las épocas por escultores y pintores, y que tan raramente existía en la naturaleza.

No sólo era un placer mirarla; era un placer estar con ella. Por lo menos una vez a la semana le recibía con una nueva prenda. Le encantaba coser; con telas que él le daba, Jeannette se hacía blusas, faldas, y hasta vestidos. A las nuevas prendas las acompañaba con nuevos peinados. Era siempre nueva y siempre hermosa, y le hizo comprender a Hal por primera vez que la belleza era fuente de alegría, por lo menos mientras duraba.

El poder de imitación de la muchacha también le fascinaba. Había pasado de su francés al americano casi de un día para otro.

En una semana lo hablaba más fluida y expresivamente que él. Y como ella también dominaba perfectamente el siddonita, Hal decidió que la mejor manera de aprenderlo era pedirle a Jeannette que le leyese libros de los wogs. Hal se recostaba en un diván y ella se sentaba en una silla. El acento y la pronunciación de la muchacha, tan correctos, le entrenaban el oído. No tenía que perder tiempo buscando palabras en el diccionario: Jeannette se las traducía.

A la muchacha le encantaba enseñarle, pero le cansaban los libros técnicos que él le daba. Además, aunque dominaba el siddonita coloquial, muchos términos científicos le eran desconocidos. Y Hal, al ver que ella tropezaba o titubeaba, se ablandaba y le pedía que parase. Hal, por ejemplo, no terminó nunca el monumental *Ascenso y Caída del Hombre en Ozagen*, de We'enai.

Esa noche Jeannette empezó, como siempre, con mucho entusiasmo. Su voz suave y gutural trataba de infundir interés a lo que veían sus ojos. Leyó el primer capítulo, que describía la formación del planeta y el comienzo de la vida. En el segundo capítulo, la muchacha bostezó bastante descaradamente y miró a Hal, pero el terrestre cerró los ojos y simuló no darse cuenta. Entonces Jeannette leyó el relato de la evolución de los wogs a partir de un preartrópodo que había cambiado de idea y decidido transformarse en un cordado. We'enai hacía algunos chistes pesados acerca de las contrariedades que habían sufrido los wogglebugs desde ese día funesto, y luego retomaba, en el tercer capítulo, la historia de la evolución de los mamíferos en el otro gran continente de Ozagen, que culminaba en el hombre.

—Pero el hombre, lo mismo que nosotros, tenía sus parásitos miméticos —citó Jeannette—. Uno de esos parásitos era una especie del llamado «escarabajo de taberna», que en vez de parecer un wog se asemejaba a un hombre. Lo mismo que su contrapartida, no podía engañar a una persona inteligente, pero su capacidad alcohólica lo hacía muy aceptable para el hombre. Este insecto acompañó a su anfitrión desde épocas primitivas, se convirtió en parte de su civilización y, finalmente, fue una de las principales causas de la caída del hombre.

»La desaparición del hombre de la faz de Ozagen no se debió solamente al escarabajo de taberna. Esa criatura puede ser controlada. Como con la mayoría de las cosas, se puede abusar de ella, o deformar sus intenciones, transformándola así en una amenaza.

»Eso es lo que hizo con ella el hombre.

»Debe hacerse notar, empero, que contó con un aliado en el abuso del insecto: otro parásito, de una especie un tanto distinta y que era, como quien dice, nuestro primo.

»Hay, sin embargo, una circunstancia que lo diferencia de nosotros, y del hombre, y de cualquier otro animal en este planeta con excepción de algunas especies muy inferiores. Se trata de que, a juzgar por las primeras evidencias fósiles, era totalmente…».

Jeannette dejó el libro.

—No sé la próxima palabra. Hal, ¿tengo que leer esto? Es tan aburrido.

—No. Olvídalo. Léeme una de esas historietas que tanto te gustan a ti y a los marineros de la *Gabriel*.

Jeannette sonrió (un espectáculo hermoso) y comenzó a leer el Volumen 1037, Libro 56, de *Las Aventuras de Leij Magnus, Amado Discípulo del Precursor, Contra el Horror de Arcturus*.

Hal escuchó los esfuerzos de Jeannette tratando de traducir el americano al wog vernáculo hasta que se cansó de las banalidades de la historieta y atrajo a la muchacha hacia sí.

Como siempre, la luz estuvo encendida encima de la cama.

Tenían, sin embargo, sus desavenencias, sus discordias, sus conflictos.

Jeannette no era una marioneta, ni una esclava. Cuando no le gustaba algo que Hal hacía o decía, no dudaba en hacérselo saber. Y, si él contestaba sarcástica o violentamente, casi con seguridad recibía una respuesta en el mismo tono.

Poco tiempo después de haber ocultado a Jeannette en su *puka*, Hal volvió una vez a casa con la barba crecida, tras un largo día en la nave.

Jeannette, después de besarle, hizo un gesto y dijo:

—Eso me lastima; es como una lima. Voy a buscar tu crema y a sacarte la barba yo misma.

—No, no hagas eso —dijo Hal.

—¿Por qué no? —dijo la muchacha, caminando hacia el innombrable—. Me encanta hacer cosas para ti. Y me encanta especialmente ponerte atractivo.

Jeannette volvió con la lata de depilador.

—Ahora siéntate; yo lo haré todo. Puedes pensar cuánto te amo mientras te quito de la cara esos alambres que tanto raspan.

—No entiendes, Jeannette. No puedo afeitarme. Ahora soy lamediano, y los lamedianos tienen que usar barba.

La muchacha se detuvo antes de llegar a él.

—¿Tienes? —dijo—. ¿Quieres decir que es una ley, que si no lo haces eres un criminal?

—No, no exactamente —dijo Hal—. El propio Precursor no dijo nunca una palabra acerca de este asunto, ni hay leyes que obliguen a usar barba. Pero… es una costumbre. Y un honor, porque sólo un hombre digno de llevar la *lamed* es autorizado a dejarse crecer la barba.

—¿Qué sucedería si un no lamediano la usara?

—No sé —dijo el terrestre, con evidente fastidio—. Nunca pasó. A ningún hombre se le ocurre hacerlo, si no está en condiciones. Es simplemente una de esas cosas que uno da por supuestas. Algo en lo que solamente uno de fuera puede pensar.

—Pero la barba es muy fea —dijo Jeannette—. Y me raspa la cara. Es lo mismo que besar un montón de muelles de colchón.

—Entonces —dijo Hal, airadamente—, tendrás que aprender a besar muelles de colchón, o aprender a pasar sin besos. ¡Porque *tengo* que usar barba!

—Escúchame —dijo la muchacha, acercándose a Hal—. ¡No *tienes* que hacerlo! ¿Para qué te sirve ser un lamediano si no tienes más libertad que antes, si debes hacer lo que esperan que hagas? ¿Por qué no puedes ignorar esa costumbre?

Hal comenzó a sentir una mezcla de furia y pánico. Pánico porque podía llegar a alienarla hasta el punto de que ella le abandonase, y porque sabía que si cedía los otros lamedianos de la nave le mirarían con suspicacia.

Así, acusó a Jeannette de ser una tonta estúpida. La muchacha le contestó con el mismo acaloramiento y la misma rudeza.

Discutieron; había pasado ya la mitad de la noche cuando ella dio el primer paso hacia la reconciliación. Y amaneció antes de que terminaran de probarse que se amaban.

Por la mañana, Hal se afeitó. Durante tres días no sucedió nada en la *Gabriel*, nadie hizo ninguna observación, y las extrañas miradas que vio, o creyó ver, las atribuyó a su culpa y a su imaginación. Finalmente, comenzó a pensar que o nadie se había dado cuenta o todos estaban tan ocupados con sus obligaciones que no consideraban que valiese la pena hacer algún comentario. Incluso llegó a pensar si habría algunas otras molestias relacionadas con el hecho de ser lamediano, para librarse de ellas.

Entonces, al cuarto día, fue llamado a la oficina de Macneff.

Encontró al Sandalphon sentado detrás del escritorio, tocándose la barba con los dedos. Macneff miró a Hal un rato con aquellos ojos azul pálido antes de devolverle el saludo.

Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, delante de Hal.

—Sin duda sabes que como lamediano no tienes sólo privilegios, sino también responsabilidades.

—*Shib, abba*.

Macneff se volvió de pronto hacia Hal y le apuntó con un dedo largo y huesudo.

—Entonces, ¿por qué no te dejas crecer la barba? —dijo, alzando la voz y mirándole fijamente.

Hal sintió que el cuerpo se le helaba, como cuando era niño y su *agpt*, Pornsen, le hacía la misma maniobra. Y sintió la misma confusión mental.

—Bueno… yo… yo…

—Debemos esforzarnos no sólo para conseguir la *lamed* sino también para continuar siendo dignos de ella. ¡La pureza, y sólo la pureza, nos hará triunfar! ¡El eterno esfuerzo por ser puros!

—Perdóneme, *abba* —dijo Hal, con voz trémula—. Yo hago un constante esfuerzo para ser puro.

Se atrevió a mirar al Sandalphon a los ojos mientras decía eso, aunque no sabía de dónde le venía el coraje. ¡Mentir tan descaradamente, él que vivía en la irrealidad, mentir en presencia del grande y puro Sandalphon!

—Sin embargo —prosiguió Hal—, no sabía que el hecho de afeitarme tuviese algo que ver con mi pureza. Ni en el *Talmud de Occidente* ni en los libros del Precursor se habla de la realidad o irrealidad de la barba.

—¡Me vas a decir a mí lo que hay en las escrituras! —gritó Macneff.

—No, claro que no. Pero lo que dije es cierto, ¿no?

Macneff empezó a caminar otra vez.

—Debemos ser puros, debemos ser puros —dijo—. Y hasta la más leve insinuación de seudofuturo, la menor desviación de la realidad, nos puede manchar. Es cierto: Sigmen nunca dijo nada acerca de esto. Pero se acepta desde hace tiempo que sólo los puros son dignos de emular al Precursor usando barba. Por lo tanto, para ser puros tenemos que parecer puros.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Hal.

Comenzaba a sentir coraje, y firmeza. De pronto se le ocurrió que estaba tan asustado porque reaccionaba con Macneff igual que con Pornsen. Pero Pornsen estaba muerto, vencido, sus cenizas arrojadas al viento. El propio Hal las había esparcido en la ceremonia.

—En circunstancias normales me habría dejado crecer la barba —dijo—. Pero en este momento vivo entre los wogs para llevar a cabo un espionaje más efectivo, mientras realizo investigaciones. Y he descubierto que los wogs consideran la barba como una abominación; como usted sabe, ellos no tienen barba. No entienden por qué nosotros nos la dejamos crecer teniendo medios para eliminarla. Y se sienten incómodos y disgustados en presencia de un hombre barbudo. No puedo ganarme la confianza de ellos si uso barba. No obstante, pienso dejármela crecer desde el momento en que iniciemos el plan.

—Hmm —dijo Macneff, acariciándose la barba—. Quizá tengas algo de razón. Después de todo, no vivimos en circunstancias normales. Pero ¿por qué no me lo dijiste?

—Usted está tan ocupado, desde la mañana hasta la hora de acostarse, que no quise molestarle —dijo Hal.

Se preguntó si Macneff estaría dispuesto a tomarse el tiempo y el trabajo de investigar la verdad de esas palabras. Porque los wogs

nunca le habían dicho nada a Hal acerca de la barba. Se le había ocurrido esa excusa al recordar algo que había leído acerca de las reacciones iniciales de los indios americanos al ver hombres blancos barbudos.

Macneff, después de unas pocas palabras más sobre la importancia de la pureza, dio por terminada la entrevista.

Y Hal, temblando por el efecto del sermón, volvió a casa. Allí se tomó unos tragos para calmarse, luego unos pocos más para desinhibirse delante de Jeannette durante la cena. Había descubierto que si bebía lo suficiente, podía vencer la repugnancia que sentía al ver la comida entrando en la boca desnuda de Jeannette.

En un sentido, ese remedio tenía sus inconvenientes, porque le impedía a Hal realizar trabajos lingüísticos constructivos, y sus informes comenzaron a retrasarse. Pero, por otro lado, él y Jeannette pasaban siempre un buen momento.

CAPÍTULO DIECISIETE

Un día Yarrow, al volver del mercado con una caja grande, dijo:

—Últimamente has estado consumiendo una buena cantidad de provisiones. ¿No estarás comiendo por dos? ¿O por tres?

Jeannette palideció.

—¡*Mo she*! ¿Sabes lo que estás diciendo?

Hal puso la caja sobre una mesa y tomó a la muchacha por los hombros.

—*Shib*. Lo sé. Jeannette, hace mucho tiempo que pienso en eso, pero nunca he dicho nada. No quería preocuparte. Dime, ¿estás?

Jeannette le miró directamente a los ojos, pero el cuerpo le temblaba.

—Oh, no —dijo—. Es imposible.

—¿Por qué ha de ser imposible? No hemos usado preventivos.

—Sí. Pero yo sé, y no me preguntes cómo, que no puede ser. No debes decir nunca cosas así. Ni siquiera en broma. No lo soporto.

Hal la atrajo contra su cuerpo y le dijo por encima del hombro:

—¿Es porque no puedes? ¿Porque sabes que nunca podrás tener un hijo mío?

El pelo abundante, ligeramente perfumado, asintió.

—Lo sé. No me preguntes cómo.

Hal la apartó otra vez, sin soltarla.

—Escucha, Jeannette. Te voy a decir qué es lo que te preocupa. Tú y yo pertenecemos a especies diferentes. Tu madre y tu padre también. Y, sin embargo, tuvieron hijos. No obstante, quizá sepas que el asno y la yegua tienen también cría, pero la mula es estéril. El león y la tigresa pueden también engendrar, pero el tigre o tigrón no. ¿Verdad? ¡Tienes miedo de ser una mula!

Jeannette puso la cabeza en el pecho de Hal, mojándole la

camisa con las lágrimas.

—Seamos realistas en esto, querida —dijo Hal—. Quizá estás. ¿Y qué? El Precursor sabe que nuestra situación es ya suficientemente mala sin un bebé que la complique más todavía. Con suerte, tú… bueno, nos tenemos el uno al otro, ¿no? Eso es lo único que me importa. Tú.

Hal no pudo dejar de pensar mientras le secaba las lágrimas a la muchacha y la besaba y le ayudaba a poner las provisiones en el refrigerador.

La cantidad de alimentos y de leche que había estado consumiendo era muy superior a lo normal, especialmente la leche. En la espléndida figura de la muchacha no había ningún cambio delator. No podía comer tanto sin sufrir alguna alteración. Pasó un mes. Hal la observaba atentamente. Jeannette comía cantidades asombrosas de alimentos. Nada sucedía.

Yarrow atribuyó ese misterio a su ignorancia del extraño metabolismo de la muchacha.

Otro mes. Hal salía de la biblioteca de la nave cuando le detuvo Turnboy, el *atón* histórico.

—Corre el rumor de que los técnicos han conseguido por fin sintetizar la molécula antiglobina —dijo el historiador—. Creo que esta vez la noticia es auténtica. Han citado para una conferencia a las 1500.

—*Shib* —dijo Hal, disimulando su desesperación.

La reunión concluyó a las 1650, y Hal salió de allí con los hombros caídos. El virus ya estaba en producción. En una semana habría una cantidad suficiente como para cargar los diseminadores de seis torpedos. El plan consistía en soltarlos y aniquilar la ciudad de Siddo. Los torpedos girarían en espirales que se irían expandiendo hasta cubrir una cantidad grande de territorio. Regresarían a la base para reabastecerse y volverían a salir, hasta concluir el exterminio de los wogs.

Al llegar a casa, Hal encontró a Jeannette acostada en la cama, con el pelo formando una corona negra sobre la almohada. La muchacha le sonrió débilmente.

—¿Qué te pasa, Jeannette? —dijo Hal, preocupado.

Le puso una mano en la frente. La piel estaba seca, caliente y

áspera.

—No sé. No me había quejado, pero hace dos semanas que no me siento muy bien. Pensé que ya se me pasaría. Hoy me sentí tan mal que después del desayuno tuve que volver a acostarme.

—Ya conseguiremos curarte.

Hal parecía seguro de sí mismo. Por dentro se sentía perdido. Si Jeannette había contraído una enfermedad seria, no le podría conseguir médico, ni medicamentos.

La muchacha continuó en la cama los días siguientes. Su temperatura variaba de 37.5 por la mañana a 37.9 de noche. Hal la atendía de la mejor manera posible. Le ponía toallas húmedas y bolsas de hielo en la cabeza, y le daba aspirinas. Ahora Jeannette comía mucho menos; lo único que quería era líquido. Siempre pedía leche. Incluso rechazaba el jugo de escarabajo y los cigarrillos.

Como si fuera poco la enfermedad de la muchacha, estaban también sus silencios, que ponían frenético a Hal. Desde que la conocía, Jeannette había sido siempre muy alegre y conversadora. Cuando no hablaba, escuchaba con interés. Ahora le dejaba hablar y, cuando Hal callaba, ella no ocupaba el silencio con preguntas o comentarios.

En un esfuerzo por despertar su interés, Hal le habló de un plan para llevarla de vuelta a su casa en la jungla. En los ojos opacos de Jeannette se encendió una luz; el color castaño brilló por vez primera. La muchacha llegó incluso a sentarse en la cama mientras él le ponía en el regazo un mapa del continente. Jeannette señaló la zona donde había vivido, y luego describió la cadena de montañas que se alzaba en los verdes trópicos, y la meseta donde vivían su tía y sus hermanas, en las ruinas de una antigua metrópoli.

Hal se sentó en la pequeña mesa hexagonal al lado de la cama, y calculó las coordenadas según los mapas. De vez en cuando alzaba la mirada. Jeannette estaba acostada de lado, y el hombro blanco y delicado le asomaba debajo del camisón, y los ojos se le agrandaban en la oscuridad.

—Todo lo que tengo que hacer es robar una pequeña llave —dijo Hal—. Antes de cada vuelo, el cuentakilómetros de un bote está a cero. El bote recorre cincuenta kilómetros con control manual, pero al pasar de los cincuenta automáticamente se detiene y envía

una señal de posición. Eso es para que nadie se escape. Sin embargo, es posible conectar el sistema automático, y anular la señal de posición. Con una llave pequeña, que yo puedo conseguir. No te preocupes.

—Debes de amarme mucho.

—¡Claro que sí!

Hal se levantó y la besó. La boca de Jeannette, antes tan suave y húmeda, era ahora seca y dura. Casi como si se le estuviese formando un callo en la piel.

Hal volvió a sus cálculos. Una hora más tarde, un suspiro de la muchacha le hizo levantar la vista. Los ojos de Jeannette estaban cerrados, y tenía los labios entreabiertos. El sudor le corría por la cara.

Tuvo esperanzas de que le hubiese bajado la fiebre. No. El termómetro marcaba 38.

La muchacha dijo algo.

Hal se inclinó.

—¿Qué?

Jeannette murmuraba algo en un idioma desconocido, la lengua del pueblo de su madre. Deliraba.

Hal lanzó un juramento. Tenía que hacer algo, no importaba cuáles fuesen las consecuencias. Corrió al cuarto de baño, sacó de un frasco una tableta somnífera, volvió al dormitorio y sentó a Jeannette en la cama. Trabajosamente, consiguió hacerle tragar la pastilla con la ayuda de un vaso de agua.

Después de echar la llave a la puerta del dormitorio, se puso la capucha y la capa y caminó rápidamente hasta la farmacia wog más cercana. Allí compró tres agujas, tres jeringas y un anticoagulante. De vuelta al departamento, trató de introducirle la aguja en la vena del brazo. La punta se negaba a entrar, hasta que en el cuarto intento, en un rapto de exasperación, Hal empujó con fuerza.

Durante todos esos pinchazos, la muchacha no abrió los ojos ni movió el brazo.

Cuando el primer fluido entró en el tubo de cristal, Hal lanzó un suspiro de alivio. Sin darse cuenta se había estado mordiendo el labio y conteniendo la respiración. De pronto comprendió que, durante un mes, había estado rechazando a los rincones de la mente

una horrible sospecha. Ahora veía que había sido una idea ridícula.

La sangre era roja.

Trató de reanimarla para conseguir una muestra de orina. Jeannette torció la boca, esbozando extrañas sílabas, y luego volvió a hundirse en el sueño, o el coma. Desesperado, Hal la abofeteó varias veces, con la esperanza de hacerla reaccionar, y lanzó otro juramento al comprender de pronto que debía haber conseguido la muestra antes de darle el somnífero. ¡Qué estúpido! Había perdido la cabeza; estaba demasiado excitado por el estado de Jeannette y lo que tenía que hacer en la nave.

Preparó un café muy cargado y consiguió hacerle tragar una parte a la muchacha: el resto le corrió por la barbilla y le empapó el camisón.

La cafeína, o el tono desesperado de Hal, la despertó porque abrió los ojos durante el tiempo que tardó en explicarle lo que quería que hiciese, y a donde iría después. Con la orina en una jarra previamente hervida, Hal envolvió las jeringas en un pañuelo y se las metió en el bolsillo de la capa.

Había llamado a la *Gabriel* por el relojófono, para pedir un bote. Afuera sonó una bocina. Miró otra vez a Jeannette, echó la llave a la puerta del dormitorio y bajó las escaleras. El bote flotaba sobre la acera. Hal entró, se sentó y apretó el botón de arranque. El bote se elevó trescientos metros y luego se lanzó, en un ángulo de once grados, hacia el parque donde se agazapaba la nave.

En la sección médica sólo había un asistente, que dejó la historieta que leía y se levantó de un salto.

—Tranquilízate —le dijo Hal—. Sólo quiero usar el laboratorio técnico. Y no quiero la molestia de cubrir formularios por triplicado. Es un pequeño asunto personal, ¿entiendes?

Hal se había quitado la capa, para que el asistente viese la brillante *lamed* dorada.

—*Shib* —gruñó el asistente.

Hal le dio dos cigarrillos.

—Oh, muchas gracias.

El asistente encendió un cigarrillo, se sentó y tomó la historieta de *El Precursor y Dalila en la Perversa Ciudad de Gaza*.

Yarrow fue a un rincón del laboratorio, donde no le podía ver el

asistente, y ajustó unos diales. Luego introdujo las muestras y se sentó. Después de unos pocos segundos, se levantó de un salto y empezó a caminar de un lado a otro. Mientras tanto, el enorme cubo del laboratorio ronroneaba como un gato satisfecho, digiriendo aquel extraño alimento. Media hora después, hubo un chasquido y se encendió una luz verde: ANÁLISIS CONCLUIDO.

Hal apretó un botón. Apareció una larga cinta, como la lengua de una boca metálica. Leyó el código. La orina era normal. No había allí ninguna infección. También eran normales el pH y el recuento globular.

No había estado muy seguro de que el «ojo» reconociese los glóbulos de la sangre de la muchacha. Sin embargo, había muchas probabilidades de que su sangre fuese de tipo terrestre. ¿Por qué no? La evolución, aun en planetas separados por años luz, seguía caminos paralelos: el disco bicóncavo es la forma más eficiente para transportar el máximo de oxígeno.

La máquina farfulló. Más cinta. ¡Una hormona desconocida! Similar en estructura molecular a la hormona paratiroides, relacionada principalmente con el control del metabolismo del calcio.

Eso ¿qué significaba? La sustancia misteriosa en la corriente sanguínea, ¿sería la causa de todo el problema?

Más chasquidos. El porcentaje de calcio en la sangre era de 40 mg.

Extraño. Un porcentaje tan anormalmente alto significaba que el umbral renal había sido sobrepasado, y que un exceso de calcio se «derramaba» en la orina. ¿A dónde iba ese calcio?

En el laboratorio técnico se encendió una luz roja: CONCLUIDO.

Hal sacó un texto de hematología de un estante de la biblioteca y lo abrió en la sección Ca. Al terminar de leer, enderezó los hombros. ¿Una nueva esperanza? Tal vez. El caso de Jeannette sugería una forma de hipercalcemia que acompañaba a ciertas enfermedades, desde el raquitismo y la osteomalacia hasta la artritis hipertróficacrónica. En cualquier caso, la muchacha sufría de una deficiencia en las glándulas paratiroides.

El paso siguiente era ir a la máquina-farmacia. Apretó tres botones, discó un número, esperó dos minutos, y abrió una puerta

pequeña a la altura de la cintura. Por allí asomó una bandeja, con una aguja hipodérmica y un tubo con 30 c.c. de un líquido azul pálido, envueltos en papel celofán. Era el suero de Jesper, un potente readaptador de la paratiroides.

Hal se puso la capa, metió el paquete en el bolsillo interior y salió del laboratorio. El asistente ni siquiera levantó la cabeza.

El paso siguiente fue la sala de armas. Allí le entregó al guardián una orden (por triplicado) para retirar una automática de 1 mm y un cargador de cien cápsulas explosivas. El guardián apenas echó un vistazo a las firmas falsificadas (también a él le aterrorizaba la *lamed*) y abrió la puerta. Hal tomó la pistola, que podía esconder fácilmente en la palma de la mano, y la metió en el bolsillo del pantalón.

En la sala de llaves, a dos corredores de distancia, repitió el crimen. O trató de repetirlo.

Moto, el oficial de guardia, miró los formularios, vaciló, y dijo:

—Lo siento. Tengo órdenes de consultar todos los pedidos con el uzzita jefe. Y eso no será posible hasta dentro de una hora, porque está reunido con el Archiurielita.

Hal recogió los formularios.

—No importa. Puedo esperar. Volveré mañana por la mañana.

Mientras regresaba a casa, fue planeando los pasos siguientes. Después de inyectarle el suero de Jesper a Jeannette, la llevaría al bote. Tendría que levantar el piso debajo de los controles del bote, desenganchar dos cables y conectar uno de ellos a un tercero. Eso anularía el límite de los cincuenta kilómetros. Desafortunadamente, también haría funcionar una alarma en la *Gabriel*. Esperaba poder despegar verticalmente, enderezar el aparato y zambullirse detrás de la cadena de montañas al oeste de Siddo. Las montañas le impedirían al radar localizarlo. Podía poner el piloto automático el tiempo necesario para destruir la caja que transmitía a la *Gabriel* la señal que les permitiría descubrirlo.

Después, volando a ras de los árboles, quizá estaría seguro hasta el alba. Entonces se sumergiría en el lago o río más cercano hasta el anochecer. Durante las horas de oscuridad, podría levantar vuelo y avanzar a toda velocidad hacia los trópicos. Si el radar mostraba señales de persecución, podía volver a zambullirse en el agua.

Afortunadamente, en la *Gabriel* no había equipo de sonar.

Dejó la larga embarcación con forma de aguja estacionada junto a la acera, y subió corriendo las escaleras. La llave no acertó al agujero de la cerradura en los dos primeros intentos. Hal cerró la puerta de golpe a sus espaldas, sin molestarse en volver a echar la llave.

—¡Jeannette! —gritó.

De pronto tuvo miedo de que ella pudiese haberse levantado mientras deliraba, abriendo de algún modo las puertas y saliendo a la calle.

Le respondió un débil quejido. Abrió la puerta del dormitorio. La muchacha estaba acostada, los ojos muy abiertos.

—Jeannette. ¿Te sientes mejor?

—No. Peor. Mucho peor.

—No te preocupes, querida. Tengo un remedio que te dará nueva vida. En un par de horas estarás sentada y pidiendo bistecs. Y ni siquiera querrás tocar esa leche. Beberás la euforina directamente de la botella. Y luego…

Hal vaciló al ver la cara de Jeannette. Era una pétrea máscara de dolor, como las grotescas y torcidas máscaras de madera de los actores trágicos griegos.

—Oh, no… ¡*no*! —gimió—. ¿Qué dijiste? ¿Euforina? —La voz de Jeannette subió un poco—. ¿Era *eso* lo que me has estado dando?

—*Shib*, Jeannette. Tranquilízate. Te gustaba. ¿Qué diferencia hay? Lo importante es que vamos a…

—¡Oh, Hal, Hal! ¿Qué has hecho?

En la cara lastimosa de Jeannette aparecieron unas lágrimas; si alguna vez había llorado una piedra, era ahora.

Hal corrió a la cocina, abrió el paquete e insertó la aguja en el tubo. Volvió al dormitorio. La muchacha no dijo nada mientras él le clavaba la punta en la vena. Por un instante Hal tuvo miedo de que la aguja se rompiese.

—Este remedio cura a los terrestres en un instante —dijo Hal, tratando de darle ánimo.

—Oh, Hal, ven aquí. Es… tarde ya.

Hal sacó la aguja, la frotó con alcohol y la puso en un trozo de algodón. Luego se arrodilló junto a la cama, y besó a la muchacha.

Los labios eran correosos.

—Hal, ¿me amas?

—¿No me vas a creer nunca? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿No importa lo que descubras acerca de mí?

—Lo sé todo acerca de ti.

—No, no lo sabes. No puedes saberlo. ¡Oh, Gran Madre, si te lo hubiera dicho! Quizá me hubieses amado igual, de todos modos. Quizá…

—¡Jeannette! ¿Qué sucede?

Los párpados de la muchacha se cerraron. Un espasmo le sacudió el cuerpo. Cuando hubo pasado ese violento temblor, susurró algo con labios rígidos. Hal inclinó la cabeza para escuchar.

—¿Qué dijiste? ¡Jeannette! ¡Habla!

Jeannette agitó la cabeza. La fiebre debía de haberle desaparecido, porque tenía el hombro frío. Y duro.

Las palabras fueron un leve susurro.

—Llévame junto a mis tías y hermanas. Ellas sabrán qué hacer. No por mí… sino por las…

—¿Qué quieres decir?

—Hal, me amarás siempre…

—Sí, sí. ¡Ya lo sabes! Tenemos cosas más importantes de que hablar.

Si lo oyó, la muchacha no lo demostró. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, la exquisita nariz apuntando al techo. Los párpados y la boca estaban cerrados, y tenía las manos a los costados, las palmas hacia arriba. Los senos no se le movían. La respiración, si aún le quedaba, era demasiado débil.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Hal golpeó en la puerta de Fobo hasta que le abrieron. La mujer del empatista dijo:

—¡Hal, me asustaste!

—¿Dónde está Fobo?

—En el colegio, en una reunión del consejo.

—Tengo que verle inmediatamente.

Cuando ya se iba, Abasa le gritó:

—¡Si es importante, anda a verle! ¡Esas reuniones le aburren!

Hal bajó las escaleras de tres en tres y corrió en línea recta hacia el colegio, que estaba a poca distancia. Los pulmones le ardían, pero no disminuyó el paso. Al llegar al edificio de la administración se lanzó escaleras arriba e irrumpió en la sala de reuniones.

Cuando intentó hablar, tuvo que detenerse y aspirar aire.

Fobo saltó de la silla.

—¿Qué pasa?

—Tienes… tienes que venir. ¡Asunto… vida… muerte!

—Discúlpenme, caballeros —dijo Fobo.

Los diez wogs asintieron y prosiguieron con la conferencia. El empatista se puso la capa y el casquete con las antenas artificiales y salió con Hal.

—Ahora dime qué pasa.

—Escúchame. Tengo que confiar en ti. Sé que no me puedes prometer nada. Pero no creo que me vayas a entregar a mi gente. Eres una verdadera persona, Fobo.

—Al grano, amigo.

—Escucha. Vosotros, los wogs, estáis tan avanzados como nosotros en el campo de la endocrinología. Y tú tienes una ventaja. Conoces a Jeannette del derecho y del revés. La has examinado.

—¿Jeannette? ¡Oh, Jeannette Rastignac! La *lalitha*.

—Sí. La he estado ocultando en mi departamento.

—Ya lo sé.

—¡Lo… sabes! ¿Cómo?

—No importa. —El wog puso una mano en el hombro de Hal—. Algo malo tiene que haber sucedido para que hayas venido a verme.

Cuando Hal terminó de contarle todo, habían llegado a los departamentos. Fobo le detuvo en la puerta.

—Debo decirte una cosa. Tus compatriotas saben que estás metido en algo. Hace dos semanas que vive un hombre en aquel edificio, espiándote. Se llama Art Hunah Pukui.

—¡Un uzzita!

—Sí. Vive en la planta baja, en el cuarto que da a la calle. No hay luz en las ventanas, pero quizá te esté observando en este momento.

—¡Olvídate de él! —gruñó Hal.

Fobo le siguió hasta el departamento. El wog le tocó la frente a Jeannette y trató de levantarle el párpado para mirar el ojo. El párpado no se dobló.

—¡Hum! La calcificación de la capa exterior de la piel está muy avanzada.

Con una mano apartó la sábana, y con la otra agarró el camisón por el cuello y rasgó la delgada tela por la mitad. Las partes cayeron una a cada lado. Jeannette quedó desnuda, y callada y pálida y hermosa como la obra maestra de un escultor.

El amante lanzó un pequeño grito ante lo que parecía una violación. Pero no dijo nada, porque se dio cuenta de que la intención de Fobo era médica. En cualquier caso, el wog no podía tener un interés sexual.

Perplejo, Hal miró. Fobo le había golpeado el vientre con las puntas de los dedos, y ahora apoyaba allí la oreja. Cuando se levantó agitó la cabeza.

—No te voy a engañar, Hal. Aunque haremos todo lo posible, quizá eso no sea suficiente. Tendrá que ir a un cirujano. Si podemos quitarle los huevos antes de que estén incubados, eso, unido al suero que le inyectaste, quizá invierta el proceso y la saque de este estado.

—¿Huevos?

—Ya te contaré. Envuélvela en algo. Voy a subir a llamar por teléfono al doctor Kuto.

Yarrow le dobló una manta alrededor. Luego hizo girar a Jeannette. La muchacha estaba tan rígida como un maniquí. Le tapó la cara. No podía soportar aquella mirada pétrea.

El relojófono que llevaba en la muñeca emitió un chillido. Automáticamente, Hal movió la mano para cortar el contacto, pero se contuvo a tiempo. El aparato volvió a chillar, insistentemente. Después de unos pocos segundos de agonía, Hal decidió que, si no respondía, despertaría sospechas aún más pronto.

—¡Yarrow!

—¿*Shib*?

—Preséntese al Archiurielita. Tiene quince minutos.

—*Shib*.

Fobo volvió y dijo:

—¿Qué vas a hacer?

—Agárrala por los hombros —dijo Hal—. Yo la agarraré por los pies. Está tan rígida que no necesitaremos camilla.

Mientras bajaban por la escalera, Hal dijo:

—Fobo, ¿nos podrás ocultar después de la operación? Ahora ya no podremos usar el bote.

—No te preocupes —dijo el wog, enigmáticamente, por encima del hombro—. Los terrestres van a estar demasiado ocupados para perseguirte.

Tardaron sesenta segundos en meterla en el bote, volar hasta el hospital y bajarla.

—Pongámosla en el suelo un minuto —dijo Hal—. Tengo que conectar el piloto automático del bote, y enviarlo de vuelta a la *Gabriel*. De esa manera por lo menos no sabrán dónde estoy.

—No. Déjalo aquí. Lo podrás usar después.

—¿Después de qué?

—Luego. Ah, ahí está Kuto.

En la sala de espera, Hal caminó de un lado a otro, fumando Serafín Piadoso. Fobo, sentado en una silla, se acariciaba la calva y los tirabuzones de la pelusa rubia que le crecía en la parte posterior de la cabeza.

—Todo esto se podría haber evitado —dijo Fobo, con voz triste —. Si hubiera sabido que la *lalitha* vivía contigo, podría haberme dado cuenta de para qué querías la euforina. O no, quizá. De cualquier modo, no descubrí hasta hace dos días que la tenías en tu departamento. Y yo estaba demasiado ocupado con el Plan Terrestre para pensar mucho en ella.

—¿Plan Terrestre? —dijo Hal—. ¿Qué es eso?

Los labios de Fobo, una V dentro de otra V, se separaron en una sonrisa, mostrando los huesos dentados.

—No te lo puedo decir ahora porque tus colegas de la *Gabriel* se podrían enterar a través de ti antes de que sea puesto en marcha. Sin embargo, no creo que sea peligroso decirte que sabemos de vuestro plan para sembrar la mortal molécula antiglobina en nuestra atmósfera.

—Hubo una época en que escuchar eso me habría horrorizado —dijo Hal—. Pero ahora no me importa.

—¿No quieres saber cómo lo descubrimos?

—Supongo que sí —dijo Hal, estúpidamente.

—Primero, vosotros los terrestres cometisteis el error de permitir que leyésemos vuestros libros de historia. Y luego, cuando nos pedisteis muestras de sangre, empezamos a sospechar.

Fobo se golpeó levemente con el dedo la punta de su nariz absurdamente larga.

—Por supuesto, no podemos leer vuestros pensamientos. Pero, ocultas en esta carne, tenemos dos antenas muy sensibles; la evolución no nos ha atrofiado el sentido del olfato como a vosotros los terrestres. Esas antenas nos permiten detectar, a través del olor, cambios muy leves en el metabolismo de los demás. Cuando uno de vuestros emisarios nos pidió que le donásemos sangre para vuestras investigaciones científicas, olimos una emanación… ¿la llamaremos *furtiva*? Desconfiados, os entregamos la sangre. Pero pertenecía a una criatura que usa cobre en los glóbulos. Los wogs usamos el magnesio como elemento transportador del oxígeno.

—¡Nuestro virus no sirve!

—Claro. Naturalmente, con el tiempo, cuando pudieseis leer nuestra escritura y conseguir los textos adecuados, descubriríais la verdad. Pero confío, y ruego, y espero, que ya sea demasiado tarde.

»Por supuesto, nosotros hemos aprendido vuestro lenguaje y vuestra escritura con más rapidez de lo que vosotros habéis aprendido los nuestros. Y en cuanto lo hicimos y leímos vuestros libros de historia, sumamos dos y dos y dedujimos para qué queríais nuestra sangre.

—¿Cómo descubriste lo de Jeannette? —dijo Hal—. Y, ¿puedo veda?

—Lo siento; debo decirte no a la segunda pregunta —dijo Fobo —. En cuanto a la primera, hace solamente dos días conseguimos perfeccionar un aparato escucha suficientemente sensible como para justificar su instalación en vuestros cuartos. Como sabes, en algunas cosas estamos mucho más atrasados que vosotros.

—Examiné la *puka* todos los días durante mucho tiempo —dijo Hal—. Luego, cuando me enteré del estado de desarrollo de vuestra electrónica, no me molesté más.

—Mientras tanto, nuestros científicos han estado atareados — dijo Fobo—. La visita de vosotros los terrestres nos ha estimulado a investigar en varios campos.

Entró una enfermera y dijo:

—Teléfono, doctor.

Fobo salió de la sala.

Hal caminó de un lado a otro, y se fumó otro cigarrillo. Un minuto después volvió Fobo.

—Vamos a tener compañía —dijo—. Uno de mis colegas, que está observando la nave, me dice que Macneff y dos uzzitas han salido en un bote. Llegarán al hospital en cualquier momento.

Yarrow se detuvo con un pie en el aire.

—¿Aquí? ¿Cómo se enteraron?

—Supongo que tienen recursos de los que no te han informado. No te asustes.

Hal estaba inmóvil. El cigarrillo, olvidado, ardió hasta que le quemó los dedos. Lo dejó caer y lo aplastó con la suela del zapato.

Los tacones de unas botas golpearon el pasillo.

Entraron tres hombres. Uno era un fantasma alto y enjuto: Macneff, el Archiurielita. Los otros eran bajos, anchos de espaldas y vestidos de negro. Sus manos carnosas, aunque vacías, estaban listas a zambullirse en los bolsillos. Miraron con ojos entornados primero

a Fobo y luego a Hal.

Macneff fue directamente hacia el *atón*. Los ojos azul pálido brillaban; la boca sin labios estaba contraída en una sonrisa de calavera.

—¡Execrable degenerado! —gritó.

Movió el brazo, y el látigo, saltando del cinto, restalló en el aire. En la pálida cara de Hal aparecieron unas delgadas marcas rojas, y empezaron a sangrar.

—¡Volverás encadenado a la Tierra, y te exhibiremos allí como ejemplo del peor depravado, traidor, y… y…!

Macneff babeó, sin poder encontrar palabras.

—Tú… que pasaste el Elohímetro, que se supone debías ser puro… ¡tú has codiciado y te has acostado con un insecto!

—¿Qué?

—Sí. ¡Con una cosa aún más inferior que una bestia del campo! Lo que ni siquiera imaginó Moisés cuando prohibió la unión entre el hombre y la bestia, lo que ni siquiera podía haber sospechado el Precursor cuando reafirmó la ley y estableció para ella la pena máxima… ¡tú lo has hecho! ¡Tú, Hal Yarrow, el puro, el que lleva la *lamed*!

Fobo se levantó.

—¿Puedo sugerir y subrayar que su clasificación zoológica no es del todo correcta? —dijo, con voz grave—. No pertenece a la familia de los insectos, sino, como lo diríais en vuestras palabras, a la de los *chordata pseudoarthropoda*.

—¿Qué? —dijo Hal. No podía pensar.

El wog gruñó:

—Calla. Déjame hablar. —Se volvió hacia Macneff—: ¿Sabe usted algo de ella?

—¡Cómo no voy a saber! Yarrow pensó que no nos íbamos a dar cuenta. Pero por muy listos que sean estos irrealistas, siempre se delatan. En este caso, lo que le traicionó fue preguntarle a Turnboy acerca de esos franceses que salieron de la Tierra. Turnboy, que es muy celoso en su comportamiento ante el Iglestado, informó de la conversación. El informe estuvo entre mis papeles durante bastante tiempo. Cuando lo vi, lo trasladé a los psicólogos, quienes me indicaron que la pregunta del *atón* era una evidente desviación de

su conducta; un hecho totalmente impertinente, a menos que estuviese relacionado con alguna cosa suya que nosotros no conocíamos.

»Además, su negativa a dejarse la barba era suficiente para despertar sospechas. Pusimos a un hombre para que le vigilase. Ese hombre le vio comprar el doble de los alimentos necesarios. Además, cuando vosotros los wogs aprendisteis de nosotros el hábito del tabaco y comenzasteis también a hacer cigarrillos, Yarrow os compró. La conclusión era obvia. Tenía una mujer en el departamento.

»No pensamos que fuese una mujer wog, porque no habría necesitado ocultarse. Por lo tanto tenía que ser humana. Pero no podíamos imaginar cómo había llegado aquí a Ozagen. Yarrow no podía haberla escondido en la *Gabriel*. Tenía que haber llegado en otra nave, o descender de gente que lo había hecho.

»La pista nos la dio la conversación de Yarrow con Turnboy. Evidentemente, los franceses habían aterrizado en este sitio y ella era una descendiente. No sabíamos cómo la había encontrado el *atón*. Eso no era importante. Ya lo descubriremos, de todos modos.

—Van a descubrir otras cosas también —dijo Fobo, con voz tranquila—. ¿Cómo supieron que no era humana?

—Tengo que sentarme —murmuró Hal.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Se tambaleó hasta la pared y se hundió en una silla. Uno de los uzzitas inició un movimiento, pero Macneff le detuvo con un ademán.

—Turnboy había estado leyendo la historia del hombre en Ozagen. Encontró tantas referencias a las *lalitha* que inevitablemente nació la sospecha de que la muchacha podía ser una de ellas.

»La semana pasada un médico wog, hablando con Turnboy, comentó que había examinado una vez a una *lalitha*. Luego, dijo, la *lalitha* había escapado. ¡No nos costó adivinar dónde se estaba escondiendo!

—Muchacho —dijo Fobo, volviéndose hacia Hal—, ¿no has leído el libro de We'enai?

Hal negó con la cabeza.

—Empezamos a leerlo, pero Jeannette lo extravió.

—Y se encargó sin duda de hacerte pensar en otras cosas… Son buenas para distraer la mente del hombre. ¿Por qué no? Es su finalidad en la vida.

»Hal, te lo voy a explicar. Las *lalitha* son el ejemplo más alto de parasitismo mimético que se conoce. Además, tienen una característica única entre los seres inteligentes: son todas mujeres.

»Si hubieras leído un poco más en el libro de We'enai te habrías enterado de que los restos fósiles nos muestran que, en la época en que el hombre ozagenio era todavía una criatura insectívora, parecida a un tití, tenía en su grupo familiar no sólo sus propias hembras sino también hembras de otra rama evolutiva. Esos animales se parecían, y probablemente hedían, tanto como las hembras del tití prehomo, y así podían vivir y aparearse con él.

Parecían mamíferos, pero un examen cuidadoso de sus cuerpos habría mostrado claramente su ascendencia seudoartrópoda.

»Es razonable suponer que esos precursores de la *lalitha* eran los parásitos del hombre mucho antes de su etapa simiesca. Quizá lo conocieron cuando salió del mar. Originalmente bisexuales, se transformaron en hembras. Y, siguiendo un proceso evolutivo desconocido, adaptaron sucesivamente su forma a la de los peces con pulmones, los anfibios, los reptiles, los mamíferos, y así sucesivamente.

»Lo que sí sabemos es que la *lalitha* fue el experimento más asombroso de la Naturaleza en parasitismo y evolución paralela. A medida que el hombre se metamorfoseaba hacia formas más altas, la *lalitha* lo acompañaba en esa transformación. Todas hembras, dependiendo para la continuación de su especie del macho de otra rama evolutiva.

»Es asombrosa la manera como se integraron a las sociedades prehumanas, de los pitecantropoides y neandertalianos. Sólo cuando apareció el *homo sapiens* empezaron a tener problemas. Algunas familias y tribus las aceptaban; otras las mataban. Así usaron su maña, y se disfrazaron de mujeres humanas. Lo que no les resultaba muy difícil… a menos que quedasen embarazadas.

»En ese caso, morían.

Hal soltó un gemido y se llevó las manos a la cara.

—Doloroso pero real, como diría nuestro conocido Macneff —prosiguió Fobo—. Claro que esas condiciones exigían una hermandad secreta. En las sociedades donde la *lalitha* se veía obligada a camuflarse, al quedar embarazada tenía que irse. Y perecer en algún escondite entre los suyos, que se encargaban de cuidar a las ninfas —ahí Hal se estremeció— hasta que pudiesen entrar en las culturas humanas. O ser introducidas como niños expósitos.

»En el folklore de las tribus, las *lalitha* son frecuentemente personajes centrales o secundarios de fábulas y mitos. Se las considera brujas, demonios, o cosas peores.

»La introducción del alcohol en tiempos primitivos fue para la *lalitha* un hecho beneficioso. El alcohol las volvía estériles. Al mismo tiempo, salvo un accidente, las volvía *inmortales*.

Hal apartó sus manos de la cara.

—¿Quieres… quieres decir que Jeannette habría vivido… para siempre? ¿Que yo le impedí… eso?

—Podría haber vivido muchos miles de años. Sabemos que algunas lo hicieron. Más aún, no sufrieron ningún deterioro físico y siempre se quedaron en la edad fisiológica de veinticinco años. Déjame explicarte todo. En orden. Algunas de las cosas que te voy a contar serán para ti dolorosas. Pero hay que decirlas.

»Debido a sus largas vidas, las *lalitha* eran adoradas como diosas. A veces sobrevivían a la caída de poderosas naciones que habían sido pequeñas tribus cuando se unieron a ellas las *lalitha*. Las *lalitha*, naturalmente, se convirtieron en almacenes de sabiduría, riqueza y poder. Se fundaron religiones en las que la *lalitha* era la diosa inmortal, y los efímeros reyes y sacerdotes sus amantes.

»Algunas culturas las proscribieron. Pero las *lalitha* condujeron a las naciones que ellas gobernaban a conquistar los pueblos que las rechazaban, o se infiltraron y llegaron a gobernar como un poder detrás del trono. Siempre muy hermosas, se convirtieron en mujeres y amantes de los hombres más influyentes. Competían con la mujer humana, y la vencían fácilmente. En la *lalitha*, la Naturaleza había forjado a la hembra completa.

»Así, dominaron a sus amantes. Pero no a ellas mismas. Aunque organizaron al principio una sociedad secreta, pronto se desunieron. Comenzaron a identificarse con las naciones que gobernaban y a usarlas contra otros países. Además, sus largas vidas provocaban la impaciencia de las *lalitha* más jóvenes. Resultado: asesinatos, luchas por el poder, etcétera.

»Su influencia era demasiado estabilizadora, tecnológicamente hablando. Trataron de mantener el *statu quo* en todos los aspectos de la cultura, y en consecuencia las culturas humanas tendieron siempre a eliminar toda idea nueva y progresista y a los hombres que las defendían.

»Cuando los wogs atravesamos finalmente el ancho océano que separaba nuestro continente del de ellos, encontramos la mitad de sus ciudades en ruinas. Pero, aunque debilitado, el hombre luchó contra nosotros ferozmente. Las *lalitha* les incitaban a continuar esa lucha, porque veían en nosotros su perdición. No podrían influir en

nosotros como influían en los hombres. Y no se equivocaban. Murieron con sus hombres. Pero, naturalmente, nosotros no guardamos rencor hacia las pocas sobrevivientes. No nos pueden hacer daño.

Una enfermera wog salió de la sala de operaciones y le dijo algo al oído al empatista.

Macneff se adelantó, evidentemente con la intención de escuchar lo que decía la enfermera. Pero como hablaba en ozagenio, que él no entendía, Macneff siguió caminando de un lado a otro. Hal se preguntó por qué no se lo habían llevado de allí inmediatamente, por qué el sacerdote había esperado a escuchar a Fobo. Entonces, de pronto, comprendió: Macneff quería que él escuchase toda la historia de Jeannette y se diese cuenta de la enormidad de su hazaña.

La enfermera regresó a la sala de operaciones.

—¿Murió ya la bestia de los campos? —preguntó el Archiurielita.

Hal se estremeció como si le hubieran golpeado al oír la palabra «murió». Pero Fobo ignoró al sacerdote.

Se volvió hacia Hal.

—Le han sacado tus larv… es decir, tus hijos. Están en una incubadora y… —Fobo titubeó—… y comen bien. Vivirán.

Hal supo por el tono de voz que era inútil preguntar por la madre.

De los redondos y azules ojos de Fobo brotaron unas grandes lágrimas.

—No podrás entender lo que pasó, Hal, a menos que comprendas el singular método de reproducción de la *lalitha*. La *lalitha* necesita tres cosas para reproducirse. Una de esas cosas debe preceder a las otras dos. Ese hecho primario es ser infectada en la pubertad por otra *lalitha* adulta. La infección es necesaria para la transmisión de genes.

—¿Genes? —dijo Hal. Aun en medio de toda la confusión, sintió interés y asombro por lo que Fobo estaba diciendo.

—Sí. Como las *lalitha* no reciben genes de los machos humanos, deben intercambiar material hereditario entre ellas. Sin embargo, usan al hombre como un medio.

»Déjame y permíteme aclarar este punto. Una *lalitha* tiene tres *bancos* de genes. Dos son duplicados de los cromosomas del otro.

»Sobre el tercero ya volveré en un instante.

»En el útero de la *lalitha* hay óvulos cuyos genes están duplicados en los cuerpos de unas larvas microscópicas que se forman en las gigantescas glándulas salivales de la boca de la *lalitha*. El ser adulto produce continuamente esas larvas… óvulos salivales.

»La *lalitha* adulta transmite los genes a través de esas criaturas invisibles; se infectan unas a otras como si los transmisores de herencia fuesen una enfermedad. No pueden evitarlos; basta con un beso, un estornudo, un contacto.

»La *lalitha* preadolescente, no obstante, parece ser naturalmente inmune a la infección de las larvas.

»La *lalitha* adulta, al ser infectada, crea anticuerpos que impiden la recepción de óvulos salivales de una segunda *lalitha*.

»Mientras tanto, las primeras larvas que recibió entran en la sangre, los intestinos, la piel, perforando, flotando, hasta llegar al útero.

»Allí, el óvulo salival se une al óvulo uterino. La fusión de los dos produce un cigoto. Al llegar a ese punto, la fertilización se suspende. Está reunida toda la información genética necesaria para producir una nueva *lalitha*. Toda menos los genes de los rasgos específicos de la cara del bebé. Esa información será aportada por el amante humano de la *lalitha*. Aunque antes deberán suceder dos cosas, simultáneamente.

»Una es la excitación por el orgasmo. La otra es la estimulación de los nervios fotocinéticos. No puede tener lugar la una sin la otra. Ni pueden producirse las dos últimas si no sucede la primera. Aparentemente, la fusión de los dos óvulos provoca un cambio químico en la *lalitha* que le permite experimentar el orgasmo y desarrollar plenamente los nervios fotocinéticos.

Fobo hizo una pausa y levantó la cabeza como si estuviese escuchando algo que venía de fuera. Hal, que por su intimidad con los wogs conocía el significado de sus expresiones faciales, tuvo la sensación de que Fobo esperaba algún hecho importante. Muy importante. Y que, seguramente, tenía que ver con los terrestres.

De pronto se estremeció, al comprender que estaba del lado de los wogs. Ya no era un terrestre, o por lo menos no era un haijac.

—¿Estás suficientemente aturdido? —dijo Fobo.

—Sí —respondió Hal—. Por ejemplo, nunca había oído hablar de nervios fotocinéticos.

—Los nervios fotocinéticos son propiedad exclusiva de las *lalitha*. Van desde la retina del ojo hasta el cerebro, junto con los nervios ópticos. Pero bajan luego por la columna vertebral y salen de la base para entrar en el útero. El útero no es como el de la hembra humana. Ni siquiera los podemos comparar. Se podría decir que el útero de la *lalitha* es el cuarto oscuro del vientre. Donde es revelada biológicamente la fotografía del rostro del padre. Y, como quien dice, pegada sobre la cara de los hijos.

»Todo eso lo realizan los fotogenes, que están en el tercero de los *bancos* de que te hablé. Durante el coito, en el momento del orgasmo, ocurre en ese nervio un cambio electroquímico, o una serie de cambios. A la luz que la *lalitha* pide durante el coito para poder experimentar el orgasmo, es fotografiado el rostro del macho. Un reflejo le impide a ella cerrar los ojos en ese momento. Si el hombre le tapa los ojos con la mano, ella pierde inmediatamente el orgasmo.

»Quizá hayas notado durante el coito, porque estoy seguro de que ella insistía en que no cerrases los ojos, que las pupilas de Jeannette se contraían hasta el tamaño de la punta de un alfiler. Esa contracción era un reflejo involuntario que limitaba su campo de visión a tu cara. ¿Para qué? Para que los nervios fotocinéticos recibiesen datos solamente de tu rostro. Así, la información acerca del color específico de tu pelo era enviado al *banco* de fotogenes. No sabemos exactamente de qué manera transmiten esta información los nervios fotocinéticos. Pero lo hacen.

»Tu pelo es castaño. De algún modo el *banco* recibe esa información. El *banco* rechaza entonces los otros genes que controlan otros colores de pelo. El gen “castaño” es duplicado e incorporado a la constitución genética del cigoto. Y lo mismo sucede con los otros genes que determinan los demás rasgos del futuro rostro. La forma de la nariz, modificada para que sea femenina, es establecida por una combinación correcta de genes del

banco. Esa combinación es duplicada, y las copias incorporadas al cigoto…

—¿Oyes eso? —gritó Macneff, con voz triunfante—. ¡Has engendrado larvas! ¡Monstruos de una unión impía e irreal! ¡Niños insectos! Que llevarán tu cara como prueba de esta repugnante carnalidad…

—Naturalmente, yo no entiendo de rasgos humanos —interrumpió Fobo—. Pero los del joven me parecen vigorosos y atractivos. A su manera humana, se entiende.

Se volvió hacia Hal.

—Ahora ves por qué Jeannette deseaba la luz. Y por qué fingía ser alcohólica. Mientras tomase una cantidad suficiente de licor antes del coito, el nervio fotocinético, muy sensible al alcohol, estaría anestesiado. De ese modo habría orgasmo pero no preñez. Ni muerte provocada por la vida que llevaba dentro. Pero cuando mezclaste el jugo de escarabajo con euforina… sin saber, por supuesto…

Macneff soltó una estridente carcajada.

—¡Qué ironía! ¡Bien se ha dicho que el premio a la irrealidad es la muerte!

CAPÍTULO VEINTE

—Adelante, Hal —dijo Fobo, en voz alta—. Llora, si quieres. Te sentirás mejor. No puedes, ¿eh? Ojalá pudieses.

»Muy bien, continúo. La *lalitha*, por muy humana que parezca, no puede escapar a su herencia artrópoda. Las ninfas que se desarrollan a partir de las larvas pueden pasar fácilmente por bebés, pero te causaría dolor ver a las propias larvas. Aunque no son más feas que un embrión humano de cinco meses. Para mí, al menos.

»Es una pena que la *lalitha* madre tenga que morir. Hace cientos de millones de años, cuando un seudoartrópodo primitivo estaba a punto de incubar los huevos del útero, su cuerpo liberaba una hormona que le calcificaba la piel y transformaba al animal en un útero-tumba. Se convertía en un caparazón. Las larvas comían los órganos y los huesos, que se ablandaban al perder el calcio. Cuando terminaban de cumplir su función, que era comer y crecer, descansaban y se transformaban en ninfas. Entonces rompían la cáscara por el sitio débil del vientre.

»Ese punto débil es el ombligo, la única parte del cuerpo que no se calcifica con la epidermis. Cuando las ninfas están preparadas para salir, la carne blanda del ombligo se pudre, y suelta una sustancia química que descalcifica una zona que abarca la mayor parte del abdomen. Las ninfas, aunque tan débiles como bebés humanos, y mucho más pequeñas, son llevadas por el instinto a romper a patadas la delgada y quebradiza capa.

»Debes entender, Hal, que el ombligo es a la vez funcional y mimético. Como las larvas no están conectadas a la madre por un cordón umbilical, no deberían tener ombligo. Pero se les forma una excrecencia que se parece a un ombligo.

»Los senos de la *lalitha* adulta también tienen dos funciones.

Como los de la hembra humana, son a la vez sexuales y reproductores. Nunca producen leche, por supuesto, pero son glándulas. En el momento en que los huevos están listos para ser incubados, los senos funcionan como dos poderosas bombas de la hormona que endurece la piel.

»Nada se desperdicia, como ves… la economía de la Naturaleza. Las cosas que le permiten sobrevivir en la sociedad humana también se encargan de conducir el proceso de su muerte.

—Entiendo la necesidad de fotogenes en la etapa humanoide de su evolución —dijo Hal—. Pero cuando la *lalitha* estaba en la etapa animal, ¿para qué necesitaba reproducir las características de la cara del padre? No hay mucha diferencia entre la cara de un animal macho y la de un animal hembra de la misma especie.

—No sé —dijo Fobo—. Quizá la *lalitha* prehumana no usaba los nervios fotocinéticos. Quizá esos nervios son una adaptación evolutiva de una estructura existente que cumplía una función diferente. O una función rudimentaria. Hay algunas pruebas de que la fotocinética fue el medio que usó la *lalitha* para cambiar su cuerpo, adaptándolo a los cambios del cuerpo humano a medida que éste evolucionaba. Parece razonable suponer que la *lalitha* necesitaba de ese dispositivo biológico. Si no hubieran cumplido la función los nervios fotocinéticos, quizá la habría cumplido algún otro órgano. Es una lástima que cuando estuvimos suficientemente adelantados para estudiar científicamente a la *lalitha*, no quedasen especímenes. Encontrar a Jeannette fue pura suerte. En ella descubrimos varios órganos cuya función sigue siendo un misterio para nosotros. Necesitamos a muchas más de su raza para una investigación fructífera.

—Una pregunta más —dijo Hal—. ¿Qué pasaría si la *lalitha* tuviese más de un amante? ¿Qué rasgos tendría entonces el bebé?

—Si la *lalitha* hubiese sido violada por una pandilla, no habría tenido ningún orgasmo, porque las emociones negativas de miedo y asco se lo impedirían. Si tuviese más de un amante, y no bebiese alcohol, sus hijas se parecerían al primer amante. Cuando llegase a acostarse con el segundo amante, aunque fuese inmediatamente, la fertilización completa se habría iniciado ya. —Fobo agitó la cabeza, dolorosamente—. Es triste, pero no ha habido cambios a través de

las épocas. Las madres tienen que dar su vida por la de sus hijas. Sin embargo, como una especie de recompensa, la Naturaleza les ha dado un regalo. Un poco como los reptiles que, dicen, no dejan de crecer mientras viven, las *lalitha* no mueren si no quedan embarazadas. Así…

Hal se levantó de un salto y gritó:

—¡Calla!

—Lo siento —dijo Fobo, con voz suave—. Simplemente estoy tratando de hacerte ver por qué Jeannette pensó que no debía decirte lo que realmente era. Seguramente te amaba, Hal; poseía los factores que crean el amor: una fantástica pasión, un profundo afecto, y la sensación de formar contigo una sola carne, macho y hembra tan inseparablemente unidos que sería difícil decir dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro. Sé que ella experimentaba todo eso, créeme, porque los empatistas nos podemos meter en el sistema nervioso de otra persona y pensar y sentir las mismas cosas que ella.

»Sin embargo, en Jeannette, junto con el amor debía de haber amargura. La convicción de que si tú sabías que ella pertenecía a una rama completamente distinta del reino animal, separada de ti por millones de años de evolución, impedida por su origen y su anatomía de la auténtica consumación del matrimonio, los hijos, te apartarías de ella horrorizado. Esa convicción le debe de haber oscurecido aun los momentos más brillantes…

—¡*No*! ¡La habría amado igual! Quizá sufriese un golpe, pero me recuperaría. Jeannette era humana; ¡más humana que cualquiera de las mujeres que conocí!

Macneff parecía a punto de vomitar. Cuando logró reponerse, aulló:

—¡Bestia abismal! ¿Cómo puedes soportarte ahora que sabes con qué monstruo repugnante te has acostado? ¿Por qué no te arrancas los ojos que han visto tamaña inmundicia? ¿Por qué no te desgarras los labios que han besado esa boca de insecto? ¿Por qué no te cortas las manos que han acariciado con repugnante lujuria ese remedo de cuerpo? ¿Por qué no te arrancas de raíz esos órganos de carnal…?

—¡Macneff! ¡Macneff! —dijo Fobo, entre la tormenta de ira.

La enjuta cabeza giró hacia el empatista. Los ojos miraban

fijamente, y los labios se habían distendido en lo que parecía una sonrisa impasiblemente ancha; una sonrisa de furia absoluta.

—¿Qué? ¿Qué? —murmuró, como alguien que acaba de despertar.

—Macneff, conozco muy bien la clase de hombre que es usted. ¿Está seguro de que no planeaba llevarse a la *lalitha* viva y usarla para sus propias intenciones carnales? La mayor parte de su furia y su asco, ¿no se deberán a que han frustrado sus deseos? Después de todo, no ha tenido una mujer durante un año, y…

Al Sandalphon se le aflojó la mandíbula. Su cara enrojeció, y luego se le puso púrpura. Ese color violento duró un instante, y luego apareció en su lugar una palidez cadavérica. Chilló como una lechuza.

—¡*Basta*! ¡Uzzitas, llevaos al bote a esta… a esta cosa que se dice hombre!

Los dos hombres vestidos de negro se acercaron al *atón*, uno por delante y el otro por detrás, no por prudencia sino por rutina profesional. Años de experiencia tomando prisioneros les habían enseñado que los prisioneros jamás se resistían. Los arrestados se paralizaban siempre ante los representantes del Inglestado. Ahora, a pesar de las circunstancias insólitas, y de saber que Hal estaba armado, no vieron en él nada diferente.

Hal tenía la cabeza inclinada, los hombros encorvados y los brazos flojos, la actitud típica del arrestado.

Eso fue un segundo; al siguiente era un tigre atacando.

El agente que tenía delante retrocedió tambaleándose, echando sangre por la boca y salpicándose la chaqueta negra. Al chocar contra la pared, se detuvo a escupir dientes.

En ese momento, Hal giró y clavó un puño en la blanda y abultada panza del hombre que tenía detrás.

—¡Ufff! —dijo el uzzita.

Se dobló hacia adelante. Hal levantó entonces la rodilla, golpeándole en la mandíbula. Hubo un crujido de hueso que se rompe, y el agente cayó al suelo.

—¡Cuidado! —gritó Macneff—. ¡Tiene una pistola!

El uzzita que estaba junto a la pared metió la mano debajo de la chaqueta y buscó el arma que llevaba en la funda del sobaco.

Simultáneamente, un pesado sujetalibros, lanzado por Fobo, le golpeó en la sien. El uzzita se derrumbó como una bolsa.

—¡Te resistes, Yarrow! —gritó Macneff—. ¡Te resistes!

—¡Claro que me resisto! —bramó Hal.

Con la cabeza baja, se lanzó hacia el Sandalphon.

Macneff le azotó con el látigo. Las siete trallas se enroscaron en la cara de Hal, que golpeó a la figura vestida de púrpura, derribándola al suelo.

Macneff se arrodilló; Hal, también de rodillas, agarró a Macneff del cuello y apretó.

La cara de Macneff se puso azul. Asió las muñecas de Hal, y trató de apartarlas. Pero Hal apretó con más fuerza.

—¡No… puedes hacer… esto! —dijo Macneff, resollando—. No… imposi…

—¡Puedo! ¡Puedo! —gritó Hal—. ¡Siempre quise hacer esto, Pornsen! ¡Digo… Macneff!

En ese momento tembló el suelo y se agitaron las paredes. Casi inmediatamente, una tremenda explosión arrancó las ventanas. Volaron vidrios; Hal fue arrojado al suelo.

Afuera, la noche se volvió día. Y noche otra vez.

Hal se puso en pie. Macneff estaba tendido en el suelo, tocándose el cuello.

—¿Qué fue eso? —le preguntó a Fobo.

Fobo fue a la ventana y miró hacia afuera. Sangraba por un corte que tenía en el cuello, pero aparentemente no se daba cuenta.

—Lo que esperaba —dijo Fobo. Luego se volvió hacia Hal—. Al principio no teníamos ninguna razón para sospechar de vosotros los terrestres. Pero, como somos realistas, y perdóname que use esta palabra, de la que seguramente estás harto, decidimos tomar medidas por si acaso no erais tan amistosos como pretendíais. Desde el momento en que aterrizó la *Gabriel*, hemos estado cavando debajo. Hace sólo unos pocos días que conseguimos terminar de llenar de pólvora ese tremendo agujero debajo de la nave. Puedes estar seguro de que todos respiramos con alivio al concluir el trabajo, porque temíamos que pudieseis detectar las excavaciones, o que los puntales se rompiesen bajo el enorme peso de la *Gabriel*.

—¿La habéis volado? —dijo Hal, aturdido. Las cosas sucedían

con demasiada rapidez.

—Lo dudo. Aun con las toneladas de explosivos que hicimos estallar, no es posible dañar a una nave tan sólidamente construida como la *Gabriel*. En realidad tratamos de no destruirla, porque queremos estudiarla.

»Pero nuestros cálculos nos mostraron que las ondas de choque transmitidas por las planchas metálicas matarían a todos los hombres que estuviesen en la nave.

Hal se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Contra el cielo iluminado por la luna se destacaba una columna de humo, que pronto cubriría toda la ciudad.

—Convendría que ordenases a tus hombres subir inmediatamente a bordo, Fobo —dijo Hal—. Si la explosión sólo dejó inconscientes a los oficiales del puente, y vuelven en sí antes de que llegue alguien allí, apretarán un botón que hará estallar una bomba de hidrógeno y diez de cobalto. Si no sabes qué son esas bombas, te lo explicaré. Son artefactos radiactivos suficientemente mortíferos como para matar a todos los habitantes de este planeta.

Fobo palideció, y luego trató de sonreír.

—Supongo que nuestras fuerzas estarán ya a bordo —dijo—. Pero llamaré por teléfono para asegurarme.

Se fue unos pocos minutos, y al volver no tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír.

—Todos los tripulantes que estaban en la *Gabriel* murieron instantáneamente —dijo—. Por lo menos los oficiales del puente murieron. Y le pedí al comandante de nuestras fuerzas que no tocasen ningún mecanismo ni tablero de control.

—Vosotros los wogs habéis pensado en todo, ¿no? —dijo Hal.

Fobo se encogió de hombros.

—Somos bastante pacíficos —dijo—. Pero, a diferencia de vosotros los terrestres, nosotros somos verdaderamente «realistas». Si tenemos que combatir contra gusanos, hacemos todo lo posible para exterminarlos. En este planeta plagado de insectos hemos tenido una larga historia de batallas.

Miró a Macneff, que estaba de cuatro patas, los ojos vidriosos, sacudiendo la cabeza como un oso herido.

—No te incluyo a ti entre los gusanos, Hal —dijo Fobo—. Eres

totalmente libre de ir a donde quieras, de hacer lo que quieras.

Hal se sentó en una silla.

—Creo que toda mi vida no deseé otra cosa —dijo, con voz dolorida—. Libertad, para ir donde quisiese, hacer lo que quisiese. Pero ahora, ¿qué me queda? No tengo…

—Tienes mucho, Hal —dijo Fobo. Unas lágrimas le corrieron por la nariz y se le juntaron en la punta—. Tienes a tus hijas para cuidarlas, para quererlas. En poco tiempo podrán salir de la incubadora, donde sobrevivieron bien al parto prematuro, y serán hermosos bebés. Serán tan tuyas como cualquier criatura humana.

»Después de todo se te parecen, en una versión femenina, naturalmente. Tienen los mismos genes que tú. ¿Y qué diferencia hay en que los genes actúen celular o fotónicamente?

»Tampoco te faltarán mujeres. Olvidas que Jeannette tiene tías y hermanas. Todas jóvenes y hermosas. Estoy seguro de que podremos encontrarlas.

Hal hundió la cabeza entre las manos.

—Gracias, Fobo —dijo—, pero eso no es para mí.

—No ahora —dijo Fobo, con suavidad—. Pero tu dolor se calmará; volverás a pensar que vale la pena vivir.

Alguien entró en el cuarto. Hal levantó la cabeza y vio a una enfermera.

—Doctor Fobo, vamos a sacar el cuerpo. ¿El hombre quiere echarle una última mirada?

Hal agitó la cabeza. Fobo se le acercó y le puso una mano en el hombro.

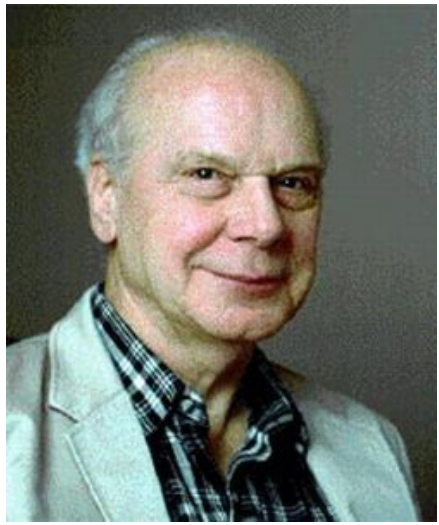
—No tienes buen aspecto —dijo—. Enfermera, ¿hay sales aromáticas?

—No —dijo Hal—, no las necesito.

Aparecieron dos enfermeras, empujando una camilla cubierta por una sábana. De la sábana salía una cascada de pelo negro, que caía en la almohada.

Hal no se levantó. Sentado en la silla, gimió:

—¡Jeannette! ¡Jeannette! Si sólo me hubieras amado lo suficiente para decirme…



PHILIP JOSÉ FARMER (North Terre Haute, Indiana, 26 de enero de 1918 - Peoria, Illinois, 25 de febrero de 2009).

Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía, autor de novelas y relatos breves. Inventó el concepto de Familia Wold Newton.

En muchas de las obras de Farmer aparecen personajes preexistentes, tomados de la historia o de la ficción. Es el caso de *The Other Log of Phileas Fogg* (1973), que rellena las elipsis de la conocida novela *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, o de *A Barnstormer in Oz* (1982), en el que el hijo adulto de Dorothy, la protagonista de *El mago de Oz*, llega al país de Oz por un accidente del avión que estaba pilotando. Otros personajes que aparecen frecuentemente en sus obras son los héroes de pulp: Tarzán y Doc Savage. En la novela *The Adventure of the Peerless Peer*, Tarzán forma equipo con Sherlock Holmes. Farmer es también el creador de las series de Lord Grandrith y Doc Caliban, personajes basados, respectivamente, en Tarzán y en Doc Savage. Esta serie se compone de *A Feast Unknown* (1969), *Lord of the Trees* (1970) y *The Mad Goblin* (1970). Farmer ha escrito además dos ingeniosas biografías de Tarzán y Doc Savage, *Tarzan Alive* (1972) y *Doc*

Savage: His Apocalyptic Life (1973).

La serie Mundo del Río (Riverworld) cuenta las aventuras de personajes tan diferentes entre sí como Richard Francis Burton, Hermann Göring y Samuel Clemens (Mark Twain) en un extraño más allá en el cual todos los seres humanos que vivieron en el pasado resucitan en el valle de un río que se extiende por todo un planeta. La saga está compuesta por *A vuestros cuerpos dispersos* (To Your Scattered Bodies Go, 1971); *El fabuloso barco fluvial* (The Fabulous Riverboat, 1971); *El oscuro designio* (The Dark Design, 1977); *El laberinto mágico* (The Magic Labyrinth, 1980); y *Dioses del Mundo del Río* (Gods of Riverworld, 1983). *Riverworld and Other Stories* (1979) es una colección de relatos que se desarrolla en el mismo mundo imaginario; en ella se incluye el cuento que dio origen a la saga. La serie World of Tiers consta de las novelas *The Maker of Universes* (1965), *The Gates of Creation* (1966), *A Private Cosmos* (1968), *Behind the Walls of Terra* (1970), *The Lavalite World* (1977) y *More Than Fire* (1993). Esta serie, basada en la idea de un universo paralelo, inspiró a Roger Zelazny su serie de Amber. Farmer escribió *Venus on the Half-Shell* (1975) con el seudónimo de Kilgore Trout, un escritor ficticio que aparece en las novelas de Kurt Vonnegut.

Las obras de Farmer abordan a menudo el tema del sexo: su recopilación de historias breves Strange Relations, de 1960, marcó un hito en la historia del sexo en la literatura de ciencia ficción. También la religión está presente en el trabajo de Farmer: Jesús aparece como personaje en uno de los relatos de *Riverworld and Other Stories* y en la novela *Jesus on Mars*.

PREMIOS Y NOMINACIONES

1953: Premio Hugo al nuevo talento más prometedor, The Lovers

1960: candidato al Premio Hugo al mejor relato breve, The Alley Man

1961: candidato al Premio Hugo al mejor relato breve, Open to Me, My Sister

1966: candidato al Premio Hugo al mejor relato breve, The Day of the Great Shout

1967: candidato al Premio Nebulla a la mejor novela corta, Riders of the Purple Wage

1968: Premio Hugo a la mejor novela corta, Riders of the Purple Wage

1972: Premio Hugo a la mejor novela, A vuestros cuerpos dispersos

1974: candidato al Premio Nebula al mejor relato breve, After King Kong Fell

2000: Premio Nebula, Premio Gran Maestro Damon Knight Memorial, por el conjunto de su carrera

2001: World Fantasy Award for Life Achievement

Notas

[1] Frank Baum (
1856-1919
). Escritor norteamericano autor de libros para niños: *El mago de Oz, El maravilloso país de Oz, Ozma de Oz, Dorothy y el mago de Oz,* etc. (N. del T.) < <